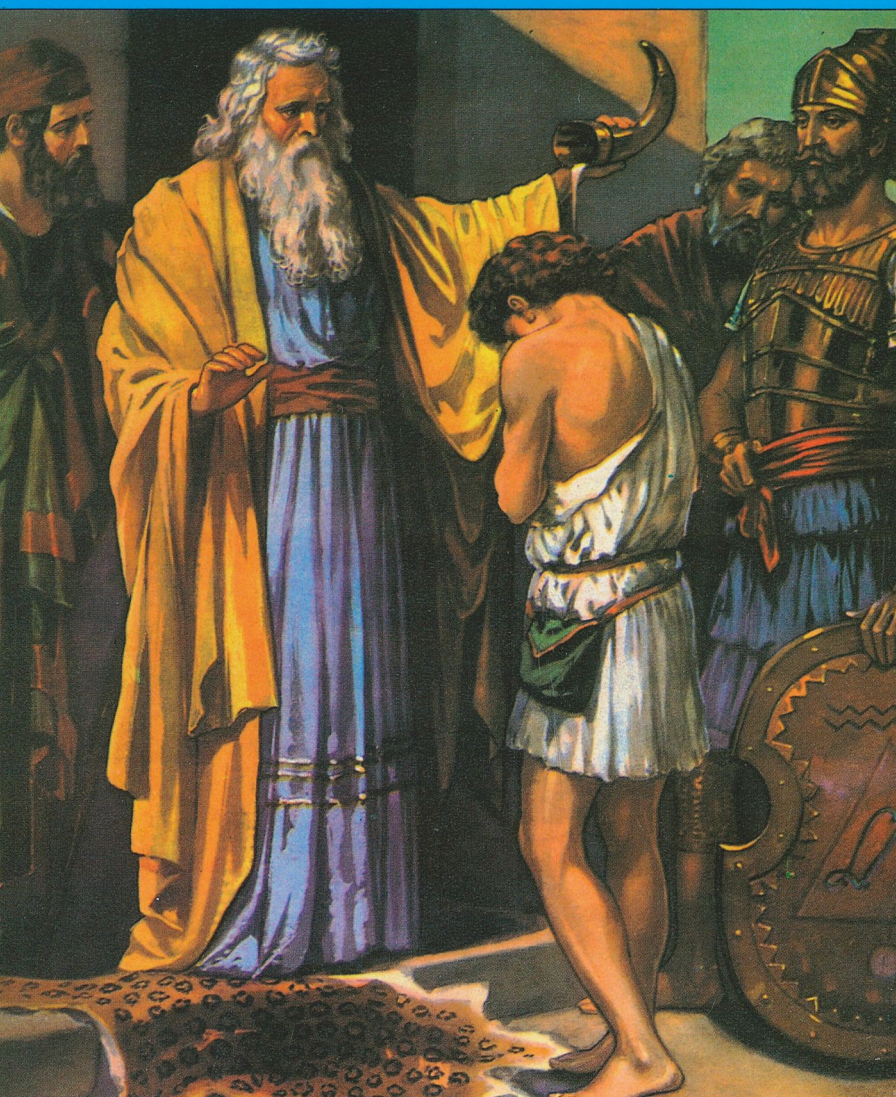


V R • E U G D E N H I L

HISTORIA BIBLICA PARA LA JUVENTUD

TOMO III



J. Vreugdenhil

HISTORIA BÍBLICA

PARA

LA JUVENTUD

ANTIGUO TESTAMENTO

— TOMO III —



Editorial CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD
Tomo III

© W.M. Den Hertog

Traductor: Valentín Muñoz Maillo

Depósito Legal: B. 32.669-1994
ISBN 84-7645-761-8 Obra completa
ISBN 84-7645-764-2 Tomo III

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE –Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n– 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 28 JÓVENES
C.T.C. 04-28-2000-10

Referencia: 22.37.81

Índice

68	<i>Como una perdiz en los montes</i>	7
69	<i>David respeta a sus enemigos</i>	15
70	<i>Con Aquis, rey de los filisteos</i>	24
71	<i>El fin de un rey desesperado</i>	31
72	<i>David es proclamado rey en Hebrón</i>	39
73	<i>Israel librado de todos sus enemigos</i>	46
74	<i>Un hombre conforme al deseo de Dios</i>	53
75	<i>El pecado de David y sus consecuencias</i>	62
76	<i>Un príncipe impío</i>	68
77	<i>Muerte de Absalón y regreso de David</i>	76
78	<i>El censo</i>	86
79	<i>Últimos años de la vida de David</i>	93
80	<i>Un rey joven y sabio</i>	102
81	<i>Salomón edifica casa para el Señor</i>	111
82	<i>La reina de Sabá</i>	117
83	<i>La división del reino</i>	123
84	<i>Jeroboam</i>	130
85	<i>El profeta Elías</i>	140
86	<i>El Señor es Dios</i>	148
87	<i>Huyendo de una mujer</i>	156
88	<i>Un fanfarrón avergonzado y un inocente lapidado</i>	162
89	<i>Muerte de Acab</i>	169
90	<i>Últimos días de Elías y su ascensión</i>	176
91	<i>El profeta Eliseo</i>	184

92	<i>El profeta Eliseo (Continuación)</i>	190
93	<i>Naamán el Sirio</i>	200
94	<i>Bendición y castigo</i>	209
95	<i>La sangre de Nabot vengada.</i>	221
96	<i>El reinado de Jehú</i>	229
97	<i>Hasta la cuarta generación</i>	234
98	<i>Jonás</i>	241

Capítulo 68

COMO UNA PERDIZ EN LOS MONTES

1 Samuel 22:1-5

El pueblo de Adulam está en Israel, a unas horas de camino desde Gat, una de las cinco ciudades de los filisteos. Cerca del pueblo, en los montes, hay una gran cueva. Es la cueva de Adulam y David se esconde en ella.

Allí está sentado el yerno del rey. Con tristeza mueve su cabeza: «¿Por qué, por qué me ha sucedido todo esto?»

Se asusta porque unos hombres han entrado en la cueva. ¿Serán amigos o enemigos? No tarda en saberlo, son sus hermanos y llevan con ellos a sus ancianos padres. Ellos tampoco están a salvo de la ira de Saúl.

Como Saúl no puede apresar a David quiere vengarse en sus familiares y también llegan más personas.

Samuel ya había prevenido al pueblo que quería tener un rey. Les había dicho que el rey tomaría a sus hijos y a sus hijas, e incluso sus campos. No le habían hecho caso, pero ahora estaba sucediendo todo cuanto Samuel había dicho.

Saúl que había comenzado su reinado como un hombre humilde, ahora se ha convertido en un hombre tirano y cruel. Cuando desea dar un regalo a alguno de sus amigos, lo quita descaradamente a algún israelita y se lo entrega a su amigo.

No es muy honesta la conducta de Saúl, pero él no se preocupa por nada. Los israelitas son cada vez más pobres, como David. Poco tiempo después David ha reunido un grupo de cuatrocientos hombres y ha sido nombrado el jefe de todos.

Ahora no está solo, podrá defenderse si llega el caso. Por el contrario, está el problema de cómo alimentar a aquellos hombres. ¿De dónde sacar víveres para todos? Tampoco será muy fácil que se esconda un grupo tan numeroso.

David está preocupado también por sus ancianos padres, pues les ama; son viejos y no podrán acompañarle, se morirán de cansancio. Piensa en una solución para ello. De pronto se le ocurre una idea. Un día sale con sus hombres de Adulam, se dirige a Moab y pide al rey moabita que permita a sus padres vivir en el país.

¿Por qué lleva a sus padres a Moab? Como recordaréis, Rut era moabita, ya había muerto hacía tiempo, pero era la abuela de Isaí y seguramente los moabitas aún recordarían a Rut. Por ello David decide llevar a sus ancianos padres a Moab.

El rey da su consentimiento. David permanece algunos días en Moab, y quizás se hubiera quedado allí si el Señor no le hubiera ordenado volver a Israel.

Entre aquellos cuatrocientos hombres había un profeta, era el profeta Gad. Éste ordena a David, en nombre del Señor, que abandone Moab. David obedece. Vuelve de nuevo a tierra de Judá al encuentro de peligros y penas. Sin embargo, él cree que Dios es poderoso para guardarle.

David se oculta con sus hombres en un bosque que se llama Haret, y permanece de momento allí.

1 Samuel 22:6-23

—¿No hay nadie que se compadezca de mí? Es Saúl que está sentado a la sombra de un árbol en presencia de sus criados y amigos.

Nadie se atreve a responder.

–Sé muy bien –dice– que vosotros todos queréis mucho a David. Sé que estáis deseando que yo no pueda apresarlos. Pero ¿os dará David, hijo de Isaí, tierras y viñas como hago yo? ¿Os dará cargos? Hasta mi propio hijo Jonatán ha hecho una alianza con él. Hasta mi propio hijo ayuda al hijo de Isaí. ¿No hay nadie que se compadezca de mí, que quiera ayudarme?

Todos le escuchan y siguen callando.

De pronto se escucha una voz:

–Señor, puedes tener confianza en mí, te ayudaré en todo lo que sea posible. Te diré una cosa. El otro día estaba en Nob con Ahimelec el sumo sacerdote, y se presentó David. Ahimelec le ayudó, le dio provisiones y le entregó la espada de Goliat. El sumo sacerdote oró por él al Señor.

Es Doeg quien ha hablado, uno de los principales pastores de Saúl. En su interior piensa: «A lo mejor obtengo una nueva recompensa, tal vez una viña o un campo».

Saúl enrojece cuando escucha Doeg.

–¿Cómo? –dice en tono amenazador– ¿También Ahimelec le ayuda? Me las pagará.

Planes de venganza acuden a su mente.

–Traedle en seguida –ordena.

Poco después Ahimelec y toda su familia están en presencia del rey. El rey clava sobre él una mirada amenazadora y sombría.

–Ahimelec, quiero hablar seriamente contigo.

–¿Qué desea el rey, mi señor? –es la respuesta.

Con mirada sincera Ahimelec mira a Saúl. Violentamente continúa el rey:

–¿Por qué has ayudado al hijo de Isaí? Le has dado pan y vino y has orado al Señor para que le guarde. Se ha rebelado contra mí.

Sorprendido, Ahimelec mira al rey:

–¿David un rebelde? –pregunta incrédulo.

–A pesar de todo, David es tu yerno, es un hombre fiel y honrado. No creo que sea rebelde. Pero si fuera verdad yo no tengo ninguna culpa. No lo sabía. No debes acusarme de cosas que no son ciertas.

Saúl, sin embargo, se irrita más, el odio le ofusca y no escucha nada de lo que le dice Ahimelec. Tiene el rostro demudado por la ira.

–Debes morir y no sólo tú, sino también tu familia, porque sabías que David huía de mí –dice con aspereza.

Detrás de Saúl está su guardia. La orden suena:

–Matad a todos estos sacerdotes, pues sabían que David huía de mí y le han ayudado.

Nadie se mueve, hay un profundo silencio. La guardia de Saúl se niega a matar a los sacerdotes, no aceptan la orden de aquel loco.

Saúl se da cuenta de ello, sus ojos están encendidos por la ira. No los necesita. Se dirige a Doeg y le dice:

–Hazlo tú.

Doeg acepta, ¿por qué no? ¿Qué le importan a él los sacerdotes del Señor? Tal vez obtendrá una nueva recompensa de Saúl. Ahimelec y todos los sacerdotes que están con él, ochenta y cinco en total, son matados a sangre fría por el Idumco. La espada de Doeg está llena de sangre.

Pero no es suficiente. Doeg marcha a Nob y allí mata a las mujeres y a los niños, todos los habitantes del pueblo son degollados.

Sólo un sacerdote escapa, es Abiatar. Corre a David y le cuenta lo sucedido. David se asusta al escucharlo.

Lamenta no haber dicho la verdad a Ahimelec, para que éste no le hubiera dejado verse de Doeg. Él es el culpable de todo y exclama:

–Soy el culpable de esa horrible matanza.

Con voz consoladora dice a Abiatar:

–Quédate conmigo, Abiatar, te protegeré cuanto pueda y Dios te guardará como a mí.

Amigos, ahora se había cumplido lo que dijo el profeta a Elí: «Tu familia entera morirá», aquellos sacerdotes eran descendientes de Elí. Pero no por ello Saúl es inocente, es un cruel asesino y un loco y culpable de la muerte de aquellos sacerdotes inocentes, pues ha sido él quien ha ordenado darles muerte. Saúl es culpable y toda sangre inocente derramada merecerá su castigo.

1 Samuel 23:1-15

El tiempo de la cosecha siempre es grato para los campesinos, pues en él obtienen la recompensa de su duro trabajo. Cuando las doradas mieses se siegan y el grano es recogido en los graneros, el campesino está alegre.

Así les sucede a los habitantes de Keila. Es una ciudad situada a poca distancia al sur de la cueva de Adulam. Han segado el trigo y lo han almacenado en los graneros. Lo han trillado para poder tener pan para sus mujeres y sus hijos.

Inesperadamente se acerca el ejército de los filisteos. Los habitantes de Keila tratan de enfrentarse al enemigo, pero sin éxito; son vencidos y su trigo es robado por los filisteos. Llenos de ira y enojo los habitantes de Keila ven cómo los filisteos se llevan todo su trigo. Nada pueden hacer para impedirlo, los filisteos son muchos más que ellos y están armados. Nadie viene en su ayuda, no se fían de nadie.

De pronto ven acercarse unos centenares de soldados que se lanzan contra los filisteos. Pelean durante unos momentos, la lucha dura muy poco ya que los filisteos, sorprendidos por el inesperado ataque, se asustan y emprenden la huida. El trigo queda allí.

La alegría vuelve a los habitantes de Keila. ¿De dónde ha llegado esa inesperada ayuda? David que estaba con sus hombres en las proximidades supo del peligro que había en Keila.

Por un momento no sabe qué hacer y duda porque ha de tener en cuenta a Saúl; no sabe qué hacer, pues sus hombres tampoco tienen deseos de pelear porque tienen miedo de Saúl y temen que les pueda atacar cuando estén luchando contra los filisteos.

David, sin embargo, no puede soportar la idea de que los filisteos se lleven todo impunemente.

En medio de sus dudas pide consejo al Señor:

–Señor, ¿debo atacar a los filisteos? El Señor le contesta:

–Sí, ve contra el enemigo.

–¿Alcanzaré la victoria? –prosigue David.

–Alcanzarás la victoria –es la respuesta del Señor.

Rápidamente David emprende la marcha con sus hombres para ayudar a Keila que está en gran peligro. Va al frente de un ejército de seiscientos hombres.

De esa forma fueron ayudados los habitantes de Keila y el enemigo tuvo que huir dejando abandonado todo lo robado.

David se queda en Keila con sus hombres. En seguida los israelitas se enteran de la nueva hazaña de David. También llega a oídos de Saúl y en lugar de alegrarse se enfada. La envidia sigue dominándole.

«Esta vez», piensa, «podré cogerle. Cercaré Keila y le haré prisionero». Es un pensamiento malvado, en lugar de alegrarse de la victoria de David, Saúl quiere matarle.

David se entera de que Saúl se aproxima con su ejército. Pide consejo al Señor:

–Señor, ¿es cierto que Saúl viene a Keila con propósito de matarme y que me entregarán a los habitantes de Keila?

El Señor le responde:

–Sí, David, Saúl viene para matarte y la gente de Keila no te ayudará, te entregarán a Saúl.

Son gente ingrata; David les ha librado de los filisteos y sin embargo estarán dispuestos a entregarle a Saúl.

David con su ejército sale inmediatamente de Keila. ¿Dónde esconderse? Parece que en ninguna parte está seguro. Muy cerca está el desierto de Zif. Huye a este desierto, que es un terreno lleno de montes y rocas. Cuando Saúl se entera de que David ha abandonado la ciudad de Keila se vuelve a su casa de Gabaá.

1 Samuel 23:16-28

–No temas, David, mi padre no te cogerá porque el Señor lo impide. Tu serás rey y yo seré el segundo después de ti.

Los dos amigos fieles, David y Jonatán están juntos. David está desanimado y triste, pero su amigo Jonatán le anima y consuela.

Jonatán se ha enterado de que David está en el desierto de Zif y ha ido a verle. Jonatán es noble y aprueba el que David sea el rey en lugar de él.

Así es la verdadera amistad. ¿Ocurre igual entre vosotros, jóvenes? ¿O sentís envidia los unos de los otros? En este caso, no es verdadera amistad. No ocurre así con Jonatán, él no envidia a David.

Nuevamente los dos amigos pactan una alianza. Jonatán indica a David que la fidelidad de Dios no permitirá que perezca miserablemente; en la Biblia leemos que «confortó a David en Dios». Después Jonatán se volvió a su casa.

Otros peligros acechan a David. Los de la ciudad de Zif se enteran de que David está muy cerca y rápidamente acuden a decírselo a Saúl.

–Señor –dicen– David está muy cerca de nuestra ciudad, si te das prisa podrás cogerlo y matarlo.

Saúl se alegra cuando oye aquella noticia.

–Vosotros queréis ayudarme –dice alabándoles– el Señor os bendiga.

Saúl es malo y no necesita nombrar al Señor cuando su intención es cometer un crimen, la muerte de David, su propio yerno.

Los hombres de Zif eran unos traidores. David tenía muchos amigos, pero también tenía enemigos, como podemos ver.

Los de Zif vuelven con la intención de no dejar escapar a David.

Mientras tanto Saúl reúne a su ejército y se dirige rápidamente hacia Zif. Los ciudadanos le señalan el camino por el que David se ha dirigido al desierto, y ahora se encuentra cerca del pueblo de Maón. Saúl se acerca cada vez más. David se apresura a escaparse, pero ya es demasiado tarde. El ejército de Saúl le ha cercado. Está perdido, no tiene ninguna escapatoria, lo único que puede hacer es orar al Señor para que le libere.

De repente un mensajero se acerca a Saúl:

–¡Señor, ayuda! Los filisteos han invadido el país –dice.

Saúl se pone rabioso, es una lástima. Pero no se da cuenta de que es el Señor quien dirige las cosas así para librar a su

servidor David. Saúl se debate dentro de sí. Por fin reúne a todo el ejército. Primero tratará de vencer a los filisteos y después volverá para coger a David. Ya tendrá una nueva ocasión. Se marcha y David queda libre.

Dios le ha guardado y le ha salvado de la muerte. Con gratitud levanta los ojos al cielo.

Capítulo 69

DAVID RESPETA A SUS ENEMIGOS

1 Samuel 24

—Ahora tienes una buena ocasión de matar a tu enemigo —susurra una voz a David. Si ahora le matas habrás terminado de una vez con todos los peligros, serás libre.

¿Quién dice esto? ¿Quién debe ser matado?

Muy pronto abandonó David el pueblo de Maón, porque allí había muchos traidores. Se marchó a otra región desértica, a En-gadi, situada cerca del mar Muerto. Allí había altos montes y profundos valles. En estos montes había muchas cuevas y además era una región muy tranquila y solitaria, ya que casi nadie pasaba por allí; sería difícil que allí le encontrara Saúl.

David y sus seiscientos hombres se esconden en una de las cuevas más grandes, dentro hay una oscuridad completa, nadie puede verlos. Sin embargo, ellos sí pueden ver si alguien entra en la cueva. Esperan allí porque saben que Saúl anda por allí cerca.

Después que Saúl venció a los filisteos despidió a la mayor parte de su ejército. Tres mil hombres quedan con él para perseguir de nuevo a David. Los traidores le dicen que David ha huido al desierto de En-gadi y decide ir allí, no reposará hasta que haya matado a David. Resueltamente Saúl prosigue

la persecución. Sus soldados trepan y descienden por las rocas poniendo en peligro sus vidas. También Saúl escala como los demás. Buscan a David. No es de extrañar que los hombres de David estén completamente en silencio, conteniendo hasta la respiración. Se trata de salvar sus vidas. De pronto se asustan, a la entrada de la cueva hay un hombre alto. Pueden verlo perfectamente contra la luz del sol y le reconocen, es Saúl. Si les descubre caerán como en una ratonera. No se atreven ni a respirar.

Saúl no sospecha nada, está cansado de tanto caminar y mientras sus soldados inspeccionan las proximidades quiere dormir un poco. Pronto se queda profundamente dormido.

Los hombres de David le dan un codazo y le dicen:

–He aquí a tu enemigo. Mátale y líbrate de una vez de él.

David duda, no sabe qué hacer. Toma su cuchillo y sigilosamente se acerca al rey, hasta que está a su lado. ¿Le matará? No, no quiere matar al rey de Israel. Con gran cuidado corta un trozo del manto de Saúl y vuelve a sus soldados.

–¿Por qué no le has matado? –le reprochan.

–No –contesta David–, no quiero matar al ungido del Señor.

Sus hombres protestan, pero David les ordena silencio. Exige que le obedezcan.

Saúl se despierta, se levanta y sale de la cueva. David se dirige con cuidado a la entrada de la cueva y mira hacia fuera. Cuando Saúl está a una distancia prudente grita con todas sus fuerzas:

–¡Señor, mi rey!

Saúl se detiene y vuelve la vista y allí ve a David. Éste se inclina profundamente ante el rey y grita:

–¿Por qué piensas que quiero hacerte mal? No es verdad. He estado a tu lado mientras dormías. Hubiera podido matarte, pero no lo hice. No quiero matarte ¿No lo crees? Mira tu manto del que he cortado un trozo. Míralo.

David levantaba el trozo del manto de Saúl. Saúl mira y ve que lo que dice David es verdad. Ha estado en peligro de muerte; si David hubiera querido lo habría matado. No merecía que David fuera tan bueno con él.

–¿Por qué me persigues? –continúa David. Nunca te dañé en nada. No me vengaré. Sólo del Señor es la venganza. David calla.

Saúl queda en silencio, después dice:

–¿Es ésta tu voz, hijo mío, David? Las lágrimas brotan de sus ojos y se siente impío y se da cuenta de la bondad y la nobleza de David.

–Te he hecho daño –dice–, pero tú no te has vengado, me has hecho bien. El Señor te bendiga David. Sé que serás rey. Pero prométeme que no matarás entonces a mis hijos. Júralo.

David lo hace. Solemnemente promete y jura que no hará ningún mal a la familia de Saúl.

Saúl reúne de nuevo a sus soldados y se vuelve a Gabaá. No hará más daño a David. David no necesita seguir huyendo y con sus hombres abandona aquel lugar inhóspito.

1 Samuel 25

Muy lejos, al sur del país de Canaán, cerca del gran desierto por el que erraron durante cuarenta años los hijos de Israel, hay una extensa pradera, llamada el desierto de Parán. En ella estaba ubicado el pueblo de Carmel, donde vivía un rico campesino llamado Nabal. Tenía tres mil ovejas y cabras. No era un hombre muy simpático, era avaro y mezquino. Nabal sólo pensaba en sí mismo.

Un día hay fiesta en la finca de Nabal. Sus ovejas han sido esquiladas. Nabal podrá vender la lana a buen precio y aún será más rico. Por este motivo Nabal está alegre y prepara una gran cena.

De pronto unos hombres llaman su atención.

–¿Quiénes sois y cuál es vuestro país? –pregunta de forma ruda.

–Venimos a saludarte de parte de David y pedirte si tienes algo de comer para nosotros.

Tal vez os preguntéis de dónde han salido estos hombres de David ¿no?

Cuando Saúl salió de la cueva de En-gadi, donde David le perdonó la vida, David se dirigió a la pradera del desierto de Parán. Allí protegía los rebaños de Nabal. Si venían bandidos a robar los rebaños David ayudaba a los pastores de Nabal. Si se acercaban fieras a los rebaños, las espantaba. Durante el tiempo que David estuvo allí no desapareció ni un solo animal de los rebaños de Nabal.

Hoy Nabal celebra la fiesta de los esquiladores y es el momento oportuno para pedirle alguna recompensa por la protección ofrecida.

Nabal, sin embargo, meneaba la cabeza y con ira dice en tono insultante:

—¿Quién es David? No pienso dar nada. Marchaos.

Nabal sabe muy bien quien es David, sabe que le ha ayudado, pero es demasiado avaricioso para dar nada. Sólo ofende a David. Le llama rebelde.

Con gran decepción los hombres de David vuelven y le narran lo sucedido.

David se pone furioso.

—¿Ha dicho eso Nabal? Me las pagará.

Se dirige con sus hombres a la finca de Nabal. Su propósito es matarlos a todos.

Deténte, David, esos pastores no tienen ninguna culpa. David quiere vengarse, está furioso.

Uno de los pastores de Nabal ha visto y oído cómo éste ha tratado a los hombres de David. Corre hacia Abigail, la mujer de Nabal y se lo cuenta y también lo bueno que ha sido David con ellos. No se atreve a decírselo a Nabal porque le tiene miedo, pero se lo dice a Abigail, quien se asusta al oírlo y dice:

—Si mi esposo no quiere dar nada, lo haré yo —exclama— pero de prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Ella misma lo llevará a David y remediará así el mal que ha hecho su esposo.

No dice nada a Nabal de lo que va a hacer. Toma unos asnos y los cargan. Algunos criados la acompañan. Pronto está ante David, se apea y se inclina ante él.

-Escúchame un momento -dice. Me parece muy penoso cómo te ha tratado mi esposo, cuando mandaste mensajeros a él. Si yo los hubiera visto no habría ocurrido aquello. No debes hacer caso de las palabras de mi esposo.

Se llama Nabal, es decir, «tonto» y efectivamente es un tonto.

-Quiero remediar lo ocurrido. Mira todo lo que traigo para ti.

Los asnos son descargados y, en efecto, hay un presente real para David. Doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cien racimos de pasas y doscientos panes de higos.

-He aquí el presente que he traído para ti y tus hombres -continúa Abigail. No mates a hombres inocentes. El Señor te ha ungido rey y serás rey. Saúl no podrá matarte nunca, puesto que el Señor no lo permitirá. Así cuando estés sentado en



La mujer de Nabal ayuda a David

el trono no tendrás que avergonzarte de haber derramado sangre inocente.

David le dice:

–Bien. Seguiré tu consejo y me marcharé. Pero si no hubieras venido a mi encuentro hubiera matado a todos, porque no hemos merecido ser tratados así.

Abigail se siente aliviada. Ha dado resultado su acción, pues ha logrado disuadir a David de su horrible propósito.

David está alegre y da gracias al Señor por no haberle permitido hacer algo de lo que habría tenido que arrepentirse durante toda su vida.

Toma los panes y los demás regalos y se marcha.

Abigail regresa también a casa y, cuando llega, encuentra a su esposo borracho, por lo que no dice nada. A la mañana siguiente le cuenta todo lo ocurrido. Cuando Nabal comprende que ha estado a punto de ser matado por David se lleva tal susto que le da un ataque de apoplejía y queda parálítico. En la Biblia leemos que «Se quedó como una piedra», es decir, que no podía moverse más. Así estuvo durante diez días y después murió.

El Señor hirió a Nabal por su pecado.

David no necesita vengarse, el Señor es el vengador.

Pocos días después David se entera de que Nabal ha muerto y envía unos mensajeros a Abigail para pedirle si se quiere casar con él. Pero ¿no estaba David casado?

Saúl había dado a su hija Mical, mujer de David, a otro hombre, a Palti. Lo había hecho por envidia y odio. Por esta razón David pidió a Abigail si deseaba casarse con él.

Como ya hemos visto también en aquellos tiempos algunas veces los hombres tenían más de una mujer. Abraham y Jacob tuvieron más de una mujer.

Abigail acepta y se lo hace saber a David. Ahora todas las posesiones de Nabal pertenecen a David. Nabal no quiso darle nada y ahora lo tiene todo.

1 Samuel 26

En la oscuridad de la noche dos hombres caminan sigilosamente por el campo. Delante de ellos se divisan las siluetas de muchos carros, junto a ellos los soldados duermen en el suelo. En el centro está acostado el rey Saúl. Duerme y, por tanto, no se entera de nada. Junto a su cabeza está clavada en tierra la lanza y junto a ella un cántaro.

No hay centinelas. Con cautela aquellos hombres se acercan al rey que duerme. ¿Qué van a hacer?

Tal vez os preguntéis: ¿van a matar a Saúl? ¿Qué hace allí el rey? ¿Por qué no está en su palacio de Gabaa?

Saúl está de caza. Trata de cazar a David. Pero... ¿No había



David toma la lanza y el cántaro de Saúl

prometido que no perseguiría más a David? Lo había prometido, pero ha faltado impunemente a su promesa. David había abandonado el desierto de Parán, donde había protegido los rebaños de Nabal y había ido al desierto de Zif. Cuando los de Zif se enteran acuden a decírselo a Saúl. Es la segunda vez que traicionan a David. Saúl debería haber dicho a los de Zif:

—David y yo hemos hecho la paz, no deseo hacerle ningún daño, pues se lo he prometido. Me ha perdonado la vida cuando le perseguía y haría mal yo ahora persiguiéndole. Pero Saúl no dice eso. Es una oportunidad muy favorable y no quiere desperdiciarla. Posiblemente esta vez le cogerá.

Pronto sale con tres mil soldados para coger y matar a David. Se olvida de su promesa. Con su ejército ha llegado al collado de Haquila y allí decide pasar la noche.

Abner, general de Saúl, está también con ellos. No han puesto guardia. Es una imprudencia, porque... David está sobre aviso, ha enviado espías que le informan de todos los movimientos de Saúl.

—¿Quién me acompaña? —ha preguntado esa noche.

—Yo —dice Abisai.

¿Quién es? Prestad atención, David tenía hermanos y hermanas. Una de sus hermanas se llamaba Sarvia, estaba casada y tenía tres hijos: Joab, Abisai y Asael. No olvidéis estos nombres, pues después se hablará de ellos.

Abisai era, pues, sobrino de David.

Los dos hombres que marchan sigilosamente por el campo son David y Abisai. Se introducen entre los hombres de Saúl, que duermen; es peligroso, ya que como se despierte alguno están perdidos.

El Señor hace que ninguno se despierte. Por fin llegan junto a Saúl, el rey, que duerme tranquilamente.

—¿Debo matar a este hombre que falta a su palabra? —pregunta Abisai.

David mueve la cabeza y dice:

—No. No quiero matarle. Ya llegará el día en que morirá, quizás en el campo. Llegará el día en que el Señor le herirá, pero yo no quiero matar al ungido del Señor.

Si el Señor sale en defensa de David es mejor, así ocurrió en el caso de Nabal, ¿verdad? ¿Sabéis lo que hace David? Toma la lanza de Saúl y el cántaro y se lo lleva. Cuando llegan a campo abierto David grita:

–Abner, Abner, ¿no respondes?

–Sí –suena una voz asustada– ¿quién llama?

–Abner, has sido un imprudente. ¿Por qué no has puesto centinelas? Debes ser matado ya que el rey ha estado en gran peligro. Mira dónde está la lanza y el cántaro del rey.

Saúl se ha despertado y ha reconocido la voz de David y lo que dice.

–¿No es esa tu voz, David, hijo mío? –pregunta. De nuevo se da cuenta de que David ha respetado su vida.

–Sí, es mi voz –responde David. ¿Por qué me persigues de nuevo? ¿Qué mal te he hecho? Has faltado a tu promesa. Por tu culpa debo estar errante de una a otra parte. Así no puedo servir al Señor junto a mi pueblo. En las grandes solemnidades no puedo subir al tabernáculo. ¿Por qué me persigues?

Saúl no sabe qué responder, todo lo que dice David es cierto. En seguida da la razón a David:

–He pecado –dice.

Lo dice, pero no lo siente, no está arrepentido. Ahora se da cuenta de que ha obrado mal y promete no perseguir más a David. David no confía en Saúl, sólo confía en Dios y dice:

–El Señor me salvará de toda miseria, el Señor me salvará de toda aflicción. Después David se marcha a casa y Saúl vuelve a Gabaa.

Lo que David ha hecho está escrito en la Biblia para enseñarnos y prevenirnos. A veces los jóvenes quieren vengarse por sí mismos. Si lo hacéis estáis obrando como Saúl. Pedid al Señor que os guarde de la venganza. La venganza anida en el corazón de todo el mundo, también en el vuestro, pedid al Señor que os libre de ella.

Capítulo 70

CON AQUIS, REY DE LOS FILISTEOS

1 Samuel 27

No tardando mucho la envidia y el odio vuelven al corazón de Saúl. No puede soportar la idea de que le haya rechazado el Señor y que más tarde David será el rey. Si pudiera coger y matar a David se libraría de él de una vez. No recuerda ya las promesas que ha hecho a David.

Cuando David se entera de que Saúl le persigue de nuevo, se desalienta. ¿Dónde huirá ahora? Pero si se queda caerá en manos de Saúl.

Toma a sus hombres y se dirige a la ciudad filistea de Gat, al rey Aquis. Es la segunda vez, la primera fue solo y había estado en apuros, entonces se hizo el loco y le pusieron en libertad. Ahora vuelve, pero acompañado por seiscientos hombres.

David, ¿por qué vas a tierra enemiga? ¿No puede el Señor guardarte en tu propio país? ¿Acaso el Señor no es el mismo?

En estos momentos David no tiene completa confianza en Dios, duda de la fidelidad eterna de Dios. En esta ocasión Aquis no rechaza a David, le permite quedarse. Piensa: «Puede serme muy útil contra Saúl».

David se cansa de estar en Gat, porque Aquis espía todos sus movimientos.

No muy lejos de Gat está la ciudad de Siclag, ciudad que había pertenecido antes a los israelitas, pero los filisteos la habían tomado.

—¿Puedo irme a vivir a Siclag? —pregunta David a Aquis. Éste se lo permite, puede hacerlo.

David sale con todos los suyos y muy pronto está en Siclag. Muchos se llevan consigo a sus familias.

A David le preocupa la forma de adquirir alimentos para todos los suyos. Es un problema, pero David encuentra una solución. De vez en cuando sale con sus hombres y hace incursiones en el país de los amalecitas, antiguos enemigos de Israel y también a otros países vecinos. Por dondequiera que pasa mata a todos, hombres, mujeres y niños, no deja a nadie con vida. Roba todo cuanto encuentra: ganado, oro, plata. Cargado con la presa vuelve a Siclag.

Cuando Aquis se entera de que David se ha marchado y ha regresado le pregunta:

—¿Dónde has estado?

David le responde:

—He atacado el país de Judá, he peleado contra mi propio pueblo.

Aquis sonrío y piensa: «Esto está bien, así no podrá regresar a su país, se ha hecho enemigo de su propio pueblo, deberá permanecer aquí. Será mi servidor.» No se da cuenta de que David le está mintiendo y se lo cree todo.

David no tiene confianza en Dios, lo que está haciendo está mal, no debe mentir jamás.

Durante diecisiete meses David vive en Siclag, y durante todo ese tiempo engaña a Aquis. La bendición de Dios no puede estar sobre lo que hace David. No puede salir de la situación en que se ha metido, pero su existencia no es tranquila, su vida carece de alegría.

1 Samuel 28:1-2

1 Samuel 29

Un día David sale nuevamente de Siclag, sus hombres le siguen. Su expresión es sombría y sus hombres marchan en silencio.

¿Qué ocurre? ¿Han descubierto sus mentiras? No, pero David está en apuros.

Los filisteos han reunido sus soldados y quieren luchar contra Israel. Aquis envía mensajeros por todo el país y también a Siclag. David debe ir con él, es orden el rey. ¿Qué hará David? ¿Peleará contra su propio pueblo...? Es imposible, no puede hacerlo... ¿Qué hará...?

No puede negarse, si lo hiciera Aquis le diría:

—¿Por qué no quieres ayudarme? ¿No me has dicho que has peleado muchas veces contra los israelitas?

Entonces se descubriría su engaño y David no lo desea, se avergüenza de lo que ha hecho. David ha quedado prendido en su propia trampa. No sabe qué hacer.

Aquis está esperando, pues debe tomar una decisión. Ya verá lo que hará.

Aquis piensa que puede contar con David y le da un puesto de honor. David y sus hombres formarán la guardia personal de Aquis. David deberá proteger al rey filisteo.

Acuden filisteos de todas partes. Todos se reúnen en el mismo lugar, posiblemente en Gat. De todas las ciudades llegan filisteos: desde Ecrón, Asdod, Gaza y Ascalón. Todos marchan contra el país de los israelitas. Aquis con su guardia marchan los últimos. David va entre ellos, no sabe a quién recurrir. ¿Cómo acabará aquello?

David: ¡jora a Dios, hazlo! Pero no se atreve a hacerlo y eso le pone en una situación angustiosa. Durante diecisiete meses ha estado mintiendo a Aquis, durante diecisiete meses ha vivido en pecado. El Señor no querrá escucharle más. Merece que el Señor le haya abandonado. Cuando los demás príncipes filisteos ven a David y a sus hombres preguntan a Aquis:

—¿Qué hacen aquí estos hebreos? Los israelitas eran también llamados «hebreos». Aquis responde:

—Es David, hombre de mi plena confianza. Me ha servido durante diecisiete meses y nunca le he cogido en una mentira. Si Aquis supiera todo...

Los príncipes filisteos se enfadan con Aquis.

—Hazle volver —piden. ¿No te das cuenta de que en la lucha se pasará al enemigo? ¿No ves que nos traicionará? Elige: o David o nosotros.

Aquis no tiene más remedio que acceder.

—No es culpa mía —se excusa— pero los demás príncipes lo exigen. Siento mucho que tengas que volverte a Siclag. No puedes venir conmigo.

Seguro que David se ha alegrado, pero no dice nada, de nuevo engaña a Aquis.

—¿Por qué no me permites ir contigo? ¿Qué he hecho yo? Jóvenes, ya veis cómo obra David. El hombre puede ser muy malo. El Señor tiene la bondad de dirigir las cosas así permitiendo a David que vuelva y él sigue engañando a Aquis.

—De acuerdo —murmura— me iré, y finge estar enfadado.

Vuelve a Siclag con una expresión furiosa en su rostro, pero interiormente está alegre. Ha sido librado de todo su pesar, también sus amigos están alegres.

—Todo ha terminado bien —dicen.

No leemos en la Biblia que David haya dado gracias al Señor. Es que, amigos, cuando estamos en pecado no podemos dar gracias a Dios. Podremos hacerlo con la boca, pero no con el corazón.

1 Samuel 30

—¡Tú tienes la culpa!

Las cosas no van bien, parece que todo va a terminar mal.

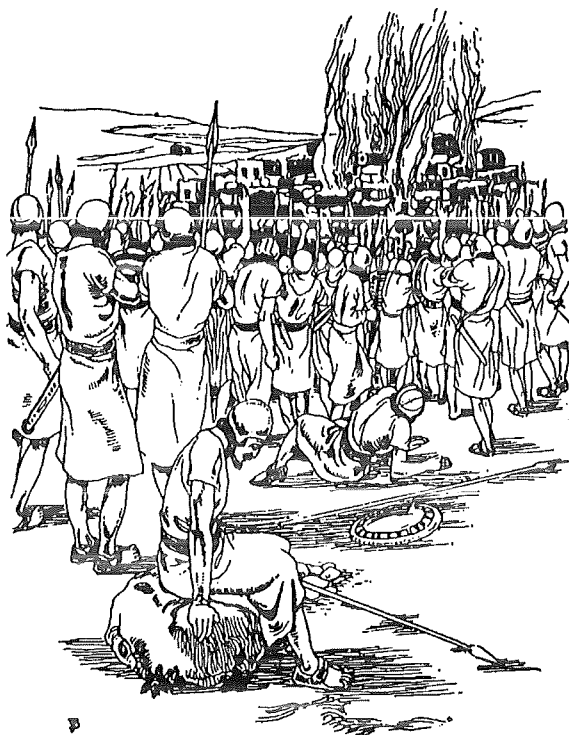
David está con sus amigos, ¿amigos? Son enemigos. Le dirigen palabras amenazadoras. Sus ojos están llenos de odio.

—Apedreémosle —dice uno. Matémosle —grita otro.

¿Qué ha ocurrido? Siempre han sido amigos, han participado juntos en muchas cosas y ahora quieren matarle. ¿Por qué?

David ha vuelto con sus seiscientos hombres a Siclag. Están cansados, han caminado mucho, desean descansar con sus mujeres e hijos.

Cuando se acercan a Siclag ven que el humo sube de la ciudad. Han incendiado Siclag. ¿Quién lo ha hecho? No lo saben.



Siclag ardiendo

Sus mujeres y sus hijos han desaparecido. Los hombres, fuertes y valientes, rompen a llorar. Ya no tienen nada. Pero su tristeza se convierte en ira. David tiene la culpa de todo. No debería haber mentido. Éstas son las consecuencias de sus mentiras. David no sabe qué hacer. Se ve impotente ante aquella multitud furiosa y su conciencia le acusa. Es verdad lo que dicen aquellos hombres. Es un mentiroso, merece ser muerto. Ha huido de Saúl y ahora va a ser matado por sus compañeros.

Un suspiro sube del corazón de David hacia Dios. No es una gran oración, sólo un suspiro, pero Dios atiende ese suspiro. David ha sido infiel, pero Dios es siempre fiel.

Una paz serena inunda su corazón. Cree que Dios le ayudará. La Biblia dice: «Se confortó en el Señor, su Dios».

El valor reluce de nuevo en sus ojos. Con la ayuda de Dios salvará lo que aún pueda ser salvado.

Llama a Abiatar, sumo sacerdote, para que pida al Señor si puede perseguir a sus enemigos.

Dios responde:

–Síguelos. Les alcanzarás y librarás a tus mujeres y tus hijos.

–Dejad de quejaros –grita David enérgicamente– les seguiremos.

El valor vuelve al alma de aquellos hombres desesperados. Sin tardanza se ponen en camino y penetran en el desierto. Están cansados, difícilmente se arrastran y llegan hasta el arroyo. Doscientos hombres no tienen fuerzas para pasar.

–Quedaos aquí –propone David– y cuidad de nuestros utensilios.

Cuatrocientos hombres continúan la persecución con David.

En el camino encuentran a un joven medio desmayado. Le dan de comer y de beber, y se restablece.

–¿Quién eres? –pregunta David.

–Soy egipcio, esclavo de un amalecita. Hemos organizado una expedición de pillaje en Judá y como venganza hemos incendiado Siclag. Cuando volvía caí enfermo y mi amo me

abandonó y hubiera muerto de hambre y sed si no me hubieras hallado -cuenta el prisionero.

-¿Me conducirías hasta esa tropa? -pregunta David.

El joven egipcio guarda silencio y duda.

-Si prometes no entregarme a mi amo lo haré. David se lo promete y rápidamente se ponen en camino, el egipcio marcha delante guiándoles.

Por fin llegan a los amalecitas. Éstos están tranquilos porque no temen ningún peligro. Unos están echados descansando, otros celebran fiesta, unos están comiendo, otros bailando.

De pronto son sorprendidos por David y sus hombres y con gran confusión se dan a la fuga, abandonándolo todo. Pero David les persigue y solamente cuatrocientos amalecitas consiguen escapar.

En seguida David y sus hombres regresan y encuentran a sus mujeres e hijos. Gran alegría se produce al encontrarse. No falta nadie. Todos cargados con el botín vuelven a Siclag.

Mientras tanto los doscientos hombres que quedaron en el arroyo ya han descansado y están esperando a los demás. También ellos reciben su parte, según las órdenes de David.

Llegan a Siclag. David y los suyos tienen el corazón lleno de gratitud. Dios les había dado una salvación maravillosa.

Por el desierto hacia Egipto marcha un joven, va camino de su patria, de sus padres. Es el esclavo egipcio a quien David ha dado la libertad.

Capítulo 71

EL FIN DE UN REY DESESPERADO

1 Samuel 28:4-6

A grandes zancadas Saúl recorre una y otra vez su tienda. Se sienta y mira desanimadamente ante sí. Está angustiado, temeroso. No sabe a quién recurrir. La tienda se le hace pequeña. Se levanta y sale; desde un montículo mira hacia abajo, el valle queda ante él.

Cuando mira al valle su angustia y temor oprimen con mayor vehemencia su corazón porque allí, en el valle, descubre miles y miles de tiendas y alrededor de ellas van reuniéndose los soldados.

Es un ejército numeroso, poderoso y formidable el que está acampado allí. Saúl queda mirando por un momento y sus ojos se desorbitan por el miedo. No se atreve a seguir mirando, en su interior la angustia se deja sentir. De prisa vuelve a su tienda, y baja la loneta, de esta forma no verá nada.

¿Por qué está Saúl tan asustado...? ¿Quiénes son esos soldados que están en el valle...? Es el gran ejército de Aquis, rey de Gat. En el capítulo anterior queda narrado cómo los filisteos se reunieron. David tenía que ir con ellos, pero vimos cómo David y sus hombres tuvieron que regresar, pues los príncipes de los filisteos rechazaron su presencia. No confiaban en

David. Éste regresó a Siclag, pero el ejército filisteo ha seguido su marcha traspasando las fronteras de Israel.

No se detuvieron en la frontera, se adentraron hasta Sunem, pueblo situado en el interior de Israel y aquí han acampado.

Saúl también ha reunido su ejército y ha marchado hacia el monte de Gilboa. Ahora los dos ejércitos están frente a frente: Saúl en el monte, los filisteos en el valle.

La lucha va a iniciarse pronto y esto es lo que asusta a Saúl, ni siquiera él comprende la causa de su temor, pero intuye que esta lucha no va a terminar bien para él. Teme perder la batalla. Las dudas le atenazan.

Si viviera Samuel le podría preguntar, pero Samuel ya no vive, ha muerto. Todo Israel ha llorado por él, todo Israel ha llevado luto por él y le han sepultado en Ramá. Saúl se siente solo y abandonado. Cae de rodillas y ora al Señor, pero el Señor no le responde más.

Saúl ha sabido que el Señor, a veces, responde por sueños. Había sucedido a Jacob y José entre otros. Tal vez el Señor le responda por medio de algún sueño, pero es en vano, no ocurre así. La noche pasa con toda normalidad y el Señor no le ha respondido. A la mañana siguiente se levanta triste. ¡Qué gran diferencia había ahora con los primeros años de su reinado! Entonces Samuel le aconsejaba, pero aquellos tiempos pasaron para siempre.

En su pensamiento ve a los sacerdotes que están con Ahimelec, sumo sacerdote. Ve la espalda de Doeg manchada con la sangre de los sacerdotes asesinados. Lo ve con tal claridad como si hubiera pasado ayer, todo viene a su memoria, parece estar viendo las vestiduras sacerdotales empapadas de sangre. Saúl tiembla, aquellos pensamientos le producen escalofríos, aquella sangre de los sacerdotes inocentes le acusa y le persigue. Le viene un sudor frío.

De pronto le parece ver a David delante de él. David, su yerno. Le ha acosado como a una fiera, ¿por qué...?

Trata de desechar esos pensamientos angustiosos y pensar en otras cosas. Saúl, ¿no te arrepientes de tu impía vida...?

No, Saúl no se arrepiente. No se humilla ante el Señor. Sí, ora, pero sólo pide que pueda vencer en la batalla. No pide

perdón por sus pecados. Sólo tiene miedo del castigo, pero no se arrepiente de sus impíos actos.

Si al menos el Señor le diera una respuesta, si supiera que no iba a ser derrotado, entonces sería bueno, desaparecería su temor. Si así ocurriera volvería a perseguir a David en cuanto se le presentara la ocasión.

Jóvenes, el corazón impío y malo de Saúl permanece igual, no ha sido cambiado, no tiene un nuevo corazón. Su situación es difícil, su conciencia le acusa y, a pesar de ello, quiere saber cómo terminará aquella lucha. No puede soportar el temor que le asfixia.

Finalmente adopta una decisión. Si el Señor no quiere responderle, si no quiere ayudarle, acudirá al diablo para pedir consejo.

1 Samuel 28:7-25

Es noche cerrada, hay una quietud profunda, los israelitas en el monte Gilboa están durmiendo, los filisteos en el valle también duermen.

Se levanta la loneta de una tienda y tres hombres salen sigilosamente de ella. Nadie debe enterarse de lo que van a hacer ni verlos, por ello tratan de actuar con gran cautela. Salen rápidamente del campamento. Uno de aquellos hombres es Saúl, rey de Israel, los otros dos unos amigos suyos. Saúl ha cambiado sus vestidos para que nadie pueda reconocerle. Llegan a un pueblecito que se llama Endor, allí se detienen ante una casa, es una especie de cueva y llaman. Pronto se abre la puerta y aparece una mujer en el umbral de la puerta. Con mirada escudriñadora examina a los visitantes y les hace un gesto para que pasen.

¿Qué ha ido a hacer allí Saúl? ¿Quién es aquella mujer?

Es una mujer impía, una mujer con espíritu de adivinación, No es una mujer guiada por el Señor, sino una servidora del diablo.

Al comienzo de su reinado Saúl había hecho matar a casi todos los magos. Era algo positivo ya que no podían vivir en Israel, pero esta mujer había sobrevivido, había escapado a la orden de Saúl. Y ahora Saúl va precisamente a ella. Es lamentable, en lugar de caer de rodillas y pedir al Señor que perdone sus pecados, de pedir al Señor que cambie su corazón, Saúl acude a esta mujer, prefiere ir a una hechicera.

–¿A qué habéis venido? –pregunta aquella mujer de Endor.

–Vengo a pedirte consejo. Te ruego que me adivines, por el espíritu de adivinación, y me hagas subir a quien yo te diga –responde Saúl.

–No me atrevo –responde– porque si se entera Saúl me matará.

–No, no tengas miedo –le contesta Saúl y le jura que no sucederá.

Saúl no debería haber jurado en el nombre del Señor y menos ahora que se dirige al diablo a pedir consejo.

–¿Qué debo hacer? –pregunta.

–Hazme venir a Samuel –pide Saúl. Luego aparece una figura que se asemeja mucho al anciano Samuel. ¿Realmente es Samuel?

Es imposible. El alma de Samuel está en el cielo y su cuerpo está en el sepulcro de Ramá. Es un espíritu malo que toma la figura de Samuel.

El Señor ha rechazado a Saúl por su impiedad y ahora permite que aparezca el diablo.

–¿Qué quieres? –pregunta el espíritu malo a Saúl.

Este responde:

–Tengo miedo, los filisteos han venido para luchar contra mí y no sé como acabará todo. El Señor no me responde ni por sueños, ni por profetas.

–El Señor se ha apartado de ti –suena la voz del espíritu– porque nunca has querido obedecer al Señor. Vendrá un nuevo rey, David, al que siempre has perseguido. Perderás esta lucha contra los filisteos. Caerás con tus hijos en esta lucha.

Es una respuesta terrible. Cuando Saúl la oye cae al suelo del susto. No puede morir, no quiere morir ya que entonces tendrá que presentarse ante Dios.

Después aquella mujer dice al rey:

–Debes comer algo, si no pasarás mucha hambre.

Saúl, sin embargo, no quiere comer. Pero sus dos amigos le aconsejan que coma:

–Señor, come algo, piensa en tu cuerpo.

Saúl se levanta, se sienta en una cama y espera la comida que la mujer está preparando. Mata un pequeño becerro y lo guisa, amasa harina y cuece unos panes. Luego lo ofrece a sus visitantes. Saúl y sus acompañantes se sirven y comen y después se levantan y regresan a su ejército aquella misma noche.

1 Samuel 31: 1-10

1 Crónicas 10

Poco tiempo después de esa noche tan terrible para Saúl estalla la lucha con gran violencia. Los israelitas capitaneados por su desanimado rey, tratan de defenderse con un valor desesperado, pero no hay forma de resistir. Imparablemente los filisteos avanzan y el ejército de Saúl se ve obligado a ir retrocediendo.

Miles y miles de israelitas caen. Las colinas de Gilboa se enrojecen por la sangre.

Poco después el ejército de Israel, asustado, emprende la huida abandonándolo todo, arrojan hasta las armas. Sólo un grupito de hombres se mantiene. Es Saúl con sus tres hijos y algunos amigos. Por desgracia no pueden mantenerse por mucho tiempo, la superioridad numérica de los enemigos es demasiado grande. Los tres hijos de Saúl son matados por los filisteos. Caen en defensa de su querida patria. Jonatán está también entre ellos.

Jonatán sabía que David sería el rey y que él sería su segundo. Pero el Señor sabe lo mejor, el Señor le guarda de esa humillación; Jonatán muere, pero su alma va a la gloria celestial. Allí ya no tendrá más pena por las acciones malvadas de su padre. Allí ya no tendrá más preocupaciones por la vida de David.



Saúl con su escudero en los montes de Gilboa

Allí serán olvidadas todas las penas y miserias. Feliz Jonatán, desde el campo de batalla es traspasado al reposo eterno. Saúl continúa la pelea. Se da cuenta de que la lucha está perdida, sin embargo, sigue defendiéndose desesperadamente.

Los filisteos cada vez se acercan más. Es herido, la Biblia dice: «Y los arqueros le alcanzaron». No puede huir debido a la herida. No tardando mucho le cogerán y le tomarán y se burlarán de él. No quiere pasar por esa humillación. Cerca de él está su escudero.

—Saca la espada —ordena Saúl— atraviésame con ella, porque no quiere caer vivo en manos de los filisteos.

Su escudero se niega a hacerlo.

Saúl vuelve a mirar a su alrededor. Por ninguna parte ve alguien que pueda salvarle. Toma su espada, la clava en tierra por la empuñadura hacia arriba y con todo el peso de su cuerpo se deja caer sobre ella. Se suicida. Tal es el fin del desesperado rey de Israel, un fin terrible. Había comenzado bien, había sido humilde, valeroso y ahora...

Ahora está tendido, muerto en los montes de Gilboa. Todo ello ha sucedido porque Saúl abandonó al Señor. Es una grave advertencia para nosotros.

Si no hacemos caso de la advertencia, si no queremos escuchar, no escaparemos, la muerte llega para todos.

Cuando el escudero vio que Saúl había muerto, tomó su espada e hizo lo mismo que su rey.

Ha finalizado la lucha, los filisteos han conseguido una victoria completa. Los israelitas que viven en los alrededores abandonan sus casas y huyen por temor al ejército filisteo que se acerca.

A la mañana siguiente los filisteos encuentran en el campo de batalla los cadáveres de Saúl y sus hijos. Despojan a los muertos, les cortan las cabezas y se lo llevan todo a su país. De esta forma sus mujeres y sus hijos podrán ver la gran victoria que ha conseguido su ejército.

Las armas son depositadas en el templo de su ídolo Dagón. Los filisteos dan honores a su ídolo por la victoria alcanzada.

¿Qué hacemos nosotros cuando el Señor nos ha ayudado?

Cuelgan los cadáveres de Saúl y sus tres hijos en el muro de Bet-sam, ciudad situada en las cercanías. Es una vergüenza, una gran humillación.

Allí está colgado el rey de Israel y sus hijos para oprobio de todos. Allí está también colgado el noble Jonatán. Sin embargo, el Señor tendrá cuidado de los cuerpos de los muertos.

1 Samuel 31:11-13

A medianoche, cuando todos duermen, unos hombres se dirigen con sigilo hasta Bet-sam. Son habitantes de Jabes en Galaad.

Recordaréis que Saúl, en los primeros días de su gobierno, había librado aquella ciudad de Naas, rey de los amonitas. Aquellos hombres no han olvidado nunca aquel hecho. Siempre han estado agradecidos a Saúl. Cuando se enteran de que los cadáveres de Saúl y sus hijos cuelgan en el muro de Bet-sam para oprobio de todo el mundo, no pueden soportarlo.

–Vamos a cogerlos –se dicen unos a otros.

Es muy peligroso, pues si los filisteos se enteran y los ven, les costará la vida. Sin embargo, se arriesgan. Atraviesan el Jordán, pasan el muro, cogen los cadáveres y regresan rápidamente. Han terminado su arriesgada empresa. Nadie los ha visto, ni los filisteos. Horas después llegan sanos y salvos a su ciudad, donde todos esperan angustiados.

¿Qué hacer? ¿Los sepultarán?

No, ya que si los filisteos se enteran podrán exhumar los cadáveres.

Hacen una gran hoguera y los queman y sepultan las cenizas y los huesos. Saúl y sus hijos han tenido una honrosa sepultura.

Los hombres de Jabes han hecho una buena acción.

Capítulo 72

DAVID ES PROCLAMADO

REY EN HEBRÓN

2 Samuel 1

Un hombre se acerca hacia los escombros humeantes de Siclag, sus vestidos están rotos, lleva tierra sobre su cabeza.

David y sus hombres ven al que se acerca. Han pasado tres días desde que David persiguió a los amalecitas, salvando a las mujeres y los hijos y durante ellos ha quedado en Siclag. Espera con gran tensión cómo finalizará aquella lucha. ¿Quién vencerá? Cada día espera noticias y ahora que ve a aquel hombre que se acerca se da cuenta inmediatamente de que se trata de un mensajero de Israel.

Le palpita el corazón aceleradamente, pues se da cuenta de que trae malas noticias.

Cuando el mensajero está ante David hace una reverencia.

—¿De dónde vienes? —pregunta David.

—Vengo desde el ejército de Israel —es la respuesta.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta David con preocupación.

—Israel está vencido —dice el mensajero— muchos soldados han caído. Saúl y Jonatán también han sido muertos.

—¿Cómo sabes que Saúl y Jonatán han muerto? —pregunta David con recelo mirándole de la cabeza a los pies.

Responde:

—Por casualidad fui al campo de batalla y vi a Saúl perse-

guido por los filisteos. Me llamó y me pidió que le matara. He cumplido su ruego, le maté. Después he tomado la corona de su cabeza y los otros adornos para que no fueran a parar a manos de los filisteos. Mira, he aquí los adornos reales.

Triunfalmente entrega aquellos objetos de oro a David. Piensa que estará muy contento con ellos y le dará una buena recompensa.

Pero David no está satisfecho, le parece espantoso que hayan caído tantos soldados de su pueblo. Le aflige la muerte de Saúl, pero, sobre todo, se aflige por la muerte de su fiel amigo Jonatán.

Muchos estarían contentos si uno de sus grandes enemigos tuviera un accidente y muriera. Pero David no se siente feliz.

–¿Quién eres? –pregunta con severidad.

–Yo soy amalecita –responde sin temor el mensajero.

Cuando David lo oye se enfurece. ¿Es posible...? Un amalecita, pagano, enemigo de Israel se ha atrevido a dar muerte a Saúl, ungido rey por el Señor mediante Samuel.

–¿Cómo? –grita– ¿No te da vergüenza haber quitado la vida al rey de Israel?

Luego se dirige a uno de sus siervos y le ordena:

–Mata a este regicida.

La orden se ejecuta al instante. En lugar de recibir una recompensa, recibe la muerte.

–Es lo que mereces –dice David. Nunca debiste matar al rey de Israel.

2 Samuel 2

Por las puertas de Hebrón, ciudad situada al sur de Judá, sale un ejército, se dirige al norte.

Horas después se encuentra con otro ejército cerca de la ciudad de Gabaón. Poco después ambos ejércitos están frente a frente dispuestos a entrar en combate.

¿De nuevo hay guerra...?

Sí, jóvenes, ahora se trata de la más horrible de las guerras, una guerra civil, una guerra entre hermanos. Los dos ejércitos están formados por isrelitas. El ejército que viene desde Hebrón es el de David, rey de Judá.

Después de la muerte de Saúl, David ha dejado Siclag y ha marchado a Hebrón siguiendo la orden del Señor y, allí, los hombres de Judá le han ungido rey.

El otro ejército, que marcha al encuentro de los soldados de David, son los soldados de Is-boset. ¿Quién es Is-boset?

Es uno de los hijos de Saúl, tres de ellos habían caído en los montes de Gilboa, pero Is-boset se había quedado en casa.

Después de la terrible derrota de Israel, Abner, general de Saúl, huyó más allá del Jordán hacia Mahanaim y se llevó con él a Is-boset; allí, Abner, le proclamó rey de las restantes tribus de Israel. Ahora, pues, hay dos reyes. David, rey de Judá, que vive en Hebrón y el rey de las restantes tribus de Israel, Is-boset que vive en Mahanaim.

Pero Abner no se conformaba, deseaba que Is-boset fuera también rey de la tribu de Judá, por ello prepara su ejército y marcha sobre Hebrón para tratar de deponer a David.

Cuando David conoce la noticia reúne también a sus soldados y pone al frente de ellos a su sobrino Joab, hijo de su hermana Sarvia, y él se queda en Hebrón.

Los dos ejércitos que se encuentran frente a frente, cerca del estanque de Gabaón, están formados por hombres del mismo pueblo. Es algo tremendo. ¿Quién se atreverá a comenzar la lucha?

Abner grita a Joab:

—Que algunos de tus soldados jueguen con los míos.

¿Van a jugar? No, la intención de Abner es que luchen a vida o muerte. Doce soldados de cada ejército se adelantan, lucharán en lugar de todo el ejército. Es terrible, los veinticuatro jóvenes, sanos y fuertes, se matan unos a otros. En muchas familias habrá llanto y luto. A esto es a lo que llama Abner «jugar».

Nadie ha ganado. Después comienza la lucha entre los soldados de Joab y Abner y no tardando mucho el ejército de Abner huye, ha perdido la batalla; el mismo Abner se escapa para no ser muerto por los soldados de Joab.

De pronto se da cuenta de que alguien le sigue. ¿Quién es? Es Asael, hermano menor de Joab, sobrino de David. Como es más joven corre rápidamente y muy pronto está cerca de Abner, quien pregunta:

-¿No eres tú Asael?

-Sí -responde secamente.

-Aléjate de mí, Asael -ordena Abner- no me persigas más, mira que soy más fuerte que tú y no quiero matarte.



Asael persigue a Abner

Fue un hermoso rasgo por parte de Abner que avisó a Asael, pero éste no le escucha, quiere matar a Abner para que la victoria sea total.

Abner grita de nuevo:

–Márchate, Asael, sé más prudente.

Es inútil, Asael sigue corriendo tras Abner. A éste no le queda más remedio que defenderse; se para, se vuelve y poco después Asael queda muerto en tierra. Ha sido culpa suya por no atender los ruegos de Abner que le ha prevenido por dos veces.

La lucha ha terminado, veinte soldados han caído del ejército de David, del ejército de Is-boset han caído trescientos sesenta hombres.

Una guerra civil siempre es horrible.

Abner vuelve a Mahanaim, ha fracasado su proyecto de deponer a David.

Joab vuelve a Hebrón. Esta guerra civil duró por muchos años, pero David se fue fortaleciendo más y más e Is-boset se fue debilitando, no podía ser de otra forma, David era el rey y gozaba del favor de Dios, Dios le ayudaba.

2 Samuel 3

2 Samuel 4:1-7

Es una calurosa tarde de verano, todo está tranquilo en casa de Is-boset. El rey ha terminado de comer y se ha retirado a su habitación a dormir. Duerme plácidamente. De pronto unos hombres entran sigilosamente en la casa, llevan un saco con ellos, simulan como si hubieran ido a buscar trigo. Silenciosamente van a la cama de Is-boset que está durmiendo y apuñalan al rey; es una cobardía, matan al rey, le cortan la cabeza, salen de la casa y huyen de la ciudad hacia el campo.

¿Quiénes son aquellos cobardes asesinos? Son dos príncipes, dos oficiales de Is-boset que se llaman Baana y Recab.

¿Dónde estaba Abner general de Is-boset? ¿No tenía que

cuidar de él? ¿No debía él velar por la seguridad del rey? Abner ya había muerto, había sido asesinado.

Hace siete años y medio Saúl se había suicidado con su espada. Durante este tiempo David reina en Hebrón. Muchas cosas han cambiado. David se ha hecho más poderoso mientras que la influencia de Is-boset ha disminuido. Abner no consigue vencer a David, cuando ve que todo va de fracaso en fracaso hace una alianza con David. Marcha hacia Hebrón y habla con David de todos sus proyectos. El rey se porta amablemente con él y se depiden como amigos muy íntimos. Poco después llega a la ciudad Joab y se entera de la cita de Abner con David. Secretamente ordena venir a Abner, éste acude a la llamada pues no tiene ninguna razón para desconfiar, pero Joab mata a Abner, ¿por qué...?

Joab está enfadado con Abner por la muerte de su hermano Asael. Sin embargo, la culpa había sido del mismo Asael que no hizo caso de los avisos de Abner. Pero Joab mata a Abner para vengarse. Además teme que un día Abner pueda ser nombrado general de David y esto le causa envidia. Él quiere seguir siendo general.

David se asusta al escuchar lo sucedido. Quizás los israelitas piensen que ha sido él mismo quien ha ordenado matar a Abner. Hace sepultar a Abner con honras y él acude al sepulcro, de esta forma el pueblo se dará cuenta de que David no ha tenido nada que ver con la muerte de Abner.

Al conocer Is-boset la muerte de su general, se desamina, se da cuenta de que ya no puede hacer más planes, que todo está perdido. Tiene miedo de David. Interiormente ya estaba asustado antes de que Abner fuera asesinado, desde que David le hizo saber que quería tener a Mical, la cual había sido ofrecida por Saúl a Palti. Is-boset no tenía valor para negarse y ha ordenado separar a Mical de Palti y entregarla a David, entonces aún vivía Abner. No es pues extraño que Is-boset esté triste y desanimado, más ahora que Abner, su general más hábil, ha sido asesinado. Todo ha fracasado. Poco después es asesinado por Baana y Recab, como antes hemos dicho.

2 samuel 4:8-12

Dos hombres entran por la puerta a la ciudad de Hebrón,
Preguntan:

–¿Dónde vive el rey? Alguien les señala el camino.

Entran en el palacio de David y ante él ponen la cabeza de Is-boset.

David se asusta.

–¿Qué habéis hecho? –pregunta.

Entonces le dicen que han asesinado a Is-boset mientras estaba durmiendo. Piensan que David les recompensará. Fijan sus miradas en el rey, pero se asustan al ver que él les mira con gran desprecio.

–Cobardes asesinos –grita. ¿Queréis una recompensa? Vosotros que habéis matado a un hombre inocente mientras dormía, ¿os atrevéis a venir aquí?

Se hace un profundo silencio, todos esperan con gran tensión cómo terminará aquello. Es muy posible que Baana y Recab se hayan puesto blancos como la pared.

–Matadles –ordena David.

Unos soldados los cogen y poco después su cadáveres están colgados fuera de la ciudad. Es su merecida paga.

David hace enterrar honrosamente la cabeza de Is-boset, que es colocado en el mismo sepulcro donde yace el cuerpo de Abner. También ahora los israelitas pueden ver que Is-boset no ha sido asesinado por orden de David.

Capítulo 73

ISRAEL LIBRADO DE ==== TODOS SUS ENEMIGOS ====

2 Samuel 5:1-5

1 Crónicas 11:1-3

Hay una gran animación en la ciudad de Hebrón pues desde todos los lugares grandes grupos de personas llegan a la ciudad, y parece como si se tratara de ejércitos enteros.

Los israelitas del norte, del este y del oeste y los que moran al otro lado del Jordán se han movilizado. De todas las tribus, de todas las provincias, se dirigen a Hebrón.

¿Qué van a hacer en Hebrón? ¿Por qué han acudido tantos miles de israelitas?

Jóvenes, Is-boset, que ha reinado sobre ellos durante siete años y medio ha sido asesinado. Ahora todos han venido a Hebrón para pedir a David que sea rey de todo el país. Le ungen por rey y celebran una alianza. Después se celebra la fiesta de la coronación que dura tres días. ¿Quién iba a pensar que el sencillo arpista de Belén sería un día el rey de todo Israel? Nadie, ni el mismo David pensó en ello. Sin embargo el Señor, Dios del cielo y de la tierra, lo ha hecho.

Así sucede también hoy, la vida de cada hombre es dirigida por el Señor. Vosotros no sabéis lo que pasará en el futuro, pero el Señor sí. Es posible que en el futuro alguno de vosotros llegue a ser muy célebre. Nadie lo sabe, sólo Dios.

David es rey no sólo de la tribu de Judá, sino de todo el país. Es verdad que ha tardado mucho, pero el Señor siempre cumple todo lo que promete, no cuando nosotros queremos, sino en el momento oportuno dispuesto por Él.

He dicho que David es rey de todo el país, pero no es cierto; la mayor parte del país está dominada por los filisteos, sólo la tribu de Judá y las regiones que están más allá del Jordán no están ocupadas por los filisteos. Para David la cosa no es fácil ya que el enemigo está aún en el país.

Si David tuviera que gobernar por su propia fuerza no tendría ningún éxito, pero sabe que el Señor le ayudará. No es él, sino que el Señor es el rey en realidad. El Señor es el Rey celestial de Israel, David es sólo el rey terrenal que debe seguir las órdenes de su Rey celestial.

2 Samuel 5:6-9

2 Crónicas 11:4-8

Hacia el norte de Hebrón, a unas horas de camino, está situada la ciudad de Jerusalén. Ya habéis oído hablar antes de ese nombre, ¿verdad? ¿Recordáis que el rey de Jerusalén, hace muchos años, se llamaba Melquisedec y bendijo un día a Abraham?

Todavía vivían allí los de Jebús. Era un resto de los cananeos vencidos por Josué. Como recordaréis no todos los cananeos fueron exterminados. Continuaban viviendo en algunas regiones entre ellas en la ciudad de Jerusalén.

Cuando David es ungido como rey de todo Israel, piensa: «Debo situar mi capital en el centro del país. No en Hebrón, sino en Jerusalén que debe ser hecha la capital del reino».

Con la ayuda de Dios tratará de expulsar al jebuseo de Jerusalén. No será una empresa fácil, puesto que Jerusalén es una ciudad muy bien fortificada. Cuando los jebuseos ven que se acerca se ríen y se burlan de él y piensan: «Jamás podrá conquistarla».

Jerusalén estaba fortificada sobre algunos montes; tenía altos muros y gruesas puertas. Será una tarea difícil, muy difícil, el desalojar a sus habitantes. Cuando el ejército de David se acerca les gritan:

–No entraréis nunca; aunque nuestro ejército sólo estuviera formado por enfermos y cojos, aún así no entraréis, porque éstos podrían venceros.

David escucha ese tono irónico y ordena:

–En marcha, el primero que suba sobre el muro de Jerusalén será mi general.

Los héroes de David asaltan los muros. Harán ver al jebuseo su poder. Les demostrarán que no tienen miedo de ellos. Cada uno se esfuerza por ser el primero en llegar, se esfuerzan valientemente.

El primero está arriba, grita, su espada brilla a la luz del sol. ¿Quién es? Es Joab, general de David.

Joab había oído lo que David había prometido y pensó: «Si alguno llega antes que yo será el nuevo general. No puede ser, yo quiero seguir siendo el general». Se ha esforzado al máximo y ha tenido éxito.

Pronto le siguen otros y poco tiempo después la ciudad ha sido conquistada por los soldados de David.

El jebuseo ha sido vencido y ya no se burlan más, no se ríen, tratan de huir, pero son perseguidos y matados. El Señor ha dado la victoria a David. Los fanfarrones jebuseos están confundidos, vencidos y humillados. Jerusalén se convierte en la nueva capital del reino; para ello David se hace construir casas y palacios; por todas partes se plantan hermosos jardines. Los israelitas están contentos con su nuevo rey y con la nueva capital y llaman a Jerusalén «La ciudad de David», ya que él la ha conquistado.

2 Samuel 5:10-12
2 Crónicas 14:1 y 2

Por las calles de Jerusalén marcha un grupo de extranjeros, los israelitas los miran con curiosidad... ¿Quiénes serán...?

La noticia de que David ha sido nombrado rey de todo Israel circula por todos los países vecinos; algunos países piensan que es una lástima. Son los enemigos de Israel, que esperaban que Israel sería derrotado por completo por los filisteos y serían expulsados para siempre de aquel bello país. Un sólo rey se ha alegrado por la noticia, es Hiram, rey de Tiro, situado muy lejos, al norte del país de Canaán. Hiram quiere conseguir la amistad de David y para ello ha enviado mensajeros para felicitarle y le ha enviado madera de cedro. Los extranjeros que caminan por las calles de Jerusalén son los enviados de Hiram.

Unos son carpinteros y otros albañiles que construirán un magnífico palacio para David con la madera de cedro. En el reino de Hiram había altos montes que se llamaban «el monte del Líbano», sobre los que crecían muchos árboles, los cedros del Líbano. Hiram hizo cortar cedros que fueron aserrados para sacar tablas y con esta madera fuerte y preciosa, que además tiene un agradable perfume, sería construido el palacio de David.

Poco tiempo después están trabajando afanosamente hasta que queda terminada la nueva casa de David. Ha quedado magnífica, es un verdadero palacio real. Es un gran honor para David; sin embargo, éste no se enorgullece, sino que da gracias al Señor, pues comprende que el Señor no sólo le ha hecho rey, sino que también permite que sea honrado como rey.

2 Samuel 5:19-25
1 Crónicas 14:8-17

Un día David recibe una noticia que le asusta. Los filisteos han invadido el país, vienen buscando a David para matarle y se han traído con ellos sus ídolos para asegurarse la victoria.

David sale a su encuentro. Sin embargo, teme el encuentro y la lucha con los filisteos. ¿Por qué...? ¿Tiene miedo de los filisteos...?

No, no es eso. Comprende que estén enojados contra él, lo tiene merecido. Durante dieciséis meses Aquis, rey de Gat, le trató con amabilidad y tuvo gran confianza en él; sin embargo, durante esos dieciséis meses él estuvo engañando a Aquis, por lo que no es de extrañar que esté enfurecido. Por esta causa David tiene miedo, se avergüenza de su conducta. ¿Qué hacer...?

Pide consejo al Señor:

–¿Debo ir, Señor? ¿Conseguiré la victoria?

–Sí –es la respuesta del Señor– los entregaré en tus manos.

Apenas ha comenzado la batalla, el ejército filisteo se asusta y huye abandonando a sus ídolos. Los israelitas encuentran aquellos ídolos y los llevan a David, quien inmediatamente los manda quemar.

Poco tiempo después los filisteos vuelven a invadir el país, de nuevo se atreven.

David vuelve a pedir consejo al Señor:

–No –dice el Señor ahora– no salgas esta vez a su encuentro, rodéalos con tu ejército y atácalos por la espalda.

David hace lo que Dios ordena, su ejército rodea al de los filisteos. De repente se oye un gran estruendo por las copas de los árboles, como si se hubiera levantado un gran vendaval. Es la señal que debía esperar.

El Señor le había prometido que espantaría a los filisteos y ahora sucede. Por segunda vez los filisteos son vencidos y huyen a su país.

Jóvenes, ya véis cómo el Señor ayudaba en todo a David y éste siempre necesitaba del Señor. David pedía continuamente consejo al Señor.

¿También vosotros lo hacéis, o pensáis que podéis arreglar las cosas sin el Señor...?

2 Samuel 8

1 Crónicas 18

Durante su vida David ha luchado mucho, no tenía otra opción ya que Israel tenía gran número de enemigos. En todas las guerras el Señor ayudó a David y en cada una de ellas consiguió la victoria.

Israel bajo el mandato de Josué invadió Canaán, pero no venció a todos los cananeos, esto sucedería más tarde, una vez muerto Josué. Entonces no lo hicieron porque se cansaron de luchar.

Ahora David, siendo rey, somete a los cananeos. Varias veces los filisteos intentan apoderarse del país, pero son derrotados, no tienen éxito. David no sólo luchó contra los filisteos, sino también contra otros pueblos, contra los moabitas y ammonitas, que eran dos pueblos hermanos de Israel, ya que eran descendientes de Lot, sobrino de Abraham.

Los israelitas no podían conquistar la tierra de esos dos pueblos, solamente someterlos. Después David luchó contra los sirios y amalecitas y estos pueblos tenían que pagar anualmente un tributo a David.

¿Recordáis que Isaac bendijo a Jacob en lugar de Esaú? Entonces Isaac dijo a Jacob:

–Sé señor de tus hermanas.

Sí, antes del nacimiento de Jacob y Esaú, el Señor había dicho a su madre Rebeca:

–El mayor servirá al menor.

Y esto se cumplió en el reinado de David.

Los descendientes de Esaú eran los idumeos, que también fueron vencidos por David y ellos también fueron obligados a pagar anualmente un tributo a David, lo cual se efectuó durante muchos años.

David ha peleado las guerras del Señor, él era un instrumento en las manos del Señor para librar al pueblo de Israel de todos sus enemigos. ¿Sabéis lo que dice la Biblia? Leed: «El Señor guardó a David por donde quiera que fue».

David cada día se hizo más poderoso y más rico y su reinado fue para Israel de bienestar y prosperidad. El Señor bendijo a David en todas sus empresas y todo cuanto David hacía tenía éxito.

¿Sois también vosotros bendecidos por el Señor? ¿Necesitáis su bendición? Sin la bendición del Señor no hay prosperidad. En todo debéis pedir consejo al Señor... ¿Lo hacéis...?

Capítulo 74

UN HOMBRE CONFORME

AL DESEO DE DIOS

2 Samuel 6:1-4

1 Crónicas 13:1-7

Cerca del palacio de David en Jerusalén, se levanta una tienda grande y hermosa. El mismo rey está presente y da las instrucciones para arreglarlo todo a su gusto.

¿Para qué ordena David levantar esa tienda?

Escuchad bien. En tiempos de los Jueces todos los israelitas se dirigían a Silo tres veces al año con ocasión de las grandes fiestas. Allí estaba el tabernáculo y el arca de la alianza y allí estaban los sacerdotes del Señor. Silo era, pues, el centro religioso donde todos los israelitas se reunían para servir al Señor.

Pero las cosas habían cambiado, Silo había sido destruida por los filisteos. El tabernáculo estaba en Gabaa. El arca, primeramente se la habían llevado los filisteos a su país, luego fue llevada a Quiriat-jearim a casa de Abinadab.

Saúl, primer rey de Israel, dejó las cosas como estaban y no se preocupó del servicio del Señor.

Ahora David es el rey y el Señor le ha bendecido en todo: se ha hecho rico, poderoso y ha trasladado la capital del reino a Jerusalén. Ahora concibe un hermoso plan.

«No estaría mal», piensa, «si mi pueblo tuviera un lugar fijo en el que todos pudieran reunirse para servir al Señor».

Cuanto más medita en ello más va concretando sus planes para realizarlo. ¿Sabéis lo que hará? Irá a buscar el arca de la alianza y la traerá a Jerusalén. En toda su felicidad y prosperidad David no se olvida del Señor.

¿Qué hacemos nosotros? Cuando estamos enfermos o en la miseria, entonces sí oramos al Señor para que nos libre, y si el Señor atiende nuestros ruegos, luego le olvidamos. Esto pasa con mucha frecuencia.

David no hace eso, no se olvida del Señor, sino que teme al Señor con todo su corazón, ama sinceramente al Señor. Ésta es la razón por la que David está preparando esa hermosa tienda cerca de su palacio. Prepara un lugar para colocar el arca de la alianza.

Cuando todo está preparado envía mensajeros por todo el país. Todo el que puede emprender viaje se dirige a Jerusalén. Entonces David les explica lo que piensa hacer. Todos están de acuerdo.

Venid -dice David. Vayamos por el arca. Con un ejército de treinta mil hombres sale de Jerusalén camino de Quiriat-jearim. Ha hecho construir un carro nuevo para colocar en él el arca de la alianza, no quiere colocarla en un carro usado, David no escatima esfuerzos y todo lo hace con mucho gusto para el Señor.

2 Samuel 6:5-10

1 Crónicas 13:8-14

El carro está frente a la casa de Abinadab en Quiriat-jearim. Ahío y Uza, dos hijos de Abinadab, sacan el arca de la casa, donde ha estado por mucho tiempo. Con mucho cuidado la colocan sobre el carro.

Cuando todo está preparado el cortejo se pone en marcha. El rey y el ejército marchan detrás del carro, es un momento solemne.

David y cuantos le acompañan llevan instrumentos musicales, arpas, salterios y trompetas que tocan en honor de Dios.

Siguen el camino hacia Jerusalén, todo sigue en calma y tranquilidad. De pronto los bueyes tropiezan, el carro amenaza con volcar y que el arca caiga al suelo; Uza extiende sus manos para sujetar el arca y entonces cae muerto junto al arca.

La música cesa al instante. Todos miran atemorizados lo que ha sucedido. Desaparece la alegría del corazón de David. ¿No lo ha hecho con las mejores intenciones? Sin embargo, Uza está allí muerto y lo único que quería era impedir que el arca cayera al suelo.

David se angustia, en la Biblia leemos: «Y David tuvo pesar», lo cual significa que David se apenó, se puso triste.

Quizás, jóvenes, esto os parezca demasiado. Sin embargo, todo lo que el Señor hace es bueno. El Señor no puede ser injusto, es imposible.

El intento de David era bueno, pero no ha obrado correctamente. No podía colocarse el arca sobre un carro, tenía que ser transportada a hombros, pues así lo había ordenado el Señor.

Tal vez digáis: «Los filisteos se llevaron el arca en un carro». Es verdad, pero los filisteos eran paganos y no conocían la palabra del Señor. Sin embargo David sí lo sabía ya que todo estaba escrito en las leyes. David ha obrado imprudentemente y el Señor castigó a Uza por sostener el arca y al mismo tiempo era una seria advertencia para David.

También actualmente muchas personas desean servir al Señor a su manera y si nosotros participamos de ello, también la ira del Señor estará sobre nosotros. No lo olvidemos nunca.

David está enfadado pero no tiene ninguna razón. Debería, por el contrario, estar agradecido de que el Señor no haya hecho lo mismo que en Bet-semes, donde cincuenta hombres perdieron la vida.

¿Qué hará ahora? David no se atreve a proseguir su camino. Cerca del lugar del accidente está la casa de un levita que teme a Dios, se llama Obed-edom. Nadie quiere quedarse con el arca, todos tienen miedo, pero Obed-edom está dispuesto a ello. El honor del Dios de Israel es más importante para él que su propia vida. Dice:

—Traed el arca a mi casa. Así se hace.

Decepcionado y silencioso David vuelve a Jerusalén.

2 Samuel 6:11-23

1 Crónicas 15 y 16

Pasan tres meses y David se entera de que el Señor está bendiciendo abundantemente a Obed-edom. En efecto este piadoso levita está siendo tan grandemente bendecido que todos se dan cuenta de ello. Cuando David se entera no puede aguantar más. El Señor le hace ver que Uza no fue muerto por querer llevar el arca a Jerusalén, sino porque no era hecho conforme a las órdenes del Señor.

Por segunda vez David reúne al pueblo y nuevamente salen de Jerusalén, pero ahora no llevan ningún carro, sino que los sacerdotes Sadoc y Abiatar y los levitas cargaron con el arca. Es muy posible que los sacerdotes y levitas cubrieran sus rostros con un velo. Luego, con mucho cuidado, levantan el arca por las varas y las ponen sobre sus hombros, ahora no sucederá ningún accidente.

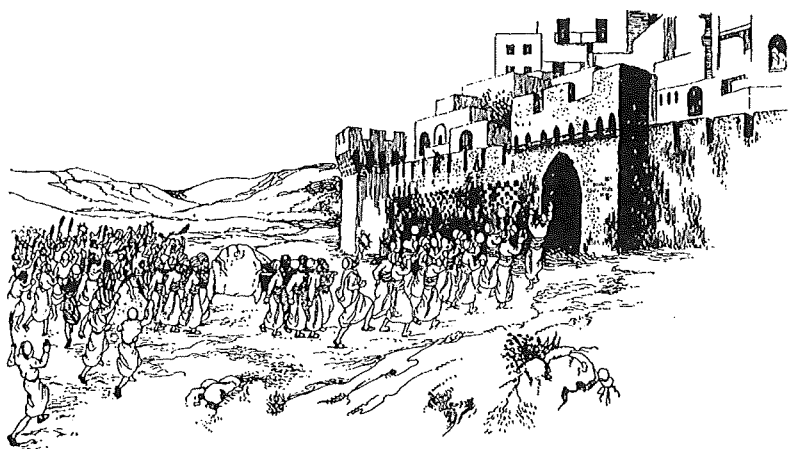
David está tan alegre que camina bailando delante del arca.

Así se acercan a las puertas de Jerusalén. Cuando el cortejo pasa por delante del palacio, una mujer mira desde una de las ventanas. Es Mical, hija de Saúl, mujer de David. Mira el cortejo y cuando ve a David que va bailando y saltando en medio del pueblo una mirada burlesca aparece en su rostro. Piensa: «¿Éste es el rey? No, mi padre no habría hecho eso, solía comportarse más seriamente». Se enoja contra David; la Biblia dice: «Le menospreció en su corazón».

David no la ve y entonces no sufre por ello. Los israelitas gitan de alegría, se oyen cantos y toque de trompetas y el arca es colocada en la tienda que David ha hecho construir para ella y entonces los sacerdotes ofrecen sacrificios. Ojalá que todas las fiestas que celebráramos fueran en honor de Dios.

David regala a todos un pan, un pedazo de carne y vino y después se marcha a su casa, donde vuelve gozoso y feliz.

Sin embargo Mical que sale a su encuentro no está muy contenta, tiene una mirada llena de enojo, se avergüenza de su esposo.



Traslado del Arca a Jerusalén

—¿Eres tú el rey? —dice en tono insultante. No comprendo cómo no te da vergüenza. Has caminado bailando mezclado entre la gente. Eso no lo hace un rey. Los israelitas te perderán el respeto y se reirán de ti.

David se da cuenta del tono orgulloso e impío de su mujer y eso le hiere.

—No, Mical —responde seriamente— estás equivocada. El Señor me hizo rey a mí en lugar de tu padre Saúl. El Señor me ha ayudado contra todos los enemigos. ¿No es ello motivo de gratitud? Mical, espero que el Señor me guarde del orgullo. En el cielo no seré rey. Entonces cantaré y alabaré eternamente al Señor junto con todo el pueblo de Dios. Allí alabaremos siempre al Señor.

El Señor también vio la sonrisa burlona de Mical y en castigo no tuvo hijos, lo cual era una profunda humillación para una mujer en Israel. «Aunque la garza vuela muy alto, el halcón la mata».

2 Samuel 7

1 Crónicas 17 y 22:1-5

Cierto día el rey David está en su magnífico palacio, sentado en el trono. Recuerda los años de su juventud, que eran muy diferentes a los de ahora. Antes era un humilde pastor, despreciado por sus hermanos; ahora es uno de los reyes más poderosos del mundo. Había sido un pobre fugitivo acosado por Saúl como una fiera. Durante años estaba en peligro de muerte, rechazado, perseguido, separado de su propia mujer, escondiéndose en cuevas y muchas veces sin un techo bajo el que cobijarse. Ahora el Señor le ha dado descanso, ni un solo enemigo se atreve a atacarle. Vive en la casa más hermosa de Jerusalén y cada día está acompañado de sus mujeres e hijos.

Antes era pastor de un pequeño rebaño, ahora es rey de un pueblo grande y numeroso, pueblo que le ama y le rinde honores. ¡Qué diferencia más abismal entre antes y ahora! Cuando piensa en ello David se siente avergonzado. No puede entender cómo el Señor le ha bendecido tanto.

¿Porque David lo merecía?

No, no, lo sabe muy bien. Muchas veces no sabía lo que hacía, muchas veces ha hecho cosas malas. Ha sido mentiroso, muchas veces ha dudado de la fidelidad del Señor. ¿Por qué, pues, el Señor ha bendecido tanto a David?

Ni el mismo David lo sabe, personalmente no se siente merecedor de ello. Ha sido por gracia, únicamente por gracia. La causa de estas bendiciones no está en David, sino en Dios. Una gratitud inmensa inunda su alma.

Sumido en sus pensamientos mira hacia fuera, ve la tienda en la que está el arca de la alianza. El arca, señal de la omnipresencia de Dios.

De repente se levanta un pensamiento que cruza por su mente, es un pensamiento hermoso que le llena de alegría.

Sí, sí lo hará. Para el arca de la alianza, para el culto completo del Señor. Construirá un hermoso templo.

Manda llamar al profeta Natán.

—Escucha —le dice el rey— yo vivo en un magnífico palacio, en

una casa construida con cedros y el arca del Señor está en una sencilla tienda. Guarda silencio.

Natán se da cuenta de lo que quiere decir el rey. Sus ojos brillan de alegría. Antes de que David prosiga, le dice:

–Haz todo lo que está en tu corazón, porque el Señor está contigo.

Cuando Natán está en su cama el Señor viene a él y le dice:

–Natán debes ir a David y decirle que él no me construirá el templo. Ha derramado demasiada sangre. No será él, sino su hijo quien lo hará. Después de él uno de sus hijos será rey. Éste no hará guerras, será un príncipe de paz y él construirá un templo para el culto del Señor. Natán, di también a David que yo construiré una casa para él, casa que permanecerá para siempre.

Con ello quiere decirle que los descendientes de David reinarán para siempre. El reino de David será eterno, pues un día nacerá el Señor Jesús, Rey de reyes, que reinará por los siglos de los siglos.

A la mañana siguiente Natán visita a David y le cuenta cuanto el Señor le ha dicho. David no se entristece ni desanima cuando escucha que no será él, sino su hijo quien construirá el templo para el Señor.

–Conforme –dice– que lo haga mi hijo, quien me sucederá en el trono.

Camina a la tienda, donde está el arca y da gracias al Señor.

¿Sabéis qué hace entonces David?

Comienza a almacenar oro y plata, diamantes y perlas, cobre, hierro, púrpura, lienzos... todo aquello que más tarde será utilizado para construir el templo. Así todo será más fácil para su hijo.

2 Samuel 9

Al otro lado del Jordán, cerca de Mahanaim, donde vivió Isboset, está situado el pueblo de Lodebar. En una de sus casas

vive un príncipe olvidado, Mefi-boset, quien es un hijo de Jonatán. Casi nadie le conoce, ni se acuerda de él.

Este príncipe no es feliz, está cojo. Cuando su padre Jonatán cayó en los montes de Gabaa, él era un niño pequeño. El aya que lo cuidaba huyó con él, pero tropezó y lo dejó caer y por esta razón quedó cojo. Ahora vive tranquilamente en Lodebar.

Cierto día unos hombres vienen a él y le dicen que debe ir a visitar al rey David. Mefi-boset se asusta. ¿Quizás David quiere matarle por ser nieto de Saúl? En aquel entonces esto sucedía con frecuencia.

Angustiado acude a Jerusalén pues no se atreve a desobedecer la orden de David. Luego espera. ¿Qué le dirá el rey?

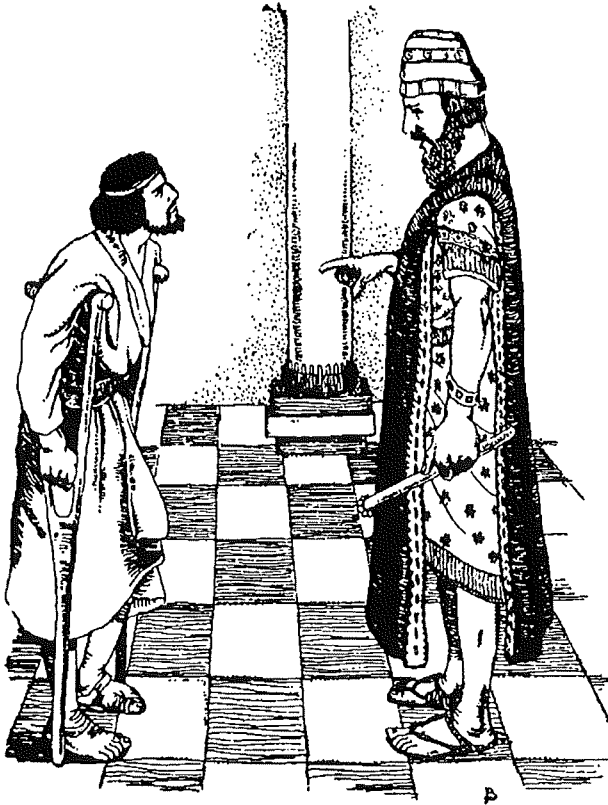
–Mefi-boset –suena una voz amable– no te asustes, no temas porque no te haré ningún mal. Eres hijo de Jonatán, ¿verdad? No he olvidado a mi fiel amigo. Nunca olvidaré a Jonatán. Él está muerto y no puedo cuidar de él. Pero yo seré feliz si puedo ayudarte a ti. Vivirás en mi casa y desde ahora comerás a mi mesa, serás mi invitado.

Mefi-boset, no había esperado esto. Era mucho más de lo que él esperaba. Además David le da todos los campos que antes habían pertenecido a Saúl. Siba, criado de Saúl, cuidará de aquellas tierras para él, cuidará de vendimiar las uvas y de recolectar el trigo. Inesperadamente se ha convertido en un hombre rico y honrado.

David había prometido solemnemente a Jonatán que cuidaría de sus hijos y ahora puede cumplir su promesa.

¿Cumplís también vosotros lo que prometéis? ¿Os olvidáis de cumplir vuestras promesas? Muchas veces sucede así por desgracia.

David no lo hizo, cuidó de Mefi-boset, como si de su propio hijo se tratara.



Mefi-boset acude a David

Capítulo 75

EL PECADO DE DAVID Y SUS CONSECUENCIAS

2 Samuel 12:1-13

Un hombre, sumido en sus pensamientos, recorre las calles de Jerusalén. Es Natán, el profeta. En su rostro hay una mirada seria y triste. Se dirige al palacio real, donde entra y va ante David.

—Señor —dice con voz temblorosa— había dos hombres en la ciudad. Uno era rico, muy rico. Sus establos estaban llenos de ovejas y vacas. El otro era pobre, sólo tenía una oveja, sólo una. No es extraño que aquel hombre pobre cuidara con todo esmero a su única oveja. Un día el hombre rico recibió una visita y tomó la oveja del hombre pobre, la mató y la guisó para sus invitados a pesar de que sus establos estaban llenos de animales. ¿Qué piensas acerca de esto?

Natán guarda silencio esperando la respuesta de David.

El rey ha escuchado con atención y cuando Natán calla, los ojos del rey brillan con indignación.

—Ese ladrón debe ser matado y devolver el cuádruple al dueño de la oveja.

Natán mira seriamente a David. Luego extiende su brazo y señala a David diciendo:

—Tú eres aquel hombre.



«Tú eres aquel hombre»

David se asusta, enrojece y calla. Baja su cabeza, sus manos tiemblan. No se atreve a negar nada, pues sabe que cuanto Natán está diciendo es verdad.

¿Es posible que David haya hecho tal cosa...?

Sí, por desgracia. Pero es aún peor de lo que ha hecho Natán. El profeta solamente ha narrado una parábola. En realidad David se ha convertido no sólo en ladrón, sino también en asesino.

Tal vez en vuestro pensamiento estáis diciendo que eso no es posible, que David no puede ser ni ladrón ni asesino.

Pues es cierto. ¿Qué ha hecho...?

Es una historia triste y terrible, preferiría no referirla, pero está en la Biblia.

2 Samuel 11

2 Samuel 12:10-14

En Jerusalén vivía un amigo de David, se llamaba Urías. David tenía muchas mujeres, pero Urías sólo tenía una que se llamaba Betsabé y se amaban mucho.

Un día estalla la guerra contra los amonitas y David reúne a sus soldados. Urías también debe partir para luchar.

En esta ocasión David no tiene deseos de salir, prefiere quedarse en casa. Encomienda su ejército a su general Joab y él se queda en Jerusalén.

Mientras Urías está en el lejano país, luchando contra los amonitas, David toma secretamente a Betsabé, mujer de Urías.

Esto no estaba permitido, era un pecado; sin embargo David lo hace. Roba a la mujer de Urías. ¿Qué sucederá cuando vuelva Urías? Betsabé no puede estar casada con dos hombres y David lo sabe. Decide que Urías no debe volver más y entonces, secretamente, alberga el deseo de que Urías quede en el campo de batalla, pero... no sucede así.

David hace algo terrible, escribe una carta a su general Joab y le dice: «Joab, debes poner a Urías al frente de los soldados de vanguardia de tal forma que cuando los amonitas disparen sus arcos el primero en caer sea Urías».

Joab lee aquella carta y obedece. Pone a Urías en el lugar más peligroso, poco después las flechas silban en el aire y una de ellas hiere al valiente Urías, que cae al suelo mortalmente herido.

Intencionadamente David ha hecho matar a Urías, por tanto, en el fondo, David es el asesino de Urías. Es algo terrible, pero cierto.

Joab envía un mensaje a David diciéndole que Urías no volverá más, pues ha muerto en la batalla. ¿Muerto? No, asesinado.

«Bien», piensa el rey, «ahora Urías no volverá, ha muerto. Es una suerte». Betsabé se instala en el palacio real con su hijo. ¿Comprendéis ahora cómo David se ha convertido en un ladrón y un asesino? Ha robado a Betsabé y ha matado a Urías. Pero el Señor lo ha visto todo y esa sangre derramada será vengada.

El Señor ordena a Natán que acuda a ver a David y el profeta fiel sigue la orden del Señor. Es peligroso, porque David puede enfadarse y quizás le costaría la vida. Pero por encargo del Señor, Natán relata esa parábola a David.

Cuando Natán dice: «Tú eres aquel hombre», David no se enfada, baja la cabeza y dice con voz temblorosa: «He pecado contra el Señor».

Dios ciertamente perdona ese grave pecado de David, pero David sufre un severo castigo. Por haber hecho matar a Urías, la espada no se apartará de su casa, es decir, el reposo y la paz desaparecerán de la familia de David. Aun entre sus propios hijos habrá continuamente luchas hasta el extremo de matarse uno a otro. Además, el hijo recién nacido de David y Betsabé morirá.

Son muy graves las consecuencias del pecado y muy pocas veces pensamos en ellas. Sin embargo, el Señor es omnisciente. Pecamos con mucha facilidad, e incluso a veces nos vanagloriamos de hacer lo que otros no se atreven; si es así, jóvenes, no olvidemos que también para nosotros vendrá el castigo. El Señor es justo. Muchas veces lo olvidamos, pero el Señor no olvida.

Hay algo positivo. David se arrepiente de sus pecados y su arrepentimiento es sincero.

El rey queda sentado en su trono. Natán se ha marchado, ha hecho lo que el Señor le ha ordenado. David se queda, apoya su cabeza sobre sus manos y sus ojos se llenan de lágrimas.

Ha sido un impío, había gritado lleno de indignación: «Este hombre debe morir». Él mismo es ese hombre. Sería justo si el Señor le quitara la vida. David llora como un niño, no por temor al castigo, sino porque ha pecado contra el Señor.

Cuando vosotros habéis hecho algo malo y sois castigados por vuestros padres lloráis y pedís perdón. Si pedís perdón porque tenéis miedo al castigo, entonces vuestro arrepentimiento no es sincero, no sentís haber hecho vuestra mala acción, sino que sentís el castigo.

David se arrepiente por haber pecado contra Dios y su arrepentimiento es sincero; por ello podemos darnos cuenta de que David es un hombre que teme al Señor; es y sigue siendo un hijo de Dios.

2 Samuel 12:15-25

Un pesado silencio se extiende por el palacio real. Los criados de David caminan de puntillas, hablan en voz baja, nadie se atreve a reírse, unos a otros se miran seriamente.

Hay un enfermo en el palacio, se trata del recién nacido, hijo de Betsabé y David. El pequeño está gravemente enfermo.

Betsabé está a su lado llorando. La pequeña cabeza se mueve sin cesar en la almohada, de vez en cuando se oye un llanto de dolor.

En otra habitación David está postrado de rodillas, orando, rogando al Señor que el niño se cure.

Suplica al Señor que sane a su hijo, pero en esta ocasión el Señor no atiende su ruego. El niño se agrava por momentos y acaba muriendo.

Es un castigo severo, es el castigo al pecado de David.

Betsabé está profundamente afligida, llorosa sigue mirando el cadáver de su hijo y sus lágrimas caen sobre el rostro del pequeño. David entra.

–Mi querida esposa –dice– nuestro hijo ha ido al cielo. No llores más. Nuestro hijo no estará más con nosotros, pero volverá a ser nuestro favorito cuando un día en el cielo estemos por siempre con el Señor y nuestro hijo.

Más tarde David y Betsabé tuvieron otro hijo, pero éste no muere. Le ponen por nombre Salomón, que quiere decir: «Príncipe de paz». Más tarde Salomón será rey en lugar de su padre, así se lo ha prometido David a su mujer, Betsabé.

2 Samuel 13

Un joven sale rápidamente por la puerta de Jerusalén. Su paso es rápido y continuamente mira hacia atrás con angustia porque teme ser perseguido. Cada vez se aleja más aprisa de Jerusalén. Huye. ¿Quién es...?

Es un príncipe, se llama Absalón y es hijo de David.

¿Por qué huye, qué ha hecho...?

En la familia de David ha ocurrido algo terrible. David tiene muchos hijos e hijas. En el palacio hay, pues, muchas chicas y chicos. Una de las chicas se llama Tamar, hermana de Absalón. Tamar tenía un hermanastro que se llamaba Amnón, es decir eran hermanos del mismo padre pero no de la misma madre.

Cierto día Amnón hizo mal a Tamar y ésta llorando se lo contó a Absalón, el cual se enfureció y mató a su hermano Amnón, convirtiéndose así en una fratricida. Por eso huye Absalón. Tiene miedo de su padre.

David se entera de todo y se entristece pues es el segundo hijo que pierde; primero el pequeño y ahora Amnón.

Natán se lo había dicho: «La espada no se apartará de tu casa».

Ahora se está cumpliendo lo dicho por el profeta. David lo ve en sus hijos. Durante tres años Absalón está en casa de su abuelo. David siente aprecio por Absalón y le ha perdonado su pecado. David procura avisar a Absalón para que vuelva y éste regresa alegre a Jerusalén. Al principio David no quiere verle, pero después le hace venir ante él y le besa.

Capítulo 76

UN PRÍNCIPE IMPÍO

2 Samuel 15:1-12

Hay gran animación en Hebrón, ciudad en la cual David gobernó a la tribu de Judá durante siete años y medio. Muchas gentes llegan a sus calles y hay cantos de júbilo y bailes de alegría.

¿Por qué hay tal animación y alegría?

Escuchad lo que dicen:

–¡Absalón es rey! ¡Absalón es rey...!

¿Acaso ha muerto David y el pueblo ha elegido un nuevo rey...?

No. David vive, está en Jerusalén y no está enterado de lo que ocurre en Hebrón.

Absalón ha engañado a su padre de manera infame. Muy seriamente ha ido a su padre y le ha dicho:

–Padre, sabes que he estado durante tres años con mi abuelo. Me alegra mucho que no estés enfadado conmigo y quiero dar gracias al Señor. ¿Me permites que acuda a Hebrón para ofrecer allí un sacrificio?

Parece un buen gesto por parte de Absalón, y efectivamente lo sería si Absalón estuviera diciendo la verdad a David, pero le está engañando. No quiere dirigirse a Hebrón para ofrecer ningún sacrificio, sino que quiere ir a Hebrón para proclamarse rey.

¿Conocía que su hermano Salomón sería el rey que sucedería a David? Es muy posible que lo supiera, pero no podemos afirmarlo con seguridad. En todo caso Absalón no quiere esperar la muerte de su padre, quiere ser rey ya y por eso se dirige a Hebrón.

David lo ignora, piensa que Absalón va allí para realizar una ofrenda de acción de gracias y por ello dice:

–Vete en paz, hijo mío.

Con una falsa sonrisa en su rostro abandona el palacio real y prepara el viaje. Secretamente envía mensajeros por todo el país y muchos le escuchan. Absalón se pone en camino hacia Hebrón. Allí será proclamado rey ya que sus amigos le harán rey en lugar de su padre. Los israelitas rechazan a David, el rey ungido por el Señor y eligen a Absalón, príncipe impío. Es una ingratitud, porque no ha sido Absalón quien ha librado a Israel de todos sus enemigos, sino David. David era el rey dado por el mismo Señor.

2 Samuel 15:13-37

Horas después un hombre atraviesa corriendo la puerta de Jerusalén y se dirige directamente al palacio real.

–¿Dónde está David? Tengo que hablar inmediatamente con él –dice con voz agitada y nerviosa.

Los criados le conducen ante el rey. Jadeante y sudoroso se presenta ante David.

–Señor, vengo de Hebrón. Allí se ha producido una sublevación. Tu hijo Absalón se ha hecho proclamar rey. Es posible que ya se dirija a Jerusalén. Vengo a prevenirte.

Es una noticia terrible para David. Nuevamente se cumple la profecía: «La espada no se apartará de tu casa».

¿Qué debe hacer? ¿Luchar? ¿Defenderse?

Las dudas le invaden...

Quizás los habitantes de Jerusalén se pongan de parte de Absalón y, además, no quiere que se produzca ninguna lucha en

las calles de Jerusalén, porque se destruirían muchas cosas. No quiere sacrificar la capital del reino.

Rápidamente toma una decisión: huirá. Debe apresurarse, porque quizás Absalón ya esté muy cerca.

Abandonan todo y David, sus mujeres y sus hijos salen; es un cortejo largo y triste el que abandona Jerusalén.

Sin embargo, David aún tiene amigos. Su guardia personal decide seguirle y si es necesario lucharán como leones para defenderle. Algunos extranjeros también le acompañan, son seiscientos hombres de la ciudad filisteo de Gat, al frente de los cuales va Itai.

–Vuélvete –le dice David.

–No –responde Itai con firmeza– nos quedaremos a tu lado, aunque nos cueste la vida.

Un profundo dolor llena el corazón de David quien tiene que huir de su propio hijo que desea matarle y, sin embargo, este extranjero permanece fiel junto a él. David llora y también sus mujeres y sus hijos; todo el pueblo está llorando.

Llegan algunos hombres más, son los sacerdotes Sadoc y Abiatar, que traen con ellos el arca.

David se conmueve cuando les ve llegar y se alegra al ver que sus antiguos amigos no le traicionan.

¿Qué sucederá...? El arca puede ser destruida. Si Dios no le ayuda, el arca de la alianza no le será útil.

–Me parece un rasgo de amistad –dice– pero prefiero que llevéis el arca de la alianza a la tienda. Si el Señor quiere bendecirme regresaré a Jerusalén y si no de nada servirá. Que el Señor haga lo que le parezca.

Calla un momento y luego con voz triste continúa:

–Quedaos en Jerusalén y así podréis ver lo que sucede y me lo haréis saber por medio de algún mensajero.

Los dos sacerdotes se vuelven habiendo prometido a David avisarle de todo lo que suceda.

El rey continúa su camino, detrás de él está el peligro amenazándole, detrás la muerte está al acecho.

–Señor –le dice un israelita– Ahitofel está también con Absalón. David se asusta con esta noticia.

–¿Qué dices? –pregunta– ¿Ahitofel está también con Absalón?

Levanta los ojos al cielo y ora:

–Señor mío, ayúdame. Concédeme que nos se haga lo que diga Ahitofel, pues de lo contrario seré hombre perdido.

¿Quién es Ahitofel...? ¿Por qué David le teme tanto...?

Ahitofel es un hombre muy sabio. Es el abuelo de Betsabé la esposa de Urías. Era uno de los mejores amigos de David y además su consejero, pero cuando David hizo matar a Urías por los ammonitas, se hizo enemigo del rey y quería vengarse de él.

Ahora se ha puesto de parte de Absalón, le aconsejará y David sabe que sus consejos son muy buenos. Por ello es peligroso que Ahitofel esté con Absalón. David tiembla cuando oye la noticia. Sólo Dios puede ayudarle. Sólo el Señor puede darle la salvación. Suspirando continúa su camino. A lo lejos David ve que un hombre se acerca. Es Husai, su amigo y consejero. De pronto una idea cruza la mente de David:

–Husai, no debes quedarte conmigo, vuelve a Jerusalén y trata de desbaratar los proyectos de Ahitofel. ¿Lo harás por mí? –pregunta y sigue. En Jerusalén han quedado otros amigos míos. También allí han quedado Sadoc y Abiatar, puedes confiar en ellos, pues te ayudarán. Husai aprueba el proyecto y sin más dilación se dirige a Jerusalén llegando más o menos al mismo tiempo que Absalón.

2 Samuel 16:1-4

Cansado y hambriento David prosigue su huida. Por suerte ven acercarse a otro persona, es Siba, criado de Mefi-boset que lleva unos asnos cargados de panes, pasas, frutas y vino.

–¿Qué es esto? –pregunta David sorprendido.

–Señor –responde Siba– esos panes, esos frutos y el vino son para ti y tu familia. Y los asnos para que la marcha no te sea tan cansada.

–¿Dónde está Mefi-boset? –pregunta David con interés.

Una sonrisa irónica se refleja en el rostro de Siba.

–Mefi-boset se ha quedado en Jerusalén. Espera que ahora él será rey como fue su abuelo Saúl.

Siba es avieso, no está diciendo la verdad pues, al contrario, Mefi-boset le ha enviado con aquellos asnos y con todos aquellos regalos. El mismo Mefi-boset quería acompañarle, pero debido a su cojera no podía caminar tan deprisa y queda orando, pidiendo al Señor que ayude a David y pueda volver a Jerusalén. Siba está mintiendo a David y es una pena que David le crea.

–Vaya –dice David lentamente. ¿Ésa es la gratitud a toda mi ayuda? Siba, todos los campos de Mefi-boset te los doy a ti en posesión.

–Señor, rey mío, gracias, muchas gracias –dice Siba con voz fingida– y se marcha el mentiroso y engañador. Se frota las manos de alegría. Ahora es rico, muy rico. Ya no será más un criado, sino un campesino rico...

2 Samuel 16:5-13

Otro hombre se acerca, pero en esta ocasión no se trata de un amigo, sino de un enemigo de David. Se agacha, recoge piedras y las lanza contra el rey. Escuchad lo que dice:

–Sal, hombre de Belial (es decir: hijo del diablo).

–Sal, varón de sangre, asesino.

¿Quién es...? Es Simei, un hombre de la tribu de Benjamín. Es un cobarde pues ahora que el rey se encuentra fugitivo es cuando se atreve a injuriarle y arrojarle piedras, antes no se atrevía a hacer eso.

Maldice a David.

Uno de los amigos de David no puede seguir escuchando. Es Abisai, hermano de Joab y sobrino de David.

–Señor –dice con ira. ¿Me permites que mate a ese hombre cobarde?

David baja la cabeza y piensa:

–Realmente es verdad, soy un asesino, hice matar a Urías.

Deja que Simei siga injuriándole. Éste le sigue por un rato, pero procurando no acercarse demasiado a David. Es un cobarde.



J. B. B.

Simei maldice a David

2 Samuel 17

Absalón ha llegado con su ejército a Jerusalén. David no está, ha huido. ¿Qué puede hacer...? No lo sabe y entonces manda llamar a Ahitofel.

–Aconséjame, ¿qué debo hacer? –pregunta.

Rápidamente Ahitofel responde:

–¿Sabes lo que debes hacer? Toma doce mil soldados y persigue a David. Tu padre está huyendo y no podrá defenderse. Le cogerás por sorpresa y matarás al rey y así todo habrá terminado, tú solo serás el rey.

Absalón afirma con la cabeza, le parece bien, puede hacerlo, está consintiendo en la muerte de su padre; Absalón se convierte en el asesino de su propio padre.

Si Absalón se pone en marcha todo estará perdido para David.

Sin embargo, Husai, amigo de David, también está en la ciudad donde acaba de llegar.

–Un momento –piensa Absalón– pediré también consejo a Husai. Le manda llamar.

–Husai –dice– Ahitofel me ha aconsejado que sin tardanza emprenda la persecución contra David. ¿Debo hacerlo o me aconsejas tú otra cosa?

Husai se asusta al escucharle, es precisamente lo que nunca debe permitir, de lo contrario David estará perdido. Por un momento mira fijamente al frente meditando. Luego dice:

–Ahitofel es un hombre sabio y sus consejos siempre son buenos, pero esta vez se ha equivocado. No, no debes hacerlo. Ya conoces a tu padre y a sus amigos; ahora estarán furiosos y se defenderán como leones y si pierdes, todo estará perdido para ti. Te aconsejo que primeramente reúnas a todo el ejército y luego persigas a tu padre con todo Israel. Tú mismo irás al frente y con toda seguridad ganarás.

Era un consejo engañoso, pues de esta forma daba tiempo a David en su huida y como sabéis David tenía muchos amigos, los cuales se unirían a él y le ayudarían.

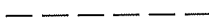
Si Absalón acepta el consejo de Ahitofel todo estará perdido y de esta forma Husai trata de confundir sus planes.

–Tienes razón, Husai –dice Absalón– haré lo que me has dicho, porque tu proyecto es mejor que el de Ahitofel.

Ha sido el Señor quien lo ha dirigido todo; Absalón no podía vencer, no estaba en los planes de Dios.

Es cierto que David es castigado por su pecado, pero David no es rechazado por el Señor.

Cuando Ahitofel se entera de que su consejo no es atendido, piensa: «Todo está perdido, David volverá, porque será él quien ganará». Luego hace algo terrible, se dirige a su casa y se ahorca.



–Abridme la puerta para sacar agua –dice una joven a unos soldados de Absalón que estan de guardia ante la puerta. Abren la puerta y la dejan pasar.

Con toda tranquilidad se dirige a la fuente que está a poca distancia de la ciudad. Cuando llega a la fuente, unos jóvenes

que se habían escondido allí se acercan a ella. Charlan durante unos momentos.

¿Quiénes son estos jóvenes...?

Uno es Ahimaas, hijo de Sadoc y el otro es Jonatán, hijo de Abiatar. Los dos sacerdotes que habían quedado en Jerusalén. Sus hijos se escondieron fuera de la ciudad. La joven que ha salido de la ciudad para buscar agua tiene un mensaje para ellos.

Ahimaas y Jonatán deciden ir cuanto antes a David para decirle que no se detenga, que atraviere el Jordán, porque Husai sabe que Absalón sigue su consejo.

En seguida que la joven les ha transmitido su mensaje, los jóvenes se alejan corriendo; pero los soldados que estaban sobre la muralla les ven y se lo dicen a Absalón.

–Perseguidles inmediatamente, porque seguro que llevan algún mensaje para David –ordena.

Se abre la puerta y algunos soldados salen corriendo de la ciudad y casi dan alcance a Ahimaas y Jonatán.

En el pueblo de Bahurím, cerca de Jerusalén, los dos jóvenes se esconden en un pozo seco. Una mujer los ve y comprende que desean esconderse y cogiendo una manta la extiende sobre la boca del pozo y echa sobre ella el grano trillado; de esta forma nadie sospechará que allí están los dos jóvenes. Poco después los soldados de Absalón entran corriendo en el pueblo.

–¿Has visto a dos jóvenes que corrían? –preguntan a aquella mujer.

–Sí –responde– han atravesado ese riachuelo.

Los soldados atraviesan rápidamente el riachuelo y buscan por todas partes, pero no los encuentran.

No pueden encontrarlos, porque aquella mujer no les ha dicho la verdad. Cuando pasa el peligro, Ahimaas y Jonatán emprenden de nuevo su camino y llegan a David comunicándole el mensaje.

David ordena seguir; por la noche atraviesan el Jordán y al amanecer ya se encuentran en la otra parte del río. David llega a Mahanaim, donde de momento está seguro. Allí unos campesinos ricos dan provisiones a David y los suyos.

Capítulo 77

MUERTE DE ABSALÓN Y REGRESO DE DAVID

2 Samuel 18:1-6

David ya ha envejecido, tiene el pelo canoso, está cansado por tantas contrariedades. Delante de él marchan centenas y centenas de soldados. El rey les pasa revista y ellos saludan cortésmente. Es un gran ejército el que sale por las puertas de Mahanaim. Está formado por los amigos de David.

Lo que se temía Ahitofel ha ocurrido. Absalón ha enviado mensajeros por todo el país para llamar a los israelitas a la lucha. Deben reunirse en Jerusalén. Miles de personas acuden a la llamada, quieren tener otro rey. Los más viejos mueven la cabeza en señal de disconformidad pues no les parece bien lo que hace Absalón. Es un atrevimiento.

En el país viven igualmente mucho amigos de David y éstos también dejan sus casas y se dirigen a Mahanaim para ayudar a David.

Tanto en Jerusalén como en Mahanaim se reúnen grandes ejércitos.

Cuando Absalón tiene todo preparado sale con su ejército. Ha nombrado general a Amasa, hijo de la hermana de David y, por tanto, sobrino de David. Pasan el Jordán y se dirigen a Mahanaim. La noticia llega a David el cual divide su ejército en tres grupos y al frente de cada grupo pone un jefe. Tiene,

pues, tres jefes: Joab, Abisai, hermano de Joab, y el extranjero Itai.

El enemigo está muy cerca. ¿El enemigo...?

El corazón de David se angustia cuando piensa en ello, es Absalón, su propio hijo. Ahora está mirando a su ejército que desfila ante él. Le hacen una señal y es como si quisieran decirle: «No temas, lucharemos valientemente».

David desea acompañarlos, así podrá ver lo que sucede y quizás pueda salvar a Absalón de la muerte. Pero sus criados se oponen:

–No –dicen– debes quedarte en Mahanaim, pues si caes en la batalla todo estaría perdido. Además puedes sernos útil en la ciudad orando por nosotros.

Es mejor así, David lo comprende y se queda en la ciudad.

Pero antes convoca por última vez a sus tres generales y les dice:

–Tratad benignamente al joven Absalón por amor a mí.

Con ello quiere decirles que no maten a Absalón. Lo mismo dice a los otros jefes del ejército.

Después los amigos de David salen a la batalla. ¿Quién ganará...?

2 Samuel 18:7-18

Por un bosque, cercano a Mahanaim, un joven marcha sobre un asno. No deja de arrear al animal para que marche más deprisa, y de vez en cuando mira hacia atrás con una gran angustia.

Es Absalón, el príncipe impío, que fue capaz de rebelarse contra su padre. Todo le ha salido mal, su ejército está derrotado, sus soldados han huido, miles de ellos han caído muertos, han sido abatidos por el ejército de David. Ya hay veinte mil muertos.

Absalón muy pronto se ha dado cuenta de que la batalla estaba perdida. Por todas partes suenan gritos de júbilo de los

soldados de David. Se da cuenta de que no tiene salvación, lo único que puede hacer es huir...

Ahora camina sobre un asno, la angustia le atormenta y no quiere morir, tiene miedo a la muerte. No es extraño ya que su conciencia le remuerde. Sin embargo, la venganza le persigue, pues el Señor es vengador de los pecados.

Huye con una angustia profunda, sus largos cabellos que ondean por el viento se le enredan en una de las ramas de un alcornoque, el asno sigue caminando y él queda colgado entre el cielo y la tierra. Es un dolor insoportable el que le produce.



Absalón suspendido entre el cielo y la tierra

Ahora no puede huir pues no hay nadie en el lugar que pueda ayudarle a desenredar su pelo de la rama; nadie le ve, solamente un soldado enemigo le deja como está.

El soldado le dice a Joab lo que ha visto.

—¿Por qué no le has matado?—pregunta Joab—te hubiera dado una buena recompensa.

—No podía hacerlo—contesta el soldado—David dijo que tenía que ser perdonada su vida.

Joab murmura algo y luego dice:

—No tengo ahora tiempo de hablar más contigo.

Toma tres dardos, busca el lugar donde Absalón está colgado y los clava en el corazón de Absalón. También los escuderos de Joab lanzan sus dardos contra Absalón y así, sufriendo los más violentos dolores, muere ese príncipe impío.

Joab podía haberlo salvado, pero no quiso hacerlo, tenía que morir porque había querido matar a su padre.

Toman el cadáver del alcornoque, lo echan en un hoyo del bosque y sobre él echan un gran montón de piedras. Así fue el fin de este príncipe desobediente.

En Su Ley el Señor dice: «Honra a tu padre y a tu madre».

Absalón no lo hizo y le costó la vida.

Jóvenes, ¿honráis y obedecéis a vuestros padres? Si no lo hacéis el castigo vendrá también sobre vosotros, pues el Señor no puede ser burlado.

El que aflige a su padre o a su madre será castigado. Meditad seriamente en ello.

Si los obedecéis y no los afligís, el Señor os dará su bendición aquí en la tierra.

2 Samuel 18:19-33

Un hombre está sentado a la entrada de una puerta de la ciudad de Mahanaim. Con frecuencia alza su mirada y mira a lo lejos. Sus manos tiemblan y sus labios se estremecen. Es David que espera el resultado de la lucha.

Sobre el muro está un guardia y de repente ve a lo lejos que se acerca un hombre.

–Viene alguien –dice al rey.

–Será un mensajero –responde David.

Poco después el soldado vuelve a gritar:

–Se acerca otro hombre.

–Será un segundo mensajero –piensa el rey y su corazón late con fuerzas.

Al poco el primer mensajero está ante el rey. Es Ahimaas, hijo del sacerdote Sadoc.

–Señor, hemos conseguido la victoria –dice– mientras en su rostro brilla la alegría.

¿Cómo está Absalón? –pregunta David.

Ahimaas sabe lo ocurrido, pero no se atreve a decírselo al rey. Da una respuesta evasiva.

–Ví y escuché un gran tumulto, pero exactamente no sé lo que ocurrió –dice.

Poco después el segundo mensajero está ante el rey.

–El Señor te ha concedido una victoria completa –dice.

–¿Y Absalón? ¿Está con vida? –pregunta David con voz temblorosa y mirada inquisitiva.

–Como aquel joven sean los enemigos de mi Señor –es su respuesta.

Es una respuesta extraña. ¿Qué quiere decir?

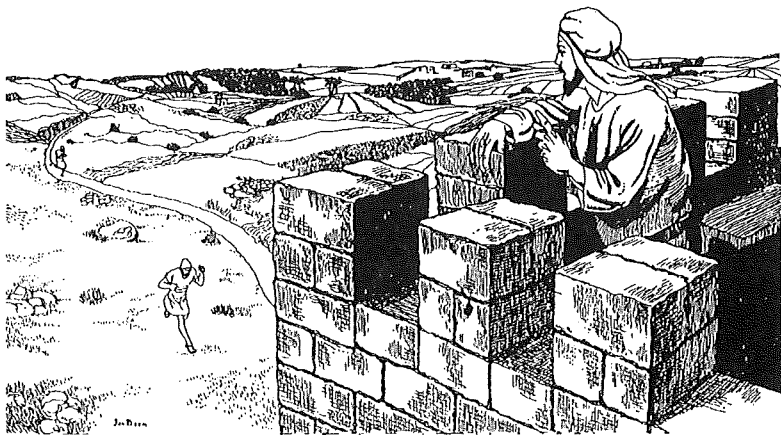
David lo comprende inmediatamente pues aquel mensajero quiere decir que Absalón está muerto.

Cuando lo oye David sus ojos se llenan de lágrimas, se levanta y se va.

–Absalón –se lamenta– Absalón, mejor es que hubiera muerto yo que tú, mejor hubiera sido que muriera yo en tu lugar, hijo mío.

¿Sabéis por qué David está tan afligido? Él sabe que Absalón está perdido para siempre. Absalón ya no puede convertirse, es demasiado tarde.

Para nosotros aún no es tarde, todavía tenemos vida.



*El centinela de Mahanaim ve venir
a los mensajeros de Joab*

2 Samuel 19:1-8

Ha finalizado la batalla. Después de la muerte de Absalón, Joab ordena la retirada a sus soldados. No deben perseguir a Israel; ya no es necesario. Se ha derramado demasiada sangre. El ejército de David se retira victoriosamente, los soldados marchan alegres y contentos. Piensan que David también estará alegre. Cuando se enteran de que el rey está muy afligido, se molestan. David no sale a recibirlos, se ha encerrado en su casa y allí sigue llorando y lamentando la muerte de Absalón.

Cuando Joab se entera se enfada. Se dirige al rey y le dice:
—¿No te da vergüenza? Quizá si nosotros hubiéramos perdido y Absalón estuviera con vida, te habrías alegrado. Tienes que dirigir unas palabras al ejército.

Es cierto lo que dice Joab, pero no es correcta su forma de decirlo, ya que David está afligido por la muerte de su hijo.

David comprende que es verdad lo que dice, se levanta y sale para saludar a sus amigos que han peleado tan valientemente. Cuando los soldados ven y escuchan a David se sienten satisfechos, se dan cuenta del agradecimiento del rey.

2 Samuel 19:9-23

Semanas después reina gran animación en Mahanaim y grandes grupos de soldados atraviesan las puertas y abandonan la ciudad.

¿Nuevamente se dirigen a la lucha...?

No. David volverá a Jerusalén. Después de la muerte de Absalón, el pueblo siente remordimientos de haberlo proclamado rey y se dicen unos a otros:

–Hemos obrado mal rechazando a David. Debemos pedirle que vuelva.

Envían mensajeros a Mahanaim con el ruego:

–Señor y rey nuestro, ¿quieres volver?

El rey lo desea ardientemente.

Ahora dejan Mahanaim y se dirigen hacia el Jordán. ¡Qué diferente es a la situación anterior! Entonces iba huyendo, ahora vuelve como vencedor y como rey. Cuando llegan al Jordán una barca se acerca por el agua para recoger al rey. El hombre que la conduce se esfuerza en remar y mira al rey mientras piensa: «¡Me verá el rey, se dará cuenta de cómo estoy trabajando.».

Conocemos muy bien a ese hombre; es Siba, el criado de Mefi-boset que habló a David mal de su amo.

¿Por qué se muestra tan servicial? Tiene miedo que el rey descubra su engaño y por ello quiere agradecer al rey y estar junto a él.

En la barca va otro hombre pero éste no trabaja tanto, mira silenciosamente ante sí. La barca llega a la orilla, donde está el

rey. Con piernas temblorosas baja de la barca se acerca a David y se arrodilla ante él.

Es Semei, el cobarde que maldijo al rey y le arrojaba piedras cuando David huía de Absalón. Ahora no se atreve a hacerlo, tembloroso cae de rodillas ante el rey.

–Señor mío y rey mío, perdóname –dice con voz lastimera– no lo haré nunca más, he pecado pero ahora vengo el primero a tu encuentro para recibirte. Quiero remediar mi falta.

El valiente Abisai siente náuseas cuando lo oye.

–¿No debe ser matado Semei? –pregunta en tono irascible. Ha maldecido al rey, el ungido del Señor.

–No –decide David. Cállate Abisai. Semei no será matado.

Él promete que será así y lo jura.

Es un error de David pues Abisai tenía razón. Semei debería ser matado ya que Dios en sus leyes ha ordenado que el que maldice al rey debe morir. Semei es reo de muerte.

Abisai se calla, pero no queda conforme.

Semei se levanta y da un suspiro de alivio, ha pasado mucho miedo, pero todo le ha salido bien.

2 Samuel 19:24-30

Cuando el rey llega a la orilla del Jordán y se encamina hacia Jerusalén, en la lejanía se divisa un hombre que se acerca hacia ellos. Es Mefi-boset, hijo de Jonatán. Durante el tiempo de ausencia de David no ha lavado sus ropas, ni se ha afeitado, es una señal de luto. Ha estado todo el día orando día tras día y el Señor ha escuchado sus ruegos.

Cuando se entera de que el rey vuelve no puede esperar más y, a pesar del defecto de sus pies, sale al encuentro del rey para darle la bienvenida. Su rostro está iluminado por el gozo. Sin embargo David no se muestra muy amable con él y le mira seriamente.

–¿Por qué no me acompañaste, Mefi-boset, cuando tuve que abandonar Jerusalén? –pregunta con voz enojada.

Mefi-boset mira al rey a la cara, con sinceridad y de forma honrada y sincera responde:

–Debido a mi cojera sabes que no puedo andar tan deprisa como los demás. Además mi criado me ha engañado y tampoco es cierto lo que te ha dicho a ti.

–Bien, no hablemos más de esto, no quiero oír ni una palabra sobre ello. Tú y Siba debéis compartir las tierras –dice David con impaciencia.

Nuevamente David se ha equivocado, no tiene razón, debería haber llamado a Siba y haberle interrogado, pero David no investiga y no trata honestamente a Mefi-boset, pero éste no se enfada con David. Con claridad responde:

–Siba puede quedarse con todo, soy feliz porque has vuelto sano y salvo y esto para mí tiene más valor que las riquezas de la tierra.

2 Samuel 19:41-43

2 Samuel 20

Sin embargo, el retorno de David que había comenzado con gran alegría termina con tristeza.

Entre los hombres de Judá y las restantes tribus de Israel va surgiendo la contienda; hay discusiones entre ellos y cuando después de mucho tiempo no llegan a un acuerdo, un hombre de Israel, llamado Seba, se enfada y dice:

–No reconoceré más a David como rey, no quiero saber nada de él. Nos defenderemos.

Se marcha y tras él siguen otros muchos hombres de Israel, ha estallado la rebelión.

Esto no lo puede consentir y David hace llamar a su general Amasa. Sí, Amasa es el nuevo general de David en lugar de Joab. Cuando David se enteró de que Joab había matado a Absalón se enfadó con él y le destituyó y entonces pidió a Amasa que fuera su general.

Fue un error más de David pues Amasa merecía la muerte ya que se había unido a Absalón y se había convertido en un rebelde. Pero ahora Amasa es el general. David le ordena reunir un ejército y salir en persecución de Seba. Amasa no es un hombre valiente; sale tras Seba, pero no tiene éxito. En el camino le sale al encuentro Joab, su sobrino, que finge querer besarle, pero sus intenciones no son buenas e inesperadamente mata a Amasa.

Es su segundo asesinato; antes mató a Abner, ahora a Amasa.

Joab reúne un ejército y persigue a Seba y le mata. Joab vuelve vencedor. Seba ya no podrá inquietar más a David porque está muerto.

David llega a Jerusalén. El Señor le ha castigado severamente, «la espada no se apartará de tu casa», profetizó Natán. Sin embargo, David no ha sido rechazado porque el Señor le ha prometido un reino sin fin y la Palabra de Dios permanece para siempre.

Capítulo 78

EL CENSO

2 Samuel 21:1-14

¿Hay cosa más hermosa que la vista de los campos con las mieses maduras para la siega? Ha llegado el tiempo de la cosecha y todos están ocupados. Los carros van y vienen llevando el grano a los graneros. Hay alegría, pues una abundante cosecha implica abundantes víveres.

Sin embargo cuando la cosecha falla hay falta de víveres y, por tanto, hambre, lo cual es grave para un pueblo, porque muchos pueden morir.

Hay muchos países en los que hay hambre y las causas son muy diferentes.

En tiempos de David sucedió en Israel que las cosechas fallaron repetidas veces y hubo hambre en la tierra de Canaán. Los niños pedían pan, pero no había pan.

–Señor nuestro, ¿por qué nos castigas así? –suplicó David. ¿Por qué permites que nuestras cosechas se malogren?

El Señor reveló a David la causa por la que existía el hambre.

Hacia muchos años, en tiempos del rey Saúl, había sucedido algo muy grave. Saúl, el primer rey de Israel, había tratado de matar a los gabaonitas.

¿Recordáis quiénes eran? Eran los habitantes de la ciudad de Gabaón que habían hecho alianza con Josué, el cual les prometió y juró que no se les mataría. Sin embargo, Saúl trató

de matarlos y, por lo tanto, había quebrantado el juramento; razón por la cual el Señor castigó a Israel con el hambre.

Cuando David conoce la causa del castigo trata de remediarlo y pregunta a los gabaonitas.

–¿Qué debo hacer? ¿Qué queréis de mí?

–No queremos oro ni plata –responden. Solamente que hagas ahorcar a siete de los descendientes de Saúl, así estaremos satisfechos.

Es difícil para David la petición. ¿A quién tomar? En el palacio vive con él Mefi-boset, hijo de Jonatán. No quiere tomarle a él, porque es hijo de su querido y fiel amigo Jonatán. ¿A quién tomará entonces? Bueno, tomará a Merab, hija mayor de Saúl que debería haber sido esposa de David, tal como Saúl le había prometido, pero que ahora estaba casada con Adriel. Tenía cinco hijos. Toma, pues, a estos cinco hijos y a otros dos hijos de Saúl y los siete son ahorcados. Es la expiación del pecado de Saúl.

De nuevo el Señor dio la lluvia y la cosecha creció bien y los israelitas volvieron a tener pan para comer.

Por este pasaje podemos ver que el Señor siempre castiga el pecado. También castigará los nuestros si no nos arrepentimos de todo corazón.

2 Samuel 24:1-10

1 Crónicas 21:1-8

–Ve, haz un censo de Israel y de Judá.

David está sentado en su magnífico palacio y ante él está Joab, su general, y los demás jefes del ejército. Ha mandado llamarles. ¿Por qué...?

David se ha hecho un rey muy poderoso, todos los enemigos que han sido derrotados tienen que traerle tributos. El Señor ha ayudado a David y le ha bendecido. Él ha sido quien ha dado tanto poder a David. Sin embargo, el rey llega a sentirse orgulloso de su poder y riquezas; es un error ya que todo el honor

corresponde solamente al Señor. Pero David se olvida de ello por un momento. Quiere saber cuán poderoso es, de cuantos soldados dispone y por esta razón ha llamado a Joab y a los demás jefes. Éstos deben contar el pueblo.

Jóvenes, el Señor había prometido a Abraham que de él saldría un pueblo grande y poderoso, tan grande que no podría ser contado, como las estrellas del cielo. El Señor ha cumplido su promesa, Israel es ahora un pueblo grande y poderoso y David quiere saber cuántos son. ¿Por qué...?

Sencillamente por orgullo.

Joab desaprueba con la cabeza, no le apetece hacerlo porque presiente el orgullo y presunción de David.

–Señor –dice– ¿para que es útil eso? Llegarás a ser más poderoso aún, pero no deberías contar el pueblo, eso no sirve para nada.

David se enfada y con voz airada le dice:

–Yo soy el rey y os ordeno que vayáis a contar a Israel y Judá. Os lo mando.

Entonces van a disgusto, pero van; no se atreven a desobedecer al rey.

Recorren todo el país, van a cada ciudad y a cada pueblo. Es un trabajo agobiante. Actualmente esta tarea es más fácil ya que en cada ayuntamiento están las fichas de cada habitante de la ciudad o pueblo y no hay más que numerarlas y el trabajo ha finalizado.

Pero en tiempos de David no existía eso. Joab y los jefes tardan nueve meses y veinte días al cabo de los cuales vuelven a Jerusalén. Pero Joab no ha contado a todos.

–Bien –pregunta David. ¿Cuál es la fuerza numérica de mi ejército? ¿De cuántos hombres dispongo?

Joab respondió:

–La tribu de Judá tiene quinientos mil hombres para la guerra y las tribus de Israel ochocientos mil hombres.

En total David dispone de más de un millón de soldados, un gran ejército. Algo de lo que puede enorgullecerse. Ya sabe de cuántos hombres dispone. ¿Está ya David satisfecho?

Joab y los demás jefes se marchan, han realizado un trabajo muy a su pesar; el rey les ha obligado y ahora queda solo.

Está sentado, suspirando, con la cabeza apoyada en sus manos. ¿Qué ocurre...? No está satisfecho, se da cuenta de que ha obrado mal, ha sido orgulloso, ha hecho el censo no en honor de Dios, sino para su propio honor y eso es un pecado que ahora lamenta.

–Señor mío –ora– he pecado, he obrado mal. Pérdoname.

Está inquieto, agitado, nervioso. No debería haber hecho el censo y ahora está arrepentido, pero ya es demasiado tarde, ya está hecho y no hay remedio. Por eso está afligido. Se avergüenza ante el Señor porque su conciencia le acusa.

2 Samuel 24:11-15

1 Crónicas 21:9-14

Poco después el profeta Gad entra en el palacio real.

–Rey y Señor, Dios me ha enviado a ti, vengo en Su nombre.

David escucha sin pronunciar palabra, está nervioso. ¿Qué viene a hacer aquí el profeta? Antes no le molestaba su presencia, pero ahora sí.

Y es que, jóvenes, después de haber pecado no tenemos paz.

–Tres cosas te ofrezco –continúa Gad– y de ellas sólo debes escoger una. Has pecado, pues hiciste contar al pueblo por orgullo. El Señor castigará ese pecado. Tú mismo deberás elegir el castigo. Escucha. ¿Quieres que vengan siete años de hambre sobre tu tierra? ¿Prefieres que haya guerra y que tus enemigos te persigan durante tres meses? ¿o que envíe el Señor una peste entre el pueblo que dure tres días? ¿Cuál de estas tres cosas eliges para que dé la respuesta al Señor?

El profeta calla y queda esperando.

David se asusta al escuchar los tres castigos y guarda silencio. Debe escoger, pero ¿cuál? Si uno es malo, los otros son peores. Si escoge el hambre, habrá grandes dolores y miserias; si los enemigos dominan durante tres meses el país, todo será destruido y ¿cuántos morirán? Y los tres días de peste ¿no es algo muy grave? Es sumamente difícil escoger. No sabe qué hacer y ha de

tomar una decisión porque el profeta sigue esperando la respuesta. No se atreve.

–En grande angustia estoy –se lamenta. De nuevo guarda silencio.

Al fin dice con voz baja:

–No me atrevo a escoger. Lo dejo en Manos del Señor. Solamente una cosa pido al Señor, que no me deje caer en manos de hombres, que sea Él quien me castigue y no los hombres.

El profeta Gad se marcha con esa respuesta y la transmite al Señor y el Señor envía una peste sobre Israel. Envía un ángel del Señor, un ángel destructor que ejecuta el castigo.

Miles y miles de israelitas cayeron enfermos y murieron. Aquella peste se extendió por todo el país y rápidamente murieron setenta mil personas, hombres, mujeres, niños y ancianos. En miles de casas israelitas hubo luto y tristeza; tales son las consecuencias del pecado.

2 Samuel 24:16-25

1 Crónicas 21:15-30

Las calles de Jerusalén, la capital del reino, están desiertas, la gente ha huido de sus casas, se esconden, tiemblan.

¿Qué sucede, por qué temen? No se ve nada.

Sí, en el cielo hay un ángel con una espada extendida sobre Jerusalén. Ahora vendrá también la peste a Jerusalén y muchos morirán, quizás por cientos o miles. Nadie sabe cuántos morirán. Por esta causa las calles de Jerusalén están vacías, todos han huido temblando de angustia.

David también ve al ángel y tiembla; no por él, sino por el pueblo. Su corazón siente gran compasión por su pueblo.

–Señor mío –ora– he pecado. He hecho contar al pueblo, pero estos hombres son inocentes. Castígame a mí y a mi familia.

¿Lo oís, jóvenes? Cuando uno de vuestros amigos es castigado por algo que vosotros habéis hecho, ¿hacéis lo mismo? ¿U os calláis? Sería una cobardía. Lo más noble es decir: «Lo hice yo».

David no es un cobarde. Lo dice con sinceridad:

–Señor, es culpa mía, he pecado. Castígame a mí, deja a salvo al pueblo.

David tiene razón ¿no?

David fue quien hizo contar al pueblo; no era por tanto culpa de los israelitas. El Señor debe castigar a David y, sin embargo, el pueblo sufre el castigo...

Quizás penséis que el Señor no obra justamente. Jóvenes, os he dicho muchas veces que el Señor no puede ser injusto. Todo lo que Dios hace está bien hecho. Dios es sabio, nosotros no podemos juzgarle. Aquí tal vez pensamos que los israelitas no deberían haber sido castigados, pues ellos no contaron al pueblo, lo hizo David, pese a que Joab y los jefes trataron de impedirlo. Sin embargo, los israelitas fueron castigados por haber rechazado a David, el ungido del Señor, y precisamente el Señor se sirve de David, al que habían rechazado, para castigar a Israel.

Nosotros los hombres podemos equivocarnos, pero el Señor no se equivoca nunca.

David lamenta sus propios pecados y ora al Señor:

–Señor castígame a mí y a mi casa.

El Señor sabe lo que hay en el corazón de David y oye sus ruegos.

El profeta Gad entra nuevamente en el palacio real.

–Sube y haz un altar al Señor en la era de Arauna –ordena.

En 1 Crónicas 21 no se llama «Arauna» sino «Ornán», son dos nombres para la misma persona.

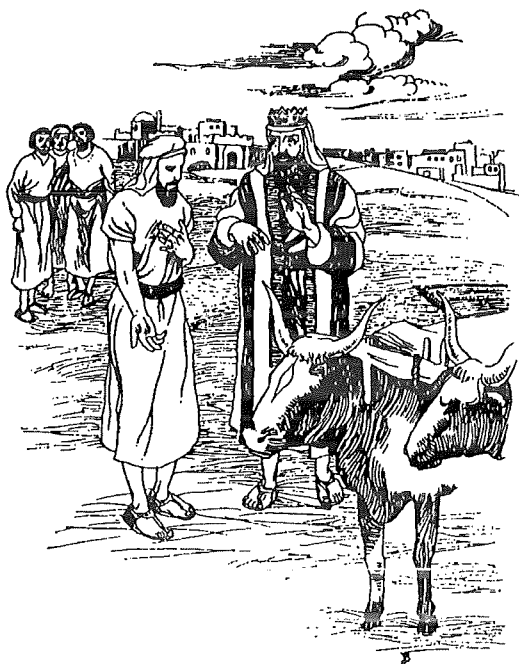
En seguida David se pone en camino y cuando Arauna ve que el rey se aproxima sale a su encuentro. Sus hijos que han visto al ángel se han escondido por temor a morir, pero no podemos escondernos de la muerte.

–¿Qué viene a hacer aquí el rey, mi señor? –pregunta Arauna con sorpresa.

–Quiero comprar esta era –responde David– para ofrecer un sacrificio al Señor para que finalice la peste.

–Toma cuanto necesites –ofrece Arauna con generosidad.

–No –decide el rey con firmeza– la compraré. ¿Sacrificaré yo con lo que es tuyo?



David compra la era de Arauna

Arauna vende a David todo lo que necesita para el sacrificio y David ofrece sacrificios de paz al Señor, que los acepta. La peste no se extiende más por Jerusalén y la capital del reino queda a salvo en su mayor parte. David queda muy agradecido pues ha confiado en el Señor y no ha sido avergonzado.

Quien de verdad confía en el Señor, jamás será avergonzado.

Capítulo 79

ÚLTIMOS AÑOS

DE LA VIDA DE DAVID

1 Reyes 1:1-4

Vosotros aún sois jóvenes y la vida os parece agradable, ¿verdad? Os divertís cada día y vuestros padres se preocupan de daros de comer y vestiros, ellos cubren vuestras necesidades.

¿Morir...? Ahora no pensáis en ello, sois fuertes y sanos y queréis gozar de la vida. Más tarde, cuando seáis viejos, tendréis tiempo de pensar en la muerte. Pero... ¿Puede alguien asegurarnos que llegaréis a viejos?

También los jóvenes mueren; ocurre con frecuencia, ¿verdad?

Es posible que lleguéis a viejos, a una edad muy avanzada. Podéis pensar que os queda mucho tiempo. No lo creáis, el tiempo corre, pasa volando. Antes de que os déis cuenta habréis llegado a la vejez y entonces vendrán los achaques, las enfermedades.

Queridos jóvenes, no esperéis a la vejez para pensar en ello. Pedid cada día al Señor que os convierta, que os dé un corazón nuevo. No lo dejéis para mañana, ya que mañana puede ser demasiado tarde.

David no ha esperado llegar a la vejez, no, ya en su juventud servía al Señor.

Ahora David ha envejecido, está lleno de achaques, por las noches no puede conciliar el sueño; a veces pasa toda la noche sin dormir y muchas noches tiritando de frío en su cama, por lo que tienen que vigilarle y cuidarle como si se tratara de un niño.

Para ello una joven es puesta al servicio del rey. Se llama Abisag. Tiene que cuidar del rey, taparle cuando tiene frío, darle de beber cuando tiene sed. Abisag ha de cuidar de todas las necesidades del rey y ella lo hace con agrado y pone todo su interés en servirlo.

1 Reyes 1:5-40

David tenía muchos hijos. Amón, el mayor ya había muerto, había sido asesinado por Absalón y éste había sido muerto por Joab y sus escuderos, cuando quedó colgado por los cabellos en una rama de alcornoque.

Es por tanto Adonías el hijo mayor de David. Sin embargo, Adonías se da cuenta de que no será el futuro rey, sino que será su hermano más joven, Salomón, y no puede soportar esa idea, por lo que habla de ello al general del ejército Joab y al sacerdote Abiatar.

—No me parece justo —les dice— que yo sea el mayor y que sin embargo Salomón que es más joven sea el rey. ¿Qué os parece a vosotros?

Joab y Abiatar le dan la razón y prometen ayudarlo.

Su padre está viejo y achacosos y sin duda muy pronto morirá. Tomará, pues, la delantera y se hará proclamar rey.

Cerca de Jerusalén hay una fuente y allí hace preparar un convite y para ello se matan muchas ovejas y vacas.

Todos los hermanos de Adonías y todos los príncipes son invitados, también Joab y Abiatar, como asimismo todos los criados de David y otros amigos. Pero Salomón no es invitado y tampoco lo son el profeta Natán, ni el sacerdote Sadoc, porque Adonías sabe muy bien que ellos no le ayudarían en sus propósitos.

Todos están a la mesa, comiendo y bebiendo, todos están muy alegres. Cuando termine la comida proclamarán rey a Adonías. Él lo ha preparado todo secretamente para que David no se entere.

Sin embargo, alguien ha debido decir algo ya que el plan de Adonías es descubierto. El profeta Natán se entera y se asusta. Si ello se lleva a cabo Salomón no podrá ser rey y es el mismo Señor quien lo reveló al nacer Salomón. Natán va a Betsabé, madre de Salomón, y la previene.

–Vé en seguida al rey –le aconseja– y díselo todo y pregúntale si está enterado de ello.

Betsabé se dirige corriendo al dormitorio del rey, allí está Abisag cuidando del rey. David se da cuenta de que su mujer tiene algo que decirle y le pregunta:

–¿Qué sucede Betsabé? ¿Por qué vienes?

–Rey y señor –responde con voz temblorosa– me prometiste que Salomón sería rey, pero Adonías quiere ser rey. Ha preparado un gran banquete e invitado a muchas personas, pero a Salomón no le ha invitado.

Mientras ella aún está hablando llega un criado y dice que el profeta Natán ha llegado y quiere hablar con el rey.

–Hazle entrar –ordena David.

Betsabé se marcha y Natán entra en el dormitorio del rey.

–¿Sabes que Adonías intenta proclamarse rey? ¿Has sido tú quien lo ha ordenado?

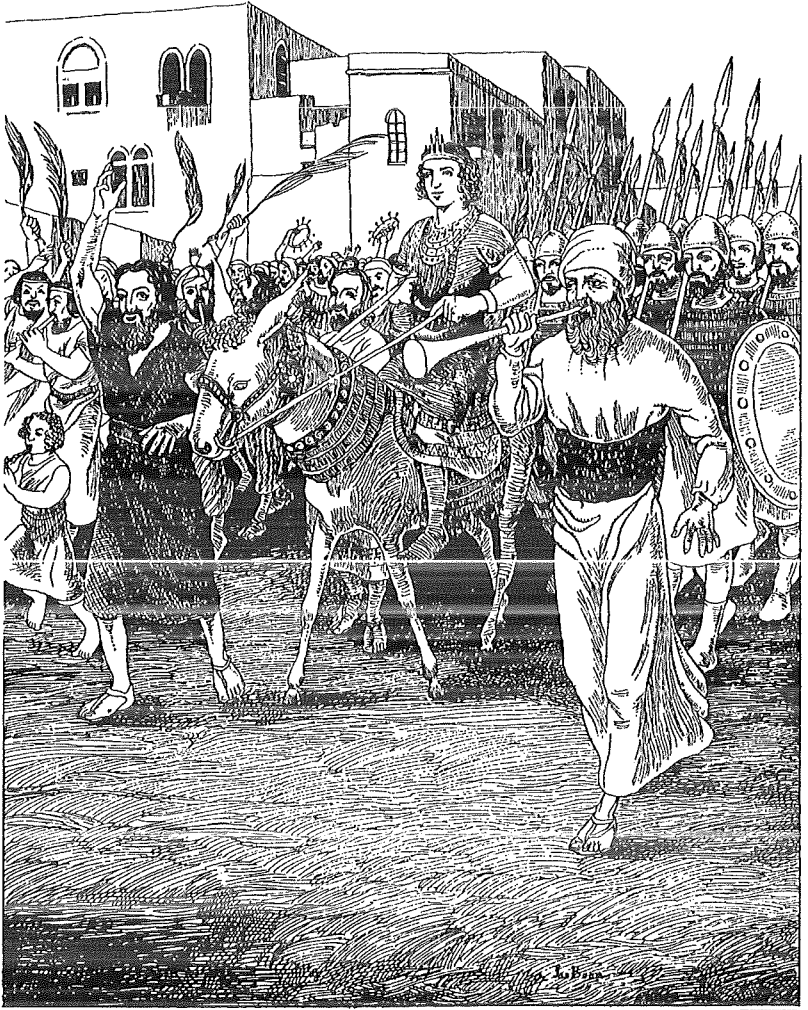
Estas noticias confunden a David, pero sin tardanza decide impedirlo.

–Di a Betsabé que venga –ordena.

–Betsabé, un día te prometí que Salomón sería mi sucesor y así será –prosigue solemnemente. Vive Jehová que Salomón se sentará en mi trono.

Con rapidez David da órdenes. Sadoc, el sacerdote, Natán, el profeta y Benaía, jefe de su guardia personal, le acompañarán. Pronto todos ellos están ante el anciano rey. Pero ahora no se siente débil, su coraje brilla de nuevo en sus ojos.

–Traed la mula en la que suelo cabalgar –ordena. Montad sobre ella a Salomón y ungidle como rey. Tocad entonces trompeta, de manera que todo el pueblo la oiga y gritad: ¡Viva el rey!



«¡Viva el rey Salomón!»

Con rapidez aquellos hombres obedecen las órdenes de David, pues de un momento a otro pueden oírse las aclamaciones fuera de la ciudad gritando en favor de Adonías y entonces sería demasiado tarde.

David no puede acompañarles porque es demasiado viejo y está muy débil. Pero puede hacer algo más... Cruza sus temblorosas manos, cierra los ojos y ora. Ruega al Señor que le ayude, pide al Señor por el éxito y Dios atiende sus ruegos.

Suena la trompeta... han ungido a Salomón. Los habitantes de Jerusalén la oyen, salen de sus casas y se dirigen al lugar de donde procede el toque de trompeta y ven al joven Salomón subido sobre la mula de David; hay un profundo silencio y de pronto comienzan a dar gritos de júbilo aclamando: ¡Viva el rey Salomón!

Toda la ciudad de Jerusalén se alegra, cada vez acuden más personas y los gritos de júbilo son ensordecedores; en la Biblia se dice «que se hundía la tierra». Por todos los alrededores se oyen los gritos.

1 Reyes 1:41-53

Mientras tanto Adonías y sus amigos están tranquilamente a la mesa. Si supieran lo que estaba ocurriendo en Jerusalén seguramente no estarían tan tranquilos.

De pronto Joab levanta la cabeza y escucha.

–Oíd –dice– qué ruido proviene de la ciudad. Se escucha el toque de la trompeta. ¿Qué significará?

Jonatán, hijo de Abiatar, llega corriendo.

–Ven aquí –ordena Adonías– dínos qué significa ese ruido que proviene de Jerusalén. Seguro que tú lo sabrás.

Jonatán mueve la cabeza y dice:

–David nuestro rey, ha hecho ungir por rey a Salomón. Por eso están tocando la trompeta y se oyen las aclamaciones del pueblo. El pueblo está alegre y jubiloso y David da gracias al Señor por ello.

Se hace un profundo silencio y los invitados se miran los unos a los otros. No se atreven a permanecer allí, pues si el rey se entera los castigará. Todos se levantan agitados y nerviosos y con rapidez se dirigen a sus casas, tratando así de salvarse.

También Adonías se asusta y teme que Salomón pueda matarle ya que lo que ha hecho es una traición. Corre al lugar donde está el arca y se coge a los cuernos del altar en señal de que pide perdón.

Informan a Salomón de que Adonías se ha cogido a los cuernos del altar y Salomón dice:

–Si Adonías promete que nunca volverá a intentar ser rey, vivirá –y entonces ordena llamar a Adonías.

Éste acude temblando y se inclina profundamente ante su hermano. Salomón le dice:

–Vuelve tranquilamente a tu casa, pues no te haré ningún daño.

1 Crónicas 28

1 Crónicas 29:1-25

Poco después en Jerusalén se celebra una gran reunión. El anciano rey no ha convocado a todo el pueblo, sino solamente a los príncipes, jefes y oficiales del ejército y a todos cuantos ayudan a David en el gobierno del país.

Cuando el rey está ante todos les recuerda cómo ha reinado sobre Israel y cómo el Señor le ha ayudado en todo.

–Ahora he envejecido –dice– pero Salomón será mi sucesor y él edificará un templo para el culto del Señor. Con gusto lo hubiera levantado yo, pero no se me permitió a causa de haber hecho tantas guerras. Entonces el Señor me dijo que mi hijo edificaría ese templo. Será un templo grande y hermoso y se necesitará mucho oro y plata y para ello ya he preparado varias cosas.

Después les anuncia que tiene guardados millones en oro, plata, cobre, hierro, piedras preciosas y demás adornos. Duran-

te todo su reinado ha estado ahorrando para la edificación del templo.

El rey les exhorta:

–Dad también vosotros algo para la construcción del templo y de esa forma será más fácil para mi hijo Salomón.

Ni pueden, ni quieren negarse a la petición del rey. Dan todo lo que pueden y lo dan con alegría. Todo cuanto dan, David lo almacena junto a lo que él tiene preparado, una expresión de alegría y satisfacción se refleja en el rostro del viejo rey.

Por segunda vez Salomón es ungido rey y en esta ocasión no sólo por algunos del pueblo, sino por todos los jefes del pueblo. Luego David se despide de ellos y les exhorta a que sirvan al Señor.

–Pues –dice– si os apartáis de Él el Dios de Israel os visitará con sus castigos.

También entrega a su hijo Salomón un diseño del templo. Es verdad que a David no se le permitió que lo construyera, pero el Señor le había mostrado cómo debería ser el templo.

Por fin todos regresan a sus casas.

1 Reyes 2:10-11

1 Crónicas 29:26-30

Poco tiempo después David murió en paz. La Biblia nos dice: «Y David durmió con sus padres», lo cual no puede decirse de un impío. Pero el pueblo de Dios va a dormir cuando muere, porque su alma va al cielo y su cuerpo reposa en el sepulcro.

Han ocurrido muchas cosas en su vida. En su juventud recorrió los campos de Belén como pastor. Se produjo un cambio completo en su vida el día que fue llamado para ser ungido como rey de Israel. Sin embargo, también hubo años terribles de tristeza, de sufrimiento. Años en que estuvo en peligro de muerte, cuando tenía que huir de su suegro Saúl que le acosaba como si fuera un criminal. Pero Dios le guardaba de manera maravillosa.

Fue rey en Hebrón durante siete años y medio sobre la tribu de Judá. Después fue rey sobre todo Israel durante treinta y tres años.

Muchas veces había estado en peligros, en guerras, había vivido años de alegría y también de tristeza, en medio de peligros, siempre se dirigió al Señor, todo lo expuso ante el Señor y en todo pidió consejo al Señor. David era un hombre que sinceramente temía al Señor. En los años de su juventud Dios le había dado un corazón nuevo, era un hijo de Dios y el Señor le ayudó en todo. Dios nunca abandona a su pueblo. Muchas veces había pecado y había hecho cosas malas e incluso impías; pensad en Urías a quien expuso a la muerte ante los amonitas y en Betsabé, mujer de Urías, a quien tomó.

Es la historia más triste de la vida de David y el Señor le castigó muy severamente por ello y como consecuencia de aquel hecho, se produjo el asesinato y el homicidio entre sus propios hijos; eran las consecuencias de su pecado. Pero David no fue rechazado. El Señor le perdonó aquel grave pecado y no sólo ese, sino todos los que había cometido durante su vida. David había merecido la muerte, era merecedor del infierno, pero Dios le salvó. Más tarde, Jesucristo nacería de su descendencia y Jesús llevaría el pecado en lugar de David. Cristo llevaría las angustias del infierno en su alma, para que David fuera librado de ellas para siempre. Jesús moriría para que David viviera para siempre en los lugares celestiales.

David tenía la esperanza del Salvador venidero y esa fe sincera y verdadera le había sido dada por el Señor. En esta fe salvífica murió David y como un viajero cansado duerme.

David ha muerto tranquilamente; ha puesto su cabeza en la almohada y ha quedado como dormido. Su cuerpo reposa en el sepulcro hasta el día del juicio y entonces resucitará para ir también al cielo.

¿Qué os sucederá el día que os llegue la muerte? ¿Dormiréis también en el Señor? Únicamente los hijos de Dios duermen en el Señor. Muchas veces vemos sobre el sepulcro de hombres que han sido impíos la inscripción: «Aquí duerme...»; pero eso no es cierto, está esperando el tormento eterno. Sólo en el sepulcro

de alguien que ha temido al Señor puede ponerse con toda verdad la inscripción: «Aquí duerme...»

¿Pensáis la gran diferencia que existe entre los que temen al Señor y los que no le temen?

1 Crónicas 23 al 27

Un domingo por la mañana en la casa de Dios, es decir, la Iglesia, resuena el canto del salmo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos».

Es el mismo salmo que un día cantaba David en los campos de Belén. Han pasado tres mil años y se sigue cantando ese salmo. Se trata de un salmo compuesto por David; él compuso otros muchos salmos, lo hizo para servir a Dios, para cantar en honor de Dios. Esos mismos salmos se siguen cantando hoy. Hombres instruidos los han traducido para que nosotros podamos cantarlos, pero son los mismos que compuso David.

David amó mucho al Señor y, por ello, amó también el culto al Señor e hizo mucho por el servicio del Señor, regulándolo todo antes de su muerte.

En su tiempo había miles de sacerdotes, todos no podían sacrificar al mismo tiempo, ni podían estar todos a la vez en el tabernáculo. David los dividió en veinticuatro grupos, que servían sucesivamente. Cada grupo permanecía en el tabernáculo una semana, siendo sustituido por el grupo siguiente. También a los levitas los dividió en grupos para el servicio. Este servicio correspondía al Antiguo Testamento, ahora ya no hay sacerdotes, ni levitas, pues ya no es necesario ofrecer sacrificios. Sin embargo, los salmos de David seguirán cantándose mientras el mundo exista.

Después, en el cielo, los hijos cantarán por siempre en honor de Dios y allí también estará cantando. Aquí ha llorado muchas veces, ha pasado por profundas tristezas, muchas veces causadas por sus pecados. Pero allí ya no llorará más, allí ya no pecará nunca más, estará por siempre con el Señor al que amó aquí.

Capítulo 80

UN REY JOVEN Y SABIO

1 Reyes 2:13-25

Ahora Israel tiene un rey muy joven, ya que Salomón probablemente no tiene más de veinte años de edad.

Cuando David fue proclamado rey, los filisteos dominaban la mayor parte del país. Ahora, cuando Salomón sube al trono, Israel está libre de todos sus enemigos.

Cuando David accedió al trono, la mayoría del ejército israelita había sido derrotado en los montes de Gilboa; ahora que Salomón se ha sentado en el trono, Israel dispone de un ejército poderoso que, si es necesario, puede reunir un millón y medio de soldados. Cuando David llegó al trono, los israelitas eran pobres, sus campos habían sido assolados por las continuas guerras; ahora, cuando Salomón accede al trono, los israelitas viven en paz y prosperidad, son ricos y no son menospreciados por otros pueblos.

Hay una gran diferencia y todo ello es debido a que el Señor ha bendecido a Israel, el Señor ha ayudado a David en todo.

David tuvo que luchar muchas veces contra los numerosos enemigos del pueblo de Israel, pero Salomón será un príncipe de paz que no tendrá necesidad de luchar, ni de hacer más guerras.

Con el pensamiento vemos a Salomón en su trono, rodeado de sus amigos y servidores. Está sentado en el lugar donde

antes se sentó su padre, en el palacio de cedro que Hiram hizo construir para David.

Una mujer entra en la cámara, Salomón se levanta y se dirige a su encuentro. Es Betsabé, su madre, y Salomón saluda a su madre con respeto.

¿Lo hacéis también vosotros, jóvenes? El Señor, en su ley, ha ordenado: «Honra a tu padre y a tu madre». Es un mandamiento de Dios.

Salomón no espera a que su madre se acerque a él; no, va a su encuentro y la conduce hasta una silla que ha ordenado colocar al lado del trono.

–Rey y señor mío –dice– vengo a pedirte una cosa. Espero que me complacerás y atenderás mi petición.

–Puedes pedir lo que quieras, madre, no te defraudaré –responde Salomón.

Betsabé le explica que Adonías ha venido a verla y le ha pedido que Abisag sea su mujer. ¿Qué te parece? Yo le he prometido que haría llegar su petición hasta ti.

¿Recordáis quién es Abisag? Era la joven que cuidaba al rey David en su vejez.

Ahora Adonías quería casarse con esta joven y no se atrevía a pedirselo directamente al rey y por ello acude a Betsabé para que interceda por él.

Cuando Salomón escucha a su madre sus ojos se llenan de ira y dice:

–¿Por qué Adonías se atreve a pedir tal cosa? Será matado. Betsabé no entiende nada, con sorpresa mira a su hijo.

¿Por qué se ha enfadado tanto Salomón contra su hermano?

No es extraño. Adonías había prometido no intentar más hacerse rey, pero no cumple su promesa. Sigue envidiando a su hermano Salomón. No se atreve abiertamente a enfrentarse con él, pero lo hace de forma secreta para que nadie se dé cuenta.

Abisag ha cuidado al rey hasta los últimos momentos, ha estado al lado de David hasta su muerte y Adonías quiere casarse con ella precisamente para intentar con ello demostrar que él debe ser el rey.

Betsabé ni siquiera lo sospecha, pero Salomón se da cuenta de la intención.

Benaía, jefe de la guardia personal de Salomón recibe la orden de matar a Adonías y poco después cumple la orden y ejecuta la sentencia.

Salomón no podía hacer otra cosa; de lo contrario, Adonías trataría de expulsar del trono a Salomón.

1 Reyes 2:26-27

Posiblemente ese mismo día, Abiatar recibe el aviso de que tiene que ir a ver a Salomón. El pontífice no se atreve a rechazar la invitación y con cierto temor acude. Tiene miedo ¿por qué debe ir al rey? ¿Se habrá enojado el rey por haber sido partidario de Adonías?

No lo sabe. Cuando entra en el palacio su corazón late apresuradamente.

Salomón le mira no muy amablemente y le dice con severidad:

–Abiatar, mereces la muerte ya que tú sabías que yo debería ser el rey y, sin embargo, has tomado partido por mi hermano Adonías. Pero debido a que siempre estuviste al lado de mi padre y le ayudaste, no te mataré. Sin embargo, no serás de aquí en adelante el pontífice. Vete a Anatot, el lugar de tu nacimiento.

Anatot es un pueblecito ubicado en el territorio de la tribu de Benjamín. Abiatar, expulsado por Salomón, sale de Jerusalén y su lugar es ocupado por Sadoc.

Así tiene cumplimiento lo que muchos años antes había sido dicho por el profeta al juez y sacerdote Elí, que su linaje no sería para siempre de sacerdotes ya que sus hijos Ofni y Finees se habían hecho indignos del oficio sacerdotal por sus iniquidades. Abiatar era de la familia de Elí.

1 Reyes 2:28-35

Un hombre corre por las calles de Jerusalén y se dirige al lugar donde está el arca del pacto. Cuando llega allí se coge a los cuernos del altar.

Aquel hombre es Joab, el viejo general de David. Ha sabido que Adonías ha sido matado y que Abiatar ha sido castigado y expulsado por Salomón.

Al saber esto ha pensado que ahora el castigo le tocaría a él y por eso ha corrido hacia el altar tratando de salvarse de la muerte...



Joab huye hacia el altar

Salomón se entera de que Joab se ha cogido a los cuernos del altar en señal de que pide perdón. Sin embargo, el rey no puede perdonar a Joab, porque Joab es un asesino, ha de ser matado. En realidad debería haber sido David quien hubiera condenado a Joab a muerte, pero David no lo hizo y ahora lo tiene que hacer su hijo Salomón. Los asesinatos de Joab deben ser castigados, así lo ha ordenado el Señor.

De nada le sirvió a Joab cogerse a los cuernos del altar, ya que poco después Benaía acababa con su vida. Pese a ello, Salomón ordena que Joab sea enterrado como un valiente.

Benaía es nombrado general del ejército en lugar de Joab.

1 Reyes 2:36-46

–Sí, señor, haré exactamente lo que me has dicho.

¿Quién es éste que está inclinado profundamente ante Salomón? Es aquel hombre que en cierta ocasión, cuando David huía de Absalón, le tiraba piedras y le maldecía. Es Semei, al que David perdonó cuando debería haberle hecho matar.

Ahora Salomón es rey y castigará a este hombre; por eso ha hecho venir a Semei.

–Semei –dice el rey con severidad– una vez te burlaste de mi padre y le injuriaste. No lo he olvidado. Como castigo deberás venirte a vivir a Jerusalén, aquí, cerca de mí, comprarás una casa y habitarás en ella.

Salomón quiere vigilarle.

–Sí, señor, haré exactamente lo que me has dicho –responde mirando con temor a Salomón.

–Ten en cuenta –previene Salomón– que si tratas de salir de Jerusalén serás matado.

–Sí, señor, lo tendré presente –responde.

Durante tres años cumple su promesa, pero un día unos criados de Semei se escapan y huyen a Gat, ciudad filistea. Cuando Semei se entera sale de Jerusalén y marcha a Gat para recoger a los criados. No ha cumplido su promesa, no sabemos

si en aquellos momentos se acordaría o no de la promesa o si creía que Salomón iba a cumplir su amenaza o no. Sólo va a recoger a sus criados pues no piensa abandonar Jerusalén para siempre.

Poco después regresa con rostro satisfecho y sus criados regresan con él.

Pronto debe presentarse ante el rey y sin embargo no tiene miedo, pues piensa que el rey aprobará su ausencia por unos días de Jerusalén. No es una cosa tan grave.

–Semei, ¿no acordamos que no abandonarías Jerusalén? –le pregunta el rey. He jurado por el Señor que si salías de Jerusalén serías matado.

Semei tiembla, lo que dice el rey es la verdad, no sabe qué responder.

Salomón continúa:

–Ya sabes todo el mal que hiciste a mi padre cuando huía. Ahora el Señor lo ha dirigido todo y vas a morir por tu propia causa. No morirás en paz.

Semei se pone pálido.

–Ve y mátales –ordena Salomón a Benaía que obedece sin tardanza y quita la vida a Semei.

1 Reyes 3:1-15

2 Crónicas 1:1-13

En aquel tiempo el tabernáculo estaba en Gabaón. Silo había sido destruido por los filisteos después de la muerte de Elí y el tabernáculo fue llevado primero a Nob y después trasladado por Saúl a Gabaón.

Cierto día en Gabaón hay una visita muy importante; es el rey Salomón que viene a ofrecer sacrificios al Señor.

No ofrece uno o dos animales, no, son sacrificados mil. Pasa allí la noche y esa misma noche el Señor se aparece a Salomón en sueños y le dice:

–Pide lo que quieras que te dé.

Salomón puede pedir al Señor lo que quiera, lo que más le guste.

Si a vosotros, jóvenes, se os dijera lo mismo ¿qué pediríais? ¿Una moto? ¿Un coche...?

Salomón tenía libertad para elegir. No podía pedir una moto o un coche porque entonces no existían, pero podía pedir mucho, por ejemplo, riquezas. Es verdad que era muy rico, pero podía pedir aún más oro y plata. Podía pedir vivir muchos años... podía pedir todo al Señor.

Podía pedir la gloria. A nosotros, muchas veces, nos gustaría tener la gloria y la fama ¿verdad? ¿Qué pedirá Salomón...?

—Señor mío —suplica— soy muy joven y el pueblo de Israel es un pueblo muy numeroso. No puedo gobernarlo, no puedo ser un buen rey. Oh, Señor dame un corazón sabio y entendido.

¿La sabiduría? ¿Para qué le va a ser útil? ¿No es una tontería...?

El ruego de Salomón es atendido por el Señor:

—Bien —es la respuesta divina. La sabiduría que has pedido la tendrás. Serás más sabio que todos los hombres de la tierra. Nunca habrá en la tierra un hombre más sabio que tú.

Con la sabiduría el Señor le da mucho más a Salomón, le da también riquezas y gloria y si continúa sirviendo al Señor disfrutará de una larga vida. Gobernará a Israel por muchos años. Salomón escogió la mejor opción.

Jóvenes, ¿pedís vosotros al Señor sabiduría? ¿Le pedís que os dé un corazón que desee servir y temer al Señor? ¿Qué es lo que pedís?

1 Reyes 3:16-28

—¡No señor, este niño es mi hijo!

—¡No señor, no debes creerla, no es cierto, es mi hijo!

Dos mujeres se disputan el mismo niño. Había dos niños, uno vive, el otro ha muerto. Murió la noche anterior.

Aquellas dos mujeres vivían solas en una misma casa y

habían tenido un hijo. Cuando por la mañana la una se despertó vio que su hijo había muerto y entonces hizo algo muy grave. Se levantó cuidadosamente, tomó su hijo muerto y lo colocó junto a la otra mujer que dormía; tomó el hijo de la otra mujer y lo puso en su propia cama.

–Nadie me ha visto –pensó.

Cuando la otra mujer despertó no tardó en darse cuenta de que el niño muerto que estaba junto a ella no era el suyo.

–¡Me has robado a mi hijo! –dijo.

–¡Tú estás soñando! –respondió la otra– ¡Qué cosas tienes!

–¡Es verdad! –respondió la madre– ¿Crees que no reconozco a mi propio hijo?

Las dos han acudido al rey y están en su presencia. Quieren que el rey juzgue sobre ello. Las dos dicen que ese niño es su hijo y las dos quieren al niño vivo para ellas. Sin embargo, una sólo dice la verdad y la otra miente. Nadie lo ha visto. Es un caso muy difícil para Salomón. Debe emitir un juicio, pero ¿cómo puede averiguar la verdad?

Medita durante unos minutos.

De pronto ordena:

–Traedme una espada.

¿Una espada? ¿Qué va a hacer el rey con una espada? Escuchad al rey.

–No sé de quién es el hijo –dice Salomón– por consiguiente, partiremos al niño vivo por la mitad y cada una recibiréis una parte.

Toma el niño y espera.

De pronto se oye un grito de angustia. La madre del niño vivo cae de rodillas ante el rey y suplica:

–¡Oh rey y Señor, no hagas eso, prefiero que se lo entregues vivo a esa mujer!

La otra mujer piensa:

–Me parece bien, mi hijo ha muerto y éste también debe morir, así estaremos las dos iguales.

Entonces dice al rey:

–¡Sí, señor, hacedlo! Parte al niño por la mitad y así no será ni para mí, ni para ella.

Es cruel, ¿verdad?

–Un momento –ordena Salomón al verdugo– no le mates, entrégaselo a esa mujer, porque ella es la verdadera madre –dice señalando a la mujer que cayó de rodillas ante él suplicando que no partiera al niño.

–Has tratado de engañarme –dijo a la otra mujer– vete de aquí cuanto antes.

La otra mujer recibe al niño y lo besa y abraza y sale con él llena de alegría.

Esta historia nos demuestra la sabiduría de Salomón. Pronto la noticia se extiende por todo el pueblo y todos hablan del rey con respeto y admiración.

Ya lo veis jóvenes, cuando el Señor promete algo, siempre lo cumple.

Capítulo 81

SALOMÓN EDIFICA CASA PARA EL SEÑOR

1 Reyes 5 al 9

2 Crónicas 2 al 7

Resuenan los golpes de las hachas por las vastas selvas del Líbano, donde árbol tras árbol van siendo derribados. ¿Qué van a hacer con todos esos árboles?

Como recordaréis, los montes del Líbano no pertenecen a la tierra de Israel. El Líbano pertenecía a Hiram, rey de Tiro y este reino estaba ubicado al norte de Israel. También recordaréis que en el Líbano había grandes bosques de cedros y con ellos se construyó el palacio de David.

Cuando murió David y Salomón fue proclamado rey, el rey Hiram se apresuró a felicitar al nuevo rey de Israel y Salomón le ha preguntado si podría conseguir cedros para edificar la casa del Señor; Hiram ha prometido a Salomón que puede darle cuanta madera necesite para ello y Salomón dará a cambio trigo y aceite a Hiram. Ambos reyes inician una íntima amistad.

Ahora los obreros de Salomón están talando cedros, son diez mil hombres los que día tras día están trabajando en los bosques del Líbano. Cada mes otros diez mil hombres acuden para relevarlos. Los cedros son enviados a la tierra de Canaán por mar.



Cortando cedros para la casa del Señor

A gran distancia de Jerusalén, en los montes de Judá, hay muchos obreros más; miles y miles de obreros están sumamente ocupados. Están sacando grandes piedras y labrándolas; éste es un trabajo enorme pues no hay máquinas y todo debe hacerse a mano. Tal es el trabajo que han de realizar que Salomón tiene allí trabajando a ochenta mil picapedreros. Todo es preparado en el monte. Las piedras son talladas de forma cuadrada, son enormes bloques de piedra. Millares de piedras son preparadas para después poder ser transportadas. Han de ser transportadas a Jerusalén; no hay camiones, ni trenes, pero el sabio Salomón tiene todo previsto. Setenta mil hombres fuertes se encargarán del transporte de las piedras y la madera hasta Jerusalén.

En otro lugar, lo que fue la era de Arauna, donde David ofreció sacrificios cuando el ángel aniquilador iba a extender su espada sobre Jerusalén, trabaja otro gran número de gente.

La colina sobre la cual se construirá el templo está en quietud y calma, es lugar santo, ya que allí se edificará la casa de Dios. Todo es preparado fuera de la ciudad de tal forma que cuando es trasladado a la colina de Jerusalén, todo encaja perfectamente y nada tiene que ser reformado ni modificado.

Miles de bloques de piedra son traídos y colocados en una zanja, son los cimientos del edificio; poco a poco se van levantando los muros y se van colocando las vigas y también éstas encajan perfectamente.

El templo será bastante más grande que el tabernáculo y también estará dividido en dos estancias; el lugar santo y el santísimo. En el lugar santísimo se colocan dos grandes querubines de madera, cuyas alas se tocan y bajo las alas será colocada el arca del pacto. Aquellos querubines son revestidos de oro puro.

En el tabernáculo, en el lugar santo, había un solo candelabro; ahora, Salomón hace colocar en el templo diez candelabros de oro. También serán colocadas diez mesas para los panes de la proposición, en vez de una como había en el tabernáculo.

Sin embargo, sólo se coloca un altar de oro para el incienso; estará colocado delante del velo, como estaba en el tabernáculo.

El templo es hermoso, maravilloso. Todas las tablas de cedro y las vigas se revisten de oro y llevan grabadas flores.

Es el palacio para el Rey Celestial y debe ser muy hermoso. Sobre el muro exterior del templo Salomón hizo edificar tres habitaciones. Ningún pueblo posee un templo tan hermoso.

En el tabernáculo sólo había un atrio, ahora en el templo se construyen dos atrios, el interior para los sacerdotes y el exterior para el pueblo. En el atrio se construye un enorme altar para los sacrificios, es alto y para llegar a él los sacerdotes habrán de subir una escalinata. Se construye también una gran fuente de cobre asentada sobre doce bueyes también de cobre, cuyas cabezas miran al exterior, tres en cada dirección. Dadas sus grandes dimensiones esta fuente de cobre es llamada «el mar de cobre».

A la entrada del templo se colocan dos columnas de cobre de una altura de dieciocho codos, los capiteles están formados por una fábrica de cobre reproduciendo granadas.

El templo se eleva sobre todos los edificios de Jerusalén, es el edificio más grande y hermoso de la ciudad. Ha sido un trabajo formidable que ha durado siete años.

Todos los habitantes están admirados y orgullosos de la obra. Sus piedras y el cobre brillan como el sol. Sin embargo, dentro del templo no pueden verse las piedras, pues todo está cubierto de oro, parece realmente un templo construido de oro.

Una vez terminado el templo debe ser consagrado.

Salomón envía mensajeros por todo el país para que los israelitas acudan a Jerusalén. La ciudad está en fiesta y gran animación reina por doquier. Va a celebrarse una gran fiesta en honor al Señor.

Un grupo de sacerdotes y levitas se dirigen al templo, llevan tablas, vigas y cortinas. Sí, el templo ya está terminado, pero todo esto que llevan son las tablas, vigas y cortinas del viejo tabernáculo que Moisés había construido en el Sinaí cuando Israel estaba en el desierto camino de la tierra prometida. Moisés había construido una tienda, pero Salomón edificó una casa para el Dios de Israel.

El tabernáculo es traído desde Gabaón y Salomón quiere guardar aquel viejo santuario, todo ello es guardado cuidadosamente en una de las habitaciones construidas en el exterior del muro.

Un segundo grupo de sacerdotes se aproxima; éstos transportan el arca del pacto. La traen desde la tienda que ordenó construir David en Jerusalén para guardarla. Todo lo que hay en el templo es nuevo, pero el arca será la misma.

Con gran respeto los sacerdotes traspasan las puertas y entran en el templo, llegan al lugar santo, levantan el gran velo y entran al lugar santísimo. Bajo las alas de los querubines colocan cuidadosamente el arca de la alianza. Después vuelven a descorrer el velo y salen. Inmediatamente una nube llena la Casa del Señor, no es una nube corriente, sino que se muestra la gloria del Señor. Es la señal de que el Señor quiere morar en esta casa.

Un profundo respeto invade el corazón de todos al notar la presencia de Dios.

Salomón hizo también construir una sillería elevada, una especie de púlpito. Allí sube el joven rey, extiende sus manos al cielo y ora. Se ha hecho un profundo silencio y todos escuchan la oración del rey.

Salomón pide al Señor que se digne habitar en este edificio a Él dedicado y que escuche las súplicas que desde este templo se eleven a Él.

El rey sabe bien que el pueblo de Israel pecará muchas veces y que vendrán castigos. Los enemigos invadirán el pueblo y devastarán sus campos, habrá enfermedades, las cosechas fallarán y habrá hambre en el pueblo.

Señor –ora humildemente– si tu pueblo se arrepiente de sus pecados y confiesa, si vienen a este templo a suplicarte salvación y liberación, escúchalos, perdona los pecados de este pueblo.

Sus palabras son solemnes y el pueblo está emocionado y conmovido.

No voy a escribir la oración que Salomón pronunció, podéis leerla en la Biblia: 1 Reyes 8 y 2 Crónicas 6.

¿Cómo oráis vosotros jóvenes? ¿Pensáis seriamente en las palabras que decís? Muchas veces se repiten palabras sin sentido y eso no es orar, Dios no puede escucharlas. Cuando oramos hablamos con un Dios santo y justo. Pedid al Señor que os enseñe a orar.

Salomón ora con respeto y seriedad. Terminada la oración se prepara todo para el primer sacrificio. Se pone la leña sobre el gran altar, se mata la víctima y se coloca sobre la leña; después los sacerdotes van a encender la leña, pero una ráfaga de fuego desciende del cielo y la víctima es quemada.

Es la señal de que Dios ha escuchado la oración de Salomón, pues el mismo Señor es quien ha encendido el primer holocausto. Dios ha santificado esta casa para su servicio.

Es lo mismo que había sucedido cuando se inauguró el tabernáculo en el desierto. ¿Lo recordáis?

Salomón sacrificó veintidós mil vacas y ciento veinte mil ovejas.

Durante quince días los israelitas celebran fiesta al Señor, terminada la cual Salomón bendice al pueblo y les permite volver a sus casas. Todos regresan alegres y agradecidos porque el Señor les ha bendecido abundantemente. La gratitud llena sus corazones, pero también la vergüenza, porque se dan cuenta de que no merecían estas bendiciones.

Vosotros también sois bendecidos por el Señor. ¿Os mostráis agradecidos? ¿Dais la honra y el honor al Señor por ello? Tampoco vosotros habéis merecido estas bendiciones. Nadie de nosotros es digno de la más mínima bendición, no lo olvidéis nunca.

Capítulo 82

LA REINA DE SABÁ

1 Reyes 10:1-13

2 Crónicas 9:1-12

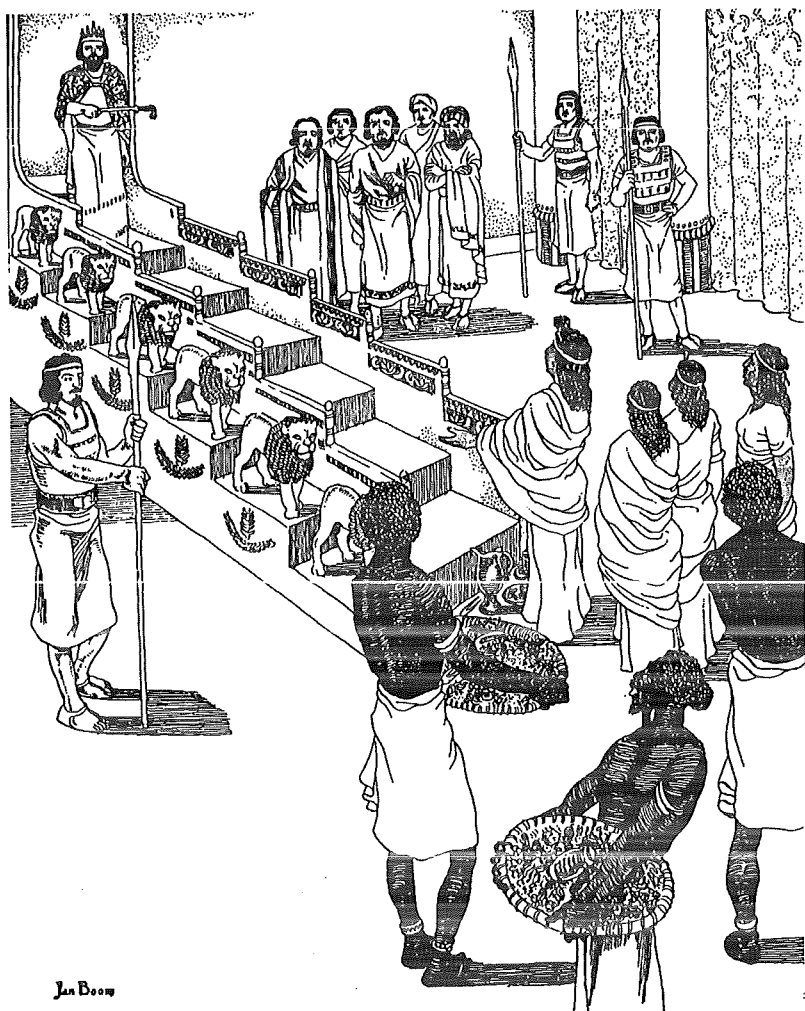
Cierto día gran número de extranjeros pasan por una de las numerosas puertas de Jerusalén. Los israelitas miran sorprendidos la comitiva, compuesta de camellos muy cargados, soldados armados con brillantes espadas y lanzas y cortesanos ricamente ataviados. Es todo un desfile de riqueza y boato. Los ciudadanos de Jerusalén se quedan atónitos mirándolos.

¿Quiénes son estos extranjeros? ¿De dónde vienen? ¿Qué les trae a Jerusalén?

Por sus ropas, cubiertas de polvo del desierto, puede verse que aquellos extranjeros han realizado un largo viaje. En medio de la comitiva marcha una hermosa carroza y en ella va una mujer, es la reina de Sabá, país situado en el extremo sur de Arabia. Con ella van sus amigos y amigas, sus cortesanos y los soldados que deben velar por su protección durante tan largo y peligroso viaje, ya que han tenido que atravesar vastos desiertos. Han llegado al objetivo final de su viaje, Jerusalén.

¿Por qué viene la reina de Sabá a la capital del reino de Israel?

En su país ha sabido, por medio de viajeros y comerciantes, que en un lejano país del norte existe un rey muy rico y muy sabio, tan sabio que nadie puede igualarle. Al principio ha



Jan Boon

Salomón recibe a la reina de Sabá

reído incrédulamente, pero se lo han repetido tantas veces que ha comenzado a dudar. No cree que sea posible, es algo increíble. Ella es muy rica, pero parece que todas sus riquezas no son ni comparables con las de ese rey del norte. Ella misma quiere cerciorarse de si es verdad o se trata de una exageración. Quiere comprobarlo por sí misma y para ello organiza un viaje.

Hace los preparativos para tan largo viaje y se lleva consigo lo mejor de su país: deliciosos frutos, aromáticas especias, diamantes, brillantes y perlas, así como oro en abundancia. Demostrará de este modo su riqueza.

Todo lo trae como regalo a ese poderoso, rico y sabio rey del que tanto ha oído hablar. El viaje ha sido muy largo, pero arde en curiosidad por conocer a ese rey. Ya está en Jerusalén y pronto podrá comprobarlo todo. Su carroza se detiene ante el palacio real, el palacio de Salomón. No es el palacio de cedro que Hiram hizo construir para David. Salomón ha hecho edificar un palacio más grande y más hermoso aún. Su construcción ha durado tres años.

La reina de Sabá entra en tan magnífico palacio. Lleva unos vestidos preciosos, pero comprueba que los criados y cortesanos de Salomón van ataviados con espléndidos vestidos. Mira con sorpresa a su alrededor y ve que hay gran riqueza y hermosura. Desde luego sus cortesanos no visten tan magníficamente.

Salomón se muestra amable y cortés con ella. Está cansada tras un viaje tan largo y tiene sed, pero no hay ningún problema; en el palacio de Salomón hay abundancia de todo, se le sirve el vino más exquisito en una copa de oro. Es invitada a la mesa de Salomón. Las fuentes, platos, cubiertos, copas, todo es de oro.

En los días siguientes Salomón le enseña todo, también el magnífico templo; ella no puede entrar dentro del templo, pero lo ve todo desde fuera. Salomón ha hecho construir un hermoso corredor desde el palacio real hasta el templo.

También le muestra el palacio que ha construido para su esposa, la hija de Faraón, rey de Egipto. Le muestra su arsenal; en él hay colgados trescientos escudos de oro que mandó construir para que sus criados los lleven en ocasiones especia-

les. La reina de Sabá visita todos los edificios que Salomón ha ordenado construir y también visita las caballerizas. Salomón tiene muchos caballos, pues dispone de doce mil jinetes. Visita las cocheras donde guardan los catorce mil carros que posee Salomón. También el rey le muestra sus tesoros, todo su oro, plata, sus perlas y diamantes.

La reina asombrada exclama:

— Toda esa riqueza es mucho más grande de cuanto se me había dicho.

Cientos de criados están al servicio de Salomón. En un día se matan treinta vacas y cien ovejas para él, sus mujeres, hijos y criados, aparte de la caza que se consume.

Para preparar el pan diario son necesarios sesenta hectólitros de flor de harina y ciento veinte hectólitros de harina. Quizás parezca una exageración, pero es así, está escrito en la Palabra de Dios y ella no miente.

Es costoso el mantenimiento del palacio, pero cada año Salomón recibe seiscientos sesenta y seis talentos de oro. Eso significaba aproximadamente unos veintidós mil kilos de oro al año.

Es casi imposible describir la pompa y la riqueza de Salomón, no es de extrañar, por tanto, que la reina de Sabá se quedara sorprendida.

También quedó sorprendida por la sabiduría de Salomón, pues todas sus preguntas fueron contestadas, parecía como si Salomón lo supiera todo. Ninguna de sus preguntas quedó sin respuesta.

Por fin la reina emprende el viaje de regreso y lleva con ella numerosas riquezas que le ha regalado Salomón, pues le ha dado todo cuanto ella ha pedido y más. Regresa a su país con el corazón lleno de respeto y aprecio por el sabio rey Salomón.

¿Habrás sentido en su corazón también respeto por el Dios de Salomón...?

1 Reyes 10:14-29

2 Crónicas 8 y 9:13-28

Durante muchos años Salomón ha reinado en tranquilidad y prosperidad. No había enemigos que se atrevieran a molestar a Israel. No tuvo ocasión de realizar ni una sola guerra. Por ello es conocido como el «príncipe de la paz».

Por todas partes ha ordenado construir magníficos edificios, ha embellecido Jerusalén; todo lo que le gustó a Salomón lo mandó construir. Hizo construir un magnífico trono de marfil, extraído de los colmillos de los elefantes. Para acceder a ese trono había que subir seis gradas a cuyos lados había leones, dos sobre cada grada, es decir, seis leones a cada lado de la escalera; y esos leones eran de oro.

También hizo construir naves, pero como los israelitas no eran buenos marineros contrató marineros al rey Hiram, ya que éstos eran muy diestros en el oficio del mar.

Estas naves transportaban oro, diamantes, piedras preciosas, madera desde otros países hasta Israel. ¿Plata también? No, el rey Salomón no quería plata, no era bastante hermosa para él; todo lo que hizo era de oro, la plata no era de su agrado.

En la Biblia tenemos tres libros escritos por el rey Salomón, que son: Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares. No lo olvidéis.

Más tarde, del pueblo de Israel, de los descendientes de David y Salomón, nació otro Rey, un Rey mucho más sabio y glorioso que Salomón, el Señor Jesús. Él es el gran Salomón, el Príncipe de la Paz. Salomón es un símbolo de Jesucristo.

Jerusalén, la ciudad de Salomón, era hermosa, pero la Jerusalén celestial, ciudad del Príncipe celestial de la Paz, es aún mucho más hermosa. La Jerusalén celestial es el cielo. En el libro de Apocalipsis nos habla el Señor de la Jerusalén celestial, por medio de San Juan.

En esta ciudad celestial hay calles de oro, tiene doce puertas y cada puerta es una perla. No necesita sol ni luna. Las puertas de la Jerusalén terrestre se cerraban por la noche, pero en la Jerusalén celestial nunca serán cerradas, porque allí nunca

habrá noche, porque Dios mismo será el sol, Dios mismo será la Luz.

En la Jerusalén terrenal cada día moría alguien, reinaba el luto, la tristeza, pero en el cielo, en la nueva Jerusalén, no habrá más muerte, ni luto, ni tristeza porque reinarán la alegría y la satisfacción.

Gran felicidad disfrutarán los hombres que puedan morar por siempre en esa nueva Jerusalén. ¿Queréis vosotros estar también en ella?

¿Sabéis quiénes no podrán entrar...? Los hombres inconversos. Esa nueva Jerusalén es para el pueblo de Dios, para sus elegidos, que estarán siempre alegres cantando las glorias del Señor. Es una felicidad para el pueblo de Dios. ¿No deseáis llegar a ella?

Jóvenes, el diablo nos engaña, nos promete mucho, pero no da nada. El Señor no nos engaña jamás. El Señor es fiel.

Capítulo 83

== LA DIVISIÓN DEL REINO ==

1 Reyes 11:1-3

Cerca de Jerusalén está el monte de los Olivos, más tarde volveréis a oír de él.

Vayamos con nuestro pensamiento a este monte de los Olivos, subamos a su cima y miremos a nuestro alrededor. Ante nosotros se presenta la hermosa ciudad de Jerusalén construida por David y Salomón; sus piedras grandes y blancas reflejan la luz del sol. Es muy hermoso.

Circundando a Jerusalén está la muralla para proteger la ciudad de los enemigos. Las puertas están abiertas. El camino serpentea hacia abajo; en el valle corre un riachuelo que es el arroyo de Cedrón; en sus riberas crecen muchos árboles y las laderas del monte están cubiertas de arbustos. Por entre los árboles sube humo, ¿qué ocurre?

Allá vemos un templo y de él salen nubes de humo. ¿Acaso Salomón ha ordenado construir un segundo templo? Hay varios templos en los alrededores, pero no son templos para el servicio del Señor, son templos de ídolos. Sí, jóvenes, templos de ídolos.

Como recordaréis Salomón estaba casado con la hija de Faraón, rey de Egipto. Era su primera esposa, pero no la única pues desgraciadamente Salomón ha tomado más esposas hasta llegar a tener mil mujeres. No todas eran israelitas, entre

ellas había muchas mujeres extranjeras y paganas, hijas de reyes vecinos. De Moab, Amón, Edom, de todas partes hizo traer mujeres. En aquellos tiempos era un gran honor; cuantas más mujeres tenía un rey, más poderoso era considerado y Salomón cayó en este error.

Aquellas mujeres paganas servían a sus ídolos y no los quisieron abandonar. De esta forma introdujeron esa religión pagana en Israel. Pidieron a Salomón que construyera templos para sus ídolos, no necesitaban un gran templo, se conformaban con un templo pequeño.

Salomón terminó accediendo a sus ruegos y no dejó que se construyeran en Jerusalén, pero sí permitió que se construyeran en otros lugares. Sus mujeres estaban satisfechas, habían logrado lo que deseaban.

Salomón ha hecho mal uso de las riquezas que Dios le dio, ha abusado del oro y él es el causante de que la idolatría se introduzca en Israel.

Ésos son los templos que podemos contemplar desde el monte de los Olivos. Un pequeño grupo de hombres se acerca a uno de estos templos, al frente va Salomón. ¿Salomón...? ¿El rey tan sabio e inteligente también acude a esos templos idolátricos? ¿Es posible...?

Salomón no puede acudir a esos templos y, sin embargo, lo hace.

Sus mujeres le han pedido que las acompañe aunque sólo sea una vez y al final Salomón lo ha consentido.

Ahora le vemos al frente de ese pequeño grupo de hombres y cómo se adelanta y entra en el templo, en el cual hay estatuas de piedra y madera.

Cuando los sacerdotes paganos sacrifican sus ofrendas y las queman Salomón también se arrodilla. Sabe que no debe hacerlo, que es abominación al Señor, pero... ama tanto a sus mujeres que no quiere disgustarlas. No puede soportar la idea de que se enfaden con él y consiente.

Cuando era joven doblaba sus rodillas solamente ante el Dios vivo, ahora con el pelo canoso doblaba sus rodillas ante los ídolos mudos. Es verdad que no lo hace sinceramente, sólo para complacer a sus mujeres, pero... Por otra parte también

acude al templo del Señor y allí sinceramente se doblega ante el Dios del cielo y de la tierra. Sirve a dos señores, al Señor y a los ídolos. Eso no puede hacerse, el Señor quiere recibir solamente todo el honor y la gloria.

No es extraño que el Señor se enoje con Salomón, ya que Dios no puede ser burlado.

1 Reyes 11:26-40

Un joven fuerte y robusto sale, con paso rápido, de la ciudad de Jerusalén. En la lejanía un anciano se acerca, le conoce muy bien es el viejo profeta. Los dos se van aproximando, se acercan, el anciano se detiene tiene un manto nuevo. Se lo quita y lo rompe en doce trozos diciendo:

–Toma diez de estos trozos.

Parece extravagante. ¿Qué quiere decir con eso?

El joven es Jeroboam, varón valiente de Efraim, fuerte y robusto. Salomón se ha fijado en él y viendo que era activo le ha nombrado capataz sobre los hombres de la tribu. Era un gran honor para Jeroboam, por ello no debe extrañarnos que salga de Jerusalén con tanta rapidez.

El anciano es Ahías el profeta y trae un mensaje del Señor para Jeroboam. Jeroboam será rey, pero deberá esperar a que Salomón haya muerto.

Éste es el motivo por el que Ahías ha dividido su manto en doce partes. Cada trozo indica una de las tribus, ya sabéis que Israel estaba formado por doce tribus. Jeroboam será rey sobre diez tribus y sobre las otras dos será el hijo de Salomón. Dos tribus, por tanto, quedarán fieles a la casa de David.

–Pero ten presente –le advierte Ahías– que ésto sucederá después de la muerte de Salomón. Por tanto no digas nada de ello.

Es el castigo del Señor a causa de la idolatría de Salomón. El reino de Israel se dividirá en dos y Jeroboam será rey sobre la mayor parte.

Ahías sigue su camino y Jeroboam continúa meditando sobre lo que ha oído. Sin embargo, Jeroboam no puede callar, lo cuenta a alguien y pronto llega a oídos de Salomón. Es verdad que Salomón ya lo sabía porque el Señor se lo había revelado, pero no le había dicho el nombre del nuevo rey.

Ahora ya conoce que el nuevo rey será Jeroboam e intenta matarle y éste tiene que huir para salvar su vida. Jeroboam huye a Egipto y allí el Faraón le ayuda y le permite vivir en Egipto.

1 Reyes 11:41-43

2 Crónicas 9:29-31

Salomón ha muerto. Al final de su vida ha sufrido mucho. Han aparecido países enemigos que se han atrevido a rebelarse contra él y todo ha sido por su propia culpa.

Sin embargo, Salomón no ha muerto como un idólatra ya que el Señor lo ha impedido; pues al final de sus días se ha arrepentido de su idolatría. Tampoco podía morir como un idólatra ya que Salomón en su juventud recibió un corazón nuevo. Es verdad que por mucho tiempo ha abandonado al Señor, pero el Señor le ha conducido al buen camino. Después de su muerte Salomón ha entrado en la gloria, en la Jerusalén celestial, la ciudad del Príncipe celestial de la Paz.

El reinado de Salomón ha durado cuarenta años y al final de su vida escribió el libro de «Eclesiastés». Leedlo y allí podréis ver cómo deplora su idolatría.

1 Reyes 12:1-24

2 Crónicas 10 y 11:1-4

A la muerte de Salomón debe proclamarse un nuevo rey. Cuando Salomón fue ungido rey, el pueblo le aclamó tan fuertemente que la tierra parecía que se hundía.

Ahora es proclamado rey su hijo Roboam. Los habitantes de Jerusalén no están tan alegres y en esta ocasión no se oyen gritos de alegría, ni clamores, no hay nada especial. La capital está tranquila.

Un carro abandona la ciudad de Jerusalén, sobre él va en pie Roboam; su rostro tiene una expresión seria y grave. Va hacia la ciudad de Siquem, en el territorio de la tribu de Efraim. ¿Cuál es la causa de su viaje...?

Cuando llega a la ciudad de Siquem hay mucha gente, reina una gran animación. Miles de israelitas están allí concentrados. Roboam les pregunta qué es lo que quieren.

Un joven se adelanta y habla en nombre de todo el pueblo. Es Jeroboam. Sí, estaba en Egipto, pero a la muerte de Salomón regresó sin tardanza a su país. Es el que habla:

—Rey y Señor, te lo diré con toda sinceridad. Hemos tenido que trabajar mucho para tu padre, hemos tenido que pagar muchos impuestos. Ha sido demasiado gravoso para nosotros. Alivia nuestras cargas.

Se hace un profundo silencio, todos esperan la respuesta de Roboam. Éste, reflexionando, dice:

—No puedo contestaros ahora. Debo pensar tranquilamente en ello. Volved dentro de tres días y os daré la respuesta.

Todos están conformes, esperarán tres días. La respuesta de Roboam ha sido inteligente.

¿Hacéis vosotros lo mismo cuando estáis en dificultades? Si es así, esperar un tiempo, reflexionad y pedid consejo a otros.

Roboam así lo hace. Primero acude a los ancianos que siempre aconsejaron a su padre y que aprendieron mucho de la sabiduría de Salomón.

—¿Qué debo hacer? —les pregunta.

—Habla al pueblo con amabilidad —le aconsejan. Sé indulgente con ellos y trata de conseguir su simpatía y así te obedecerán.

Es un consejo muy sabio.

—Un momento —piensa Roboam— pediré también consejo a mis amigos, a mis jóvenes consejeros. Quiere saber lo que ellos piensan.

Éstos le dicen:

—¿Que quieres ser indulgente con el pueblo? ¡No se te ocurra

jamás! Debes demostrar que el rey eres tú. No has de tener miedo y debes demostrarles que no les temes.

Roboam es de la misma opinión. No deben creer que pueden jugar conmigo. Tres días después el pueblo vuelve.

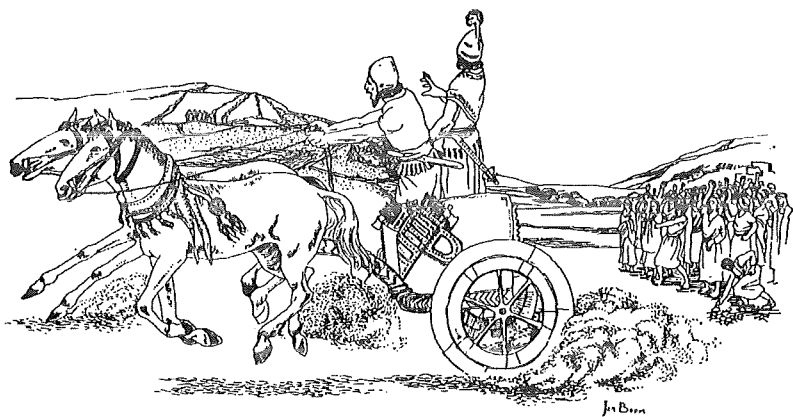
–Os quejáis de mi padre, ¿verdad? –dice en tono insultante. Pues bien, yo os haré trabajar aún más. Os aumentaré los impuestos. Soy el que mando y no vosotros.

Después de un corto silencio, un griterío ensordecedor sale del pueblo. Todos están furiosos.

–No te reconoceremos como rey –gritan con ira– elegiremos a otro rey. No queremos saber nada de ti.

Estalla una peligrosa rebelión. Todos se dispersan encolerizados.

Roboam se asusta cuando ve este tumulto, no lo esperaba. Trata de remediarlo y para ello envía a Adoram, el recaudador de impuestos de Salomón, para que él hable al pueblo. Es un error más, puesto que los israelitas no pueden ver a Adoram y cuando éste se presentó ante ellos le apedrearon. Roboam se da cuenta de que la situación en Siquem es peligrosa para él, no se atreve a hablar al pueblo y debe tratar de marcharse lo antes



Roboam huye a Jerusalén

posible antes de que sea demasiado tarde. Sube a su carro y huye hacia Jersalén. Los habitantes de las tribus de Judá y Benjamín quedan fieles a Roboam, no se suman a la rebelión.

Roboam los convoca a la lucha. Reúne un ejército con el que quiere castigar a los rebeldes, pero entonces un profeta sale al encuentro y le dice:

–No debes hacerlo, señor. El Señor no te defiende. Ha sido Él quien ha dirigido todo de esta manera. Roboam escucha al profeta le hace caso y se vuelve a Jerusalén.

Las diez tribus que se han rebelado contra Roboam proclaman rey a Jeroboam. Ahora hay dos reyes en Israel: Jeroboam, que reina sobre diez tribus en Siquem, y Roboam, que reina sobre dos tribus en Jerusalén.

La palabra del viejo profeta Ahías se ha cumplido.

Capítulo 84

JEROBOAM

1 Reyes 12:25-33

Jeroboam, el nuevo rey que gobierna las diez tribus, se pasea a grandes pasos en una habitación de su palacio real. Su frente está surcada por profundas arrugas, su rostro expresa la tristeza.

—Imposible—está murmurando— las cosas están tomando un mal derrotero. No me atrevo a actuar.

Jeroboam está en apuros. Es cierto que todo se había desarrollado muy favorablemente; el pueblo no ha querido reconocer a Roboam, hijo de Salomón, como rey y han elegido a Jeroboam, varón joven y valiente. Todos le obedecen. Han elegido Siquem como capital del reino. Dispone de diez tribus, en tanto que Roboam sólo cuenta con dos. Sin embargo, Jeroboam no está satisfecho. La idea de que las cosas tomen otro rumbo le hace tener miedo. ¿Por qué? Porque cuando lleguen las grandes solemnidades, Israel acudirá al templo y el templo está precisamente en Jerusalén. Es el centro del reino y allí está el arca y los sacerdotes del Señor. Este pensamiento le atormenta, porque también los israelitas de su reino irán a Jerusalén y allí volverán a contemplar toda esa pompa y la riqueza que pertenecía a Salomón.

Jeroboam desea que los israelitas de su reino se olviden de Jerusalén, pero de esta forma no podrán olvidar nunca, quizás

un día se arrepentirán de haber rechazado como rey a Roboam y entonces le expulsarán a él. Jeroboam está pensando en ello y trata de encontrar la forma de poder impedirlo... Estaba temeroso de algo que no iba a suceder, ya que había sido el Señor quien lo había preparado. Jeroboam debería haber tenido confianza en la omnipotencia de Dios, tenía que fiarse del Señor, necesitaba tener fe y confianza. Pero era un rey inconverso y no confió en el Señor. Le parecía más eficaz cuidar él mismo de sus asuntos.

Ahora está pensando y meditando. No debe permitir que Israel vaya a Jerusalén. De repente una idea atraviesa por su mente. Sí, lo hará; de esta forma desaparecerán todos sus temores. Hará construir unos nuevos santuarios. Rápidamente da las órdenes oportunas.

Cerca del límite en Judá está situado el pueblo de Bet-el. Hace muchos siglos, en este lugar, Jacob tuvo un hermoso sueño, una escalera llegaba hasta el cielo y los ángeles subían y bajaban por ella.

Bet-el significa: «Casa de Dios». En este lugar Jeroboam hace construir un becerro de oro y un altar. Sin embargo, su reino es tan grande que un solo santuario no será suficiente. Tratará de que la solución sea cómoda para los israelitas.

En el norte está ubicada la ciudad de Dan y allí manda edificar otro santuario con un altar y un becerro de oro, así los que viven en el norte podrán acudir a Dan y el resto del pueblo a Bet-el y no tendrán necesidad de hacer grandes desplazamientos.

Para estos santuarios necesita sacerdotes. En su reino viven muchos sacerdotes y levitas, pero éstos se niegan a realizar sacrificios en los nuevos altares porque desean permanecer fieles al Señor.

Entonces Jeroboam nombra sacerdotes de todas las tribus sin mirar su condición. Los verdaderos sacerdotes abandonaron el reino de Jeroboam y marcharon al reino de Roboam.

Con su actuación Jeroboam ha enojado al Señor, ha emprendido un mal camino, no se ha fiado del Señor.

1 Reyes 13:1-11

En la ciudad de Bet-el miles de israelitas están reunidos cerca del nuevo santuario. El becerro de oro resplandece a la luz del sol. Ante el altar se encuentra el rey. El becerro de oro va a ser inaugurado.

La Fiesta de los Tabernáculos se celebraba en el décimo quinto día del séptimo mes. Jeroboam introduce una nueva fiesta que no se celebra en el séptimo mes sino en el día quince del octavo mes. Jeroboam trata de servir al Señor a su propia manera. Él mismo llevará a cabo el primer sacrificio. Es una nueva provocación ya que solamente los sacerdotes pueden hacerlo. Pero no le importa, él lo hace.

En medio de la reunión se produce un silencio profundo cuando un hombre avanza por entre la multitud y poco después se para ante el altar. Nadie le conoce, es un extranjero.

Extendiendo su brazo dice:

–Altar, altar, un día vendrá un hijo de David llamado Josías y quemará los huesos de los nuevos sacerdotes sobre ti.

Todos quedan sorprendidos y miran con asombro al extranjero. Es un profeta de Judá a quien el Señor ha enviado a Bet-el para que advierta a Jeroboam. Pero éste no escucha, en lugar de inclinar su cabeza y confesar sus pecados se enfada y ordena que prendan al profeta. De pronto queda asustado, su brazo ha quedado rígido e inmóvil y no puede acercarlo a su cuerpo. Aún sucede algo más, con gran crujido el nuevo altar se abre en dos y el sacrificio cae dentro.

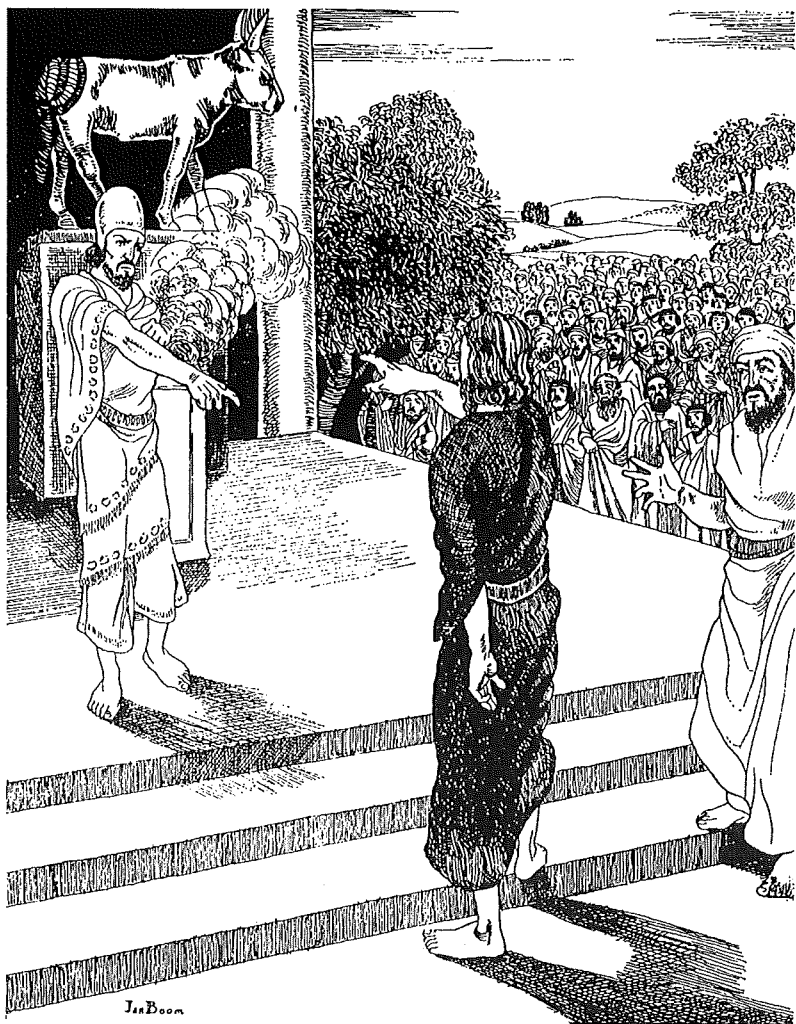
Jeroboam se asusta.

–Pide al Señor que se digne sanarme –suplica al profeta, mientras tiembla de miedo.

El profeta obedece y el Señor atiende su ruego y el brazo de Jeroboam queda restaurado.

Jeroboam da un suspiro de alivio, pero ésta es una segunda advertencia para él. El Señor le muestra con claridad y poder que nadie puede burlarse de Él.

–¿Me acompañas a palacio? –pregunta el rey al profeta de Judá. Puedes comer conmigo y te daré un regalo.



*Un profeta de Judá
amonesta a Jeroboam junto al altar de oro*

Finge ser un buen amigo del profeta, pero lo hace para que lo vea el pueblo. Pero el profeta rechaza cortésmente la invitación.

–No, no puedo comer nada en este país –responde– debo volver cuanto antes a mi propio país.

Se marcha y respetuosamente la muchedumbre le abre paso. Cuando desaparece, la multitud que se ha reunido para celebrar la fiesta regresa a sus casas y van discutiendo por el camino lo que ha sucedido.

1 Reyes 13:12-32

Hace calor, los campos están agostados; a la sombra de un alcornoque un hombre descansa, está cansado y tiene sed. Es el profeta de Judá que vuelve a su país por un camino distinto, tal como le ha ordenado el Señor. Se sobresalta porque un anciano se ha acercado a él sin darse cuenta.

–¿Eres tú el profeta de Judá? –le pregunta.

–Sí –responde con sorpresa.

–Vengo a buscarte –dice el anciano amablemente. Estás cansado y tienes mucha sed. Ven conmigo para que puedas comer, beber y descansar en mi casa.

–No puedo hacerlo –repite el profeta–, el Señor me lo ha prohibido.

El anciano mueve negativamente la cabeza.

–Escucha –dice– yo también soy profeta y un ángel me ha enviado a buscarte. He recibido un mensaje del Señor para que me acompañes.

Sorprendido el profeta mira al anciano, ¿será verdad? Como está muy cansado el profeta cree al anciano, se levanta y le acompaña hasta Bet-el. Debería haber consultado al Señor, pero no lo hace y es una lástima porque aquel anciano le está mintiendo, no es verdad lo que le ha dicho.

¿Por qué este anciano engaña al profeta? Trataré de explicarlo. Los hijos de este anciano estaban en la fiesta de Bet-el y cuando volvieron a casa narraron lo ocurrido. Su padre había escuchado

en silencio la narración. Comprende que lo que ha hecho aquel profeta de Judá debería haberlo hecho él, debería haber prevenido a Jeroboam y a los habitantes de Bet-el pero no lo hizo, no se atrevió a hacerlo e, incluso, había permitido a sus propios hijos que asistieran a la fiesta.

Muestra deseos de encontrar al profeta de Judá y hablar tranquilamente con él. Sus hijos le indican el camino que ha tomado y sin tardanza el anciano toma su asno y va tras el profeta. Cuando ve que el profeta no quiere acompañarle porque el Señor se lo ha prohibido, entonces le engaña. Poco después los dos están sentados en la mesa y entonces el anciano le dice:

–Por haber desobedecido la orden del Señor, no volverás vivo a tu país. No podías comer ni beber aquí y sin embargo lo has hecho, por ello morirás.

El profeta de Judá se marcha, poco después unos hombres asustados entran en Bet-el y dicen:

En el camino hay un hombre muerto y un león está a su lado.

Cuando el anciano lo oye, dice:

–Es el profeta de Judá.

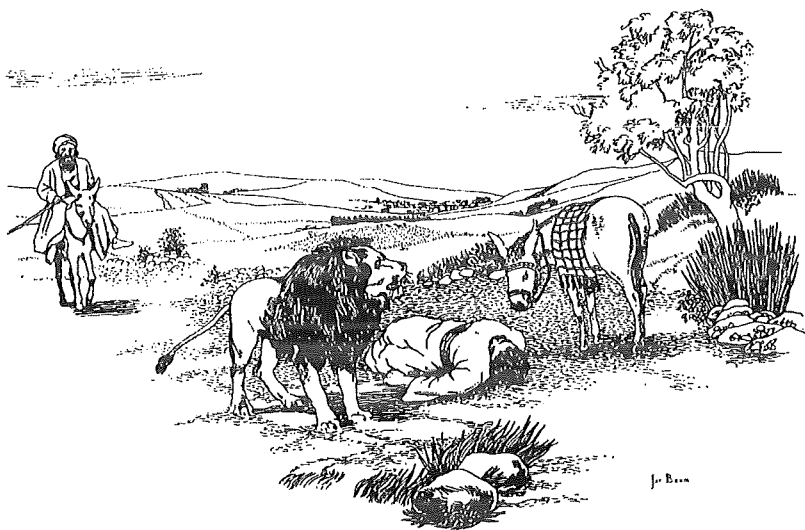
Acude al lugar y allí está, un león lo ha matado, pero no lo ha comido, el asno del profeta está vivo. Toma el cadáver, lo pone sobre el asno, lo trae a Bet-el y lo entierra.

–Acordaos -dice a sus hijos- que cuando yo muera debo ser enterrado en la misma sepultura, porque lo que ha dicho este profeta ciertamente que sucederá.

Los habitantes de Bet-el podían darse cuenta de que el Señor castiga el pecado. También el pueblo del Señor es castigado si abandona los caminos del Señor. Lo hemos visto con David y Salomón, ¿recordáis?

Esta historia no es sólo para los habitantes de Bet-el, es también una advertencia para nosotros.

Jóvenes, el pecado es castigado. Orad mucho al Señor para que os guarde del pecado, que os libre de pecar; porque Dios es justo, no lo olvidéis.



El profeta de Judá matado por el león

1 Reyes 13:33-4

1 Reyes 14:1-20

Una mujer sale del palacio real a toda prisa, sus ojos están rojos por el llanto, su rostro húmedo por las lágrimas. Se dirige rápidamente hacia Silo, pueblo donde antes estuvo el tabernáculo. Es la esposa de Jeroboam el rey de Israel.

¿Por qué llora, por qué está tan triste...?

Su hijo está gravemente enfermo; su hijo mayor, Abías, está luchando con la muerte. Es el castigo por la idolatría de Jeroboam, que no ha querido escuchar las advertencias del Señor. No ha destruido los becerros de oro de Dan y Bet-el que todavía continúan en los santuarios. Ahora, su hijo mayor, el príncipe heredero, que un día le sucederá en el trono, está enfermo. En el palacio real reinan la angustia y el temor.

Jeroboam ya no vive en Siquem, se ha trasladado a Tirsa, un pueblo situado cerca de Siquem.

Abías está enfermo, gravemente enfermo. Es un muchacho simpático y tranquilo. Es un joven que teme al Señor. Jeroboam y su esposa están angustiados.

—Ve a Ahías, el viejo profeta que me ungió como rey sobre las diez tribus—dice Jeroboam a su mujer. Él no se atreve a ir, porque tiene miedo de que Ahías le castigue por sus pecados.

Su mujer se disfraza para que nadie la reconozca y ahora está camino de la casa de Ahías en Silo. No era necesario que se disfrazara pues el viejo profeta no la reconocería ya que es muy viejo y además está ciego.

La reina entra en su casa.

—Entra, mujer de Jeroboam—le dice el viejo profeta.

¿La ha reconocido? ¿Cómo...? No, ha sido el Señor quien se lo ha revelado, Ahías tiene un mensaje terrible para ella. Su hijo morirá, ya no le verá vivo. Todos los demás hijos de Jeroboam, toda la familia será asesinada y sus cadáveres comidos por las fieras y las aves rapaces. Nadie de ellos será enterrado a excepción de Abías porque es un joven que ha recibido un corazón nuevo del Señor. Otro rey gobernará en lugar de Jeroboam, porque éste ha abandonado al Señor.

¿Por qué Jeroboam es castigado tan severamente...?

Porque el rey ha ordenado construir dos becerros de oro en Dan y Bet-el. Él es el culpable de que Israel no camine por las sendas del Señor. Él es el culpable de que Israel haya abandonado el culto del Señor. Él, como rey, ha dado a Israel un mal ejemplo.

El Señor le había advertido varias veces, pero no quiso escuchar. Ahora tiene el castigo y éste es muy severo.

Pálida, con las piernas temblorosas, la reina abandona la casa de Ahías y corre hacia el palacio; cuando llega es demasiado tarde, su hijo acaba de morir. Llorando amargamente besa a su hijo, que parece como si estuviera dormido; Abías ha entrado en la gloria celestial. El Señor se lo ha llevado antes de que llegara el castigo; el Señor ha querido librarle del castigo y no ha visto la ruina de su familia. Todo el pueblo se aflige por la muerte del príncipe heredero, sobre todo los israelitas que temen al Señor.



La mujer de Jeroboam acude al profeta Ahías

Abías tiene un entierro real, miles le acompañan al sepulcro. Su cuerpo queda en la tierra hasta el día del juicio final.

Veintidós años reina Jeroboam sobre las diez tribus. No ha existido una gran prosperidad en su vida, porque la maldición del Señor ha estado sobre él. El Señor le ha castigado muy severamente, una desgracia sobre otra. Ha sufrido mucho.

Muchos israelitas dejaron el país para marcharse a Judá; sobre todo el pueblo de Dios que no podía resistir más se fue.

Un día ha tenido que emprender una espantosa guerra. Más tarde hablaremos de ello, cuando hablemos de los reyes de Judá.

Recordad sólo una cosa: en un solo día cayeron quinientos mil soldados de su ejército, medio millón. Era una guerra contra el rey de Judá que se llamó Abías. En el capítulo 100 volveremos sobre ello.

Jeroboam murió y tuvo que presentarse ante Dios para dar cuenta de todo lo que había hecho.

Jeroboam acabó mal, muy mal. No quiso escuchar las numerosas llamadas del Señor. El Señor nos previene igualmente a nosotros contra el pecado. Cada día llegan a nosotros las llamadas del Señor. También para nosotros llegará el día en que tengamos que presentarnos ante el Señor, quizás pronto, no lo sabemos. ¿Cómo acabará todo para nosotros...? ¿Cuál será nuestro fin...?

Abandonad el pecado y vivid en las sendas del Señor. Pues el Señor conoce la senda de los justos, pero la senda de los impíos perecerá, lo podemos ver con Jeroboam.

Capítulo 85

EL PROFETA ELÍAS

1 Reyes 17:1-5

Hace calor en Samaria, capital del reino de las diez tribus donde el sol resplandece y abrasa las casas y no se ve a nadie por las calles. Sí, por allí camina un hombre que va vestido con un manto de hilo de camello y entra en una hermosa casa, que parece un palacio; allí vive el rey. Éste mira con sorpresa al hombre que va tan modestamente vestido. Es un extraño para él, no le ha visto nunca.

¿Qué quiere ese hombre? ¿Quién es...?

Es Elías, tisbita. Nació en el pueblo de Tisbe, situado a la otra parte del Jordán, en la tierra donde vivían Sehón y Og. Elías es profeta; profeta del Señor.

Sin temor dice:

—Así dice el Señor, Dios de Israel, Habrá una gran sequía. No habrá lluvia, ni rocío en estos años, sino por mi palabra. Es decir, hasta que yo lo diga.

Luego se vuelve y se marcha.

Con gran sorpresa el rey le sigue con la mirada. ¡Qué hombre más extraño y qué mensaje más raro! Quizás el rey ha pensado que aquel extraño está loco, por lo menos no hace caso de lo que ha dicho.

¿Quién es el rey y por qué recibe este mensaje...?

La noticia es terrible y, si sucede, todo se secará y habrá hambre. Si no llueve en la tierra de Canaán será una catástrofe.

1 Reyes 15:25-34

1 Reyes 16:1-28

Posiblemente Acab, rey de Israel, se ha burlado de las palabras de Elías. No conocía al Dios de Israel, pues servía a otro dios, un ídolo. ¿Quién es Acab? Era el séptimo rey de Israel, reino compuesto por las diez tribus. Tal ves os preguntéis: ¿El séptimo? ¿Quiénes fueron los otros? Os lo narraré brevemente.

Después de la muerte de Salomón, su reino fue dividido en dos partes. Roboam reinó sobre Judá y Benjamín, y Jeroboam sobre las diez tribus restantes. En el capítulo anterior se habló de Jeroboam, que reinó durante veintidós años y murió.

Después de su muerte le sucedió su hijo Nadab, que hizo lo mismo que su padre: sirvió a los becerros de oro de Dan y Bet-el. Su reinado fue corto, apenas dos años, siendo asesinado por Baasa, su general, que le sucedió en el trono y mató a todos los descendientes de Jeroboam; no quedó ni un solo familiar de Jeroboam, ni siquiera fueron sepultados y sus cadáveres fueron devorados por las fieras y las aves rapaces. Se cumplía así lo que había predicho el viejo profeta Ahías. Ése fue el castigo por el pecado de Jeroboam.

Baasa fue el tercer rey y reinó durante veinticuatro años, pero también andaba en los mismos caminos que Jeroboam y servía a los becerros de oro de Dan y Bet-el.

Por esta causa el Señor le envió un profeta:

—Porque no quieres servir al Señor, Dios de Israel, el mismo castigo que hirió la casa de Jeroboam te herirá a ti —éste era el mensaje que el profeta le comunicó.

Así sucedió. A la muerte de Baasa, le sucedió en el trono su hijo Ela que reinó sólo dos años. Durante su participación en una fiesta se embriagó y fue asesinado por su criado Zimri que, a su vez, se hizo proclamar rey, pero su reinado duró solamente siete días, una semana exacta. En una semana mató a todos los hijos de Baasa, a toda la familia, no dejó ni uno solo. Ninguno de ellos fue sepultado. El mismo castigo que recibió Jeroboam, cayó también sobre Baasa. Se cumplía así la palabra del Señor.

–Bien –pensaba Zimri–, ahora yo soy el rey, yo sólo soy el que mando.

Pero los israelitas se negaron a aceptar a Zimri como rey y proclamaron rey a Omri, su general.

Omri, el nuevo rey, marchó sobre Tirsa donde vivía el rey de Israel, y luchó comtra Zimri. Cuando Zimri se dio cuenta de que no podía ganar la lucha incendió el palacio real y se quedó dentro de forma que fue quemado vivo, se suicidó.

Omri era rey, pero no tenía palacio ya que éste había sido incendiado por Zimri. Entonces Omri compró un monte y sobre ese monte edificó la ciudad de Samaria, que sería la nueva capital del reino. Allí se hizo construir un magnífico palacio; Omri era también un rey impío que seguía adorando a los becerros de oro de Dan y Bet-el y fue aún más impío que todos los reyes anteriores. Reinó doce años y murió, sucediéndole su hijo Acab. Ahora, pues, ya sabéis quién es Acab; es hijo de Omri y el séptimo rey de Israel.

1 Reyes 16:29-34

Acab era el rey más impío de todos. No sólo servía a los becerros de Dan y Bet-el, sino que también servía a los ídolos, a los que fue arrastrado por su mujer. Estaba casado con Jezabel, hija del rey de Sidón, país situado al norte del reino de Acab. Las gentes de Sidón eran paganas y servían a Baal, que era su ídolo. Acab se casó con una mujer pagana, lo cual no estaba permitido por el Señor; el Dios de Israel lo había prohibido, pero Acab no hizo caso de la orden del Señor y se portó como si el Dios de Israel no existiera.

Cuando Jezabel vino a vivir a Samaria no quiso servir al Dios de Israel, deseaba continuar sirviendo a su ídolo Baal y lo peor es que los israelitas comenzaran a adorar también a su ídolo. Acab estuvo conforme con ello.

Acab consintió todo lo que su mujer le pedía y en el mismo centro de Samaria hizo edificar un magnífico templo para Baal,

el ídolo de su mujer. Acab se olvidó del Señor, no pensó que el Señor le castigaría por sus pecados. Se desentendió totalmente del Señor. Los israelitas tenían que olvidarse del Señor, tenían que renunciar totalmente al Señor. Jezabel lo quería así y Acab estaba de acuerdo. Pero no tendrían éxito, porque el Señor demostraría que Él vive.

Cierto día pues, el Señor envía al profeta Elías que anuncia al rey el castigo que vendrá sobre Israel. En muchos años no habrá lluvia, ni tampoco caerá el rocío; los campos se secarán, habrá hambre, pobreza, miseria y en el país de los israelitas habrá muerte. El Señor demostrará que Él es el Dios de Israel y que no hay más dios.

Acab y Jezabel se han reído de las palabras de Elías, pero después no se ríen porque ocurre cuanto Elías ha dicho. Durante semanas y meses no llueve, las cosechas se pierden, la hierba se seca, el hambre comienza. Acab se enfada, hace que busquen a Elías por todas partes y le buscan por todo el país, pero no logran encontrarle. ¿Dónde está Elías...?

1 Reyes 17:5-7

El arroyo de Querit, pequeño afluente del Jordán, corre por parajes inhóspitos y solitarios; en ambos márgenes del arroyo se levantan grandes rocas que forman cuevas. Nadie vive por aquellos parajes ya que morían por falta de alimentos.

Sin embargo de una de esas cuevas sale un hombre, es el mismo que entró en el palacio de Acab, es Elías, el profeta.

Por mandato divino ha ido a vivir a este lugar solitario, pues debía esconderse para que Acab no le encontrara.

Ahora Elías vive en este lugar desierto, y muchas veces ora por su pueblo. Está afligido porque su pueblo ha abandonado al Señor, Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Elías no ha llevado alimentos y, por tanto, no podrá estar mucho tiempo en aquel lugar. Pero para el Señor todo es posible. Llega la noche. Elías no ha comido durante todo el día, y tiene



Elías alimentado por los cuervos

hambre. De pronto, unas aves negras se acercan, son cuervos, que traen pan y carne en sus picos y lo depositan junto a Elías.

Elías se sorprende, tiene agua en el arroyo para beber y ahora los cuervos le traen pan y carne. Como sabéis los cuervos son aves rapaces que se alimentan de carne y, sin embargo, no se comen esta carne que es para Elías. ¿De dónde traen los alimentos? No lo sabemos, pues la Biblia no nos lo dice.

El Señor ha enviado a esos seres irracionales para que alimenten a Elías; y lo hacen con toda regularidad, cada mañana y

cada noche traen comida para Elías. No recibe alimentos para almacenar y tener disponibles. No, recibe cada ración a su tiempo, y nada más. Debía tener fe en el cuidado fiel y amoroso del Señor.

Jóvenes, ¿servís y teméis también a ese Dios? Si es así tened la seguridad de que Él también cuidará de vosotros. Dios nunca abandona a sus hijos. Pero debéis servirle, no con la boca, sino con el corazón. El Dios de Elías vive.

Como la sequía seguía, el arroyo de Querit se iba secando poco a poco, Elías se quedaría sin agua y ¿entonces...?

1 Reyes 17:8-24

Cerca de la ciudad de Sidón, donde nació Jezabel, está situado el lugar de Sarepta. Un día una mujer, fuera de la ciudad de Sarepta, anda por el campo buscando ramas secas. Es viuda, su marido ha muerto y ella misma sabe que debe ganarse la vida, además de que tiene un hijo al que ha de cuidar.

En Sidón y sus alrededores tampoco llueve, hay hambre. Esta mujer está angustiada porque ella y su hijo van a morir de hambre, sólo tiene un poco de harina y un poco de aceite; ya solamente le queda para cocer un pan y después todo se habrá acabado, no le queda más. Ha ido a coger unas ramas secas que le servirán para cocer ese pan; con ellas, pues, cocerá su último pan. Después morirán de hambre, por lo que no es de extrañar que esté tan triste.

De pronto se sorprende, alguien le habla, un extraño está junto a ella.

–¿Tienes un poco de agua para darme? –le pregunta.

–Sí –responde la viuda– voy a buscarte algo para ti.

Se marcha para atender la petición del extraño. Sin embargo, cuando inicia la marcha, éste le dice:

–Te agradeceré que me des también un poco de pan.

–Oh, señor –dice con tristeza– no puedo, únicamente tengo para cocer un solo pan para mi hijo y para mí, no tenemos nada más.

El extraño le dice:

–Mujer, así dice el Señor, Dios de Israel: la harina y el aceite no disminuirán. Mi Dios se encargará de ello. Vete, primero tráeme un poco de pan y luego prepara para ti y para tu hijo.

Aquel extraño es Elías... Por orden del Señor ha ido a Sarepta ya que no podía quedar donde estaba puesto que el arroyo de Querit se había secado y a Elías no le quedaba agua.

¿No era peligroso...? Sidón estaba muy cerca de Sarepta y allí vivía el padre de Jezabel, y si éste se enteraba podría hacer prisionero a Elías y entregarle a Acab y podría costarle la vida.

Elías no se hace esas preguntas, confía plenamente en Dios que le ha cuidado fielmente, sólo obedece y va.

La viuda escucha a Elías y cree lo que le dice. Trae agua y pan para Elías y luego va a preparar para ella y su hijo; y ocurre lo que Elías le ha dicho. Cada vez que tiene que hacer pan hay harina en la tinaja y aceite en la aceitera. No hay gran cantidad, pero siempre hay lo necesario. Lo suficiente para cada comida. También ella debe aprender a poner su confianza en el Dios de Israel y el Señor no la defrauda.

Quien confía en Dios con todo su corazón, jamás será avergonzado.

Cuán felices eran ellos. Todos los habitantes de aquellos países sufrían hambre y ellos tenían el alimento necesario. Dios proveía para su necesidad, y Elías se quedó allí durante muchos meses.

Un día la tranquilidad de la casa quedó perturbada de forma cruel. Sucede algo muy grave. El único hijo de aquella mujer viuda, muere de repente.

Una gran tristeza se apodera de aquella mujer. Echa la culpa de lo sucedido a Elías.

–Si no hubieras venido aquí –dice– no me habría quedado sola en este mundo, habríamos muerto los dos juntos. ¿Has venido para castigar mis pecados y matar a mi hijo?

Elías toma al niño muerto, lo lleva a su habitación y lo pone sobre su cama. Luego ora:

–Señor mío –dice. ¿Por qué has permitido que haya muerto este niño? Esta viuda ha sido buena para conmigo y ahora has tomado a su único hijo.

Se levanta y se echa sobre el niño.

–Oh Señor –suplica– que vuelva el alma de este niño a su cuerpo. Devuelve la vida a este niño.

Por tres veces se echa sobre el niño; de pronto el niño abre sus ojos y con sorpresa mira a su alrededor. Está vivo. El ruego de Elías ha sido oído y atendido por Dios.

Sólo Dios puede hacerlo. El Señor puede dar vida a los muertos. Él es el Soberano del cielo y de la tierra, de la vida y de la muerte.

Elías lleva al niño vivo y lo devuelve a su madre.

Qué alegría debió llevarse aquella mujer.

Por la noche los tres estaban sentados a la mesa y juntos dan gracias al Señor por su gran bondad.

Capítulo 86

EL SEÑOR ES DIOS

1 Reyes 18:1-19

Con el rostro enrojecido por la ira Acab, el rey de Israel, mira desde una ventana de su palacio. Todos los campos están secos, no hay hierba, todo parece un desierto, por ninguna parte se ve el más mínimo verdor. La situación es muy triste. Con ira aprieta los puños, está airado contra el Dios de Israel y también contra Elías.

Si supiera donde está Elías... ¿Dónde estará ese profeta...?

Le ha hecho buscar por todas partes, ha enviado a sus criados a recorrer el país y todo ha sido en vano. Todos han regresado con la misma respuesta: no le encontramos, no sabemos dónde estará. Le han buscado hasta en los países circundantes de Israel y todo ha sido infructuoso. Elías ha desaparecido sin dejar huella.

Sin embargo, la palabra del profeta se ha cumplido. Desde el día en que Elías anunció el mensaje al rey no ha caído ni una gota de agua, ni una gota de rocío y esta situación dura ya tres años y medio. La tierra está sin labrar; ni se siembra, ni se recoge cosecha. ¿Para qué van a cultivar los campos? Nada crece a causa de la gran sequía.

La reina Jezabel también está con cara malhumorada. Se da cuenta de que el Dios de Israel es más poderoso que Baal, su ídolo. Sin embargo, no quiere reconocerlo, no lo admitirá nunca.

En su corazón aumenta el rencor contra ese Dios que le es desconocido.

En la tierra de Canaán había escuelas en las que los israelitas jóvenes eran instruidos en el servicio del Señor. Se llamaban «Escuelas de Profetas». En tiempos de Samuel ya existían estas escuelas. Los jóvenes profetas tenían que instruir al pueblo.

Jezebel deseaba que el Señor, Dios de Israel, fuera olvidado y que sirvieran y adoraran a Baal y no al Señor.

Fue por esto por lo que había venido aquella terrible sequía, con la cual el Dios de Israel demostraba que Él era más fuerte y poderoso que todos sus ídolos.

En su ira Jezebel ordena que todos los profetas jóvenes deben ser matados para que así el pueblo no pueda ser instruido. Muchos jóvenes que no quisieron doblar sus rodillas ante Baal fueron matados de forma cruel. Por fortuna no todos fueron matados, cien de esos profetas fueron escondidos por un israelita de forma que Jezebel no pudo encontrarlos. Aquel israelita se llamaba Abdías y era mayordomo en el palacio de Acab. Era el encargado de proveer las comidas para Acab y sus cortesanos.

Abdías era un hombre que servía al Señor desde su juventud, y ni una sola vez había doblado sus rodillas ante Baal, el ídolo de Jezebel. Doblaba únicamente sus rodillas ante Dios. Abdías era temeroso del Señor, aunque estaba diariamente en compañía del rey ateo y de la reina pagana.

Jóvenes, también vosotros vivís en medio de un mundo lleno de impiedad. Quizás hasta tengáis que trabajar junto a personas ateas y blasfemas. ¿Qué hacéis? No seáis partícipes de sus blasfemias. Amonestad a esos blasfemos.

Abdías lo hizo así y cuando Jezebel quiso matar a todos los profetas del Señor, él salvó la vida de ellos escondiéndolos y también alimentándolos para que no murieran de hambre. Fue una acción peligrosa porque si Jezebel se hubiera enterado le habría hecho matar. Sin embargo, Abdías se expuso, era un valiente.

¿Os atreveríais vosotros a hacer lo mismo...?



Dos jinetes salen por la puerta de Jezreel; son Acab, el rey, y Abdías, su mayordomo. ¿Recordáis que Omri, padre de Acab, hizo edificar un palacio en Samaria? Pues bien, Acab también hizo construir un palacio en Jezreel, ciudad situada más al norte del país. Durante el invierno, Acab vivía en Samaria, pero en verano, cuando el calor se intensificaba, se trasladaba a Jezreel.

Ahora, acompañado de Abdías abandona el palacio real, y atraviesan los campos calcinados sin decir palabra. Van en busca de hierba para sus caballos y sus asnos. De pronto Acab dice:

—Abdías, no debemos seguir juntos. Es mejor que cada uno vayamos en una dirección:

Así lo hacen, Acab tomó un camino y Abdías otro diferente.

Abdías sigue tranquilamente su camino, mirando a derecha e izquierda para ver si descubre algo de hierba, de pronto ve a un hombre en medio del camino. Al acercarse, Abdías le reconoce, desmonta del caballo y cae rostro en tierra. Es algo que solía hacerse en Canaán, cuando una persona se encontraba con otra que le merecía gran respeto.

Abdías le pregunta:

—¿Sois Elías?

—Sí —es la respuesta—, soy Elías.

¿No estaba Elías en casa de la viuda de Sarepta...? Sí, allí pasó unos meses, pero luego el Señor le ordenó ir a ver a Acab y el profeta ha obedecido y se ha puesto en marcha camino de Jezreel. Ahora, cerca del pueblo, se encuentra con Abdías.

—Ve a Acab —le ordena Elías— y di al rey que quiero verle.

Abdías duda, teme que, mientras él va, Elías se marche a otro lugar.

—Señor —responde— y si luego vengo aquí con el rey y tu no estás, el rey me matará. El rey ordenó buscarte por todas partes y no te encontró. ¿No sabes que he escondido a cien profetas para que Jezabel no pueda matarlos? ¿Por qué quieres que me maten? Si Acab no te encuentra aquí, me matará porque pensará que trato de engañarle.

Elías sonríe.

-No tengas miedo Abdías -le tranquiliza- no me iré, quedaré aquí esperando vuestra llegada.

Abdías obedece y se vuelve para buscar al rey. Elías queda solo esperando. Poco después Acab y Abdías, montados en sus caballos se acercan. Abdías ha dicho al rey que el profeta Elías quiere verle y sin tardar el rey le acompaña.

Cuando ve a Elías se enciende en ira, sus ojos brillan cuando se dirige al profeta y le dice con aspereza:

-¿Eres tú el que turbas a Israel?

Acab echa la culpa a Elías de la sequía, ya que quiere decir: «Tú eres el causante de que no llueva. Tú estás atribulando al pueblo».

Acab está temblando por la ira. Sin embargo Elías no teme.



«¿Eres tú el que turbas a Israel?»

–No, rey y Señor –responde Elías sin temor– yo no hago infeliz a Israel, eres tú. Es culpa tuya, pues has abandonado al Señor y por eso ha venido la sequía.

Elías se atreve a acusar al rey con valentía.

Acab calla, no sabe qué responder pues Elías está diciendo la verdad. En su interior sabe que Elías tiene razón.

–Escucha –sigue Elías– debes reunir a todo Israel en el monte Carmelo. También deben acudir todos los profetas de Baal.

El monte Carmelo está situado cerca de Jezreel, a poca distancia del mar Mediterráneo.

Acab se marcha, hará lo que Elías ha ordenado. No le queda otro camino, debe obedecer por causa de la sequía. Cuanto antes llueva mejor. Ya dura demasiado la sequía.

1 Reyes 18:20-40

Días después miles de israelitas se reúnen en las proximidades del monte Carmelo. Acab ha enviado mensajeros por todo el país y los israelitas han acudido a su llamada, además no tienen en qué trabajar.

Un hombre se adelanta y toma la palabra. Es Elías. Escuchemos lo que dice:

–Vosotros queréis servir a dos dioses –exclama en tono de reproche– vosotros queréis servir al Señor, pero al mismo tiempo a Baal. Esto no es posible. Sólo uno de los dos es Dios. Si el Señor es Dios, servidle a Él, pero si Baal es dios, entonces id en pos de él.

Calla y el pueblo no responde palabra. No saben qué decir. Muchos se avergüenzan.

–Os haré una propuesta –continúa Elías. Yo edificaré un altar y los sacerdotes de Baal edificarán otro. En ambos altares se pondrá leña y un sacrificio, pero la leña no se encenderá. Yo invocaré el nombre de Dios e igual harán los sacerdotes de Baal, invocarán el nombre de su dios. Y el Dios que respondiere con fuego, ese será Dios y en adelante a ése serviréis. ¿Estáis de acuerdo?

–Sí, sí –grita el pueblo a una voz.

–Haced vosotros primero la prueba –dice Elías dirigiéndose a los cuatrocientos sacerdotes de Baal –puesto que sois la mayoría y yo estoy solo.

De acuerdo con Elías, los sacerdotes de Baal preparan el sacrificio y cuando todo está preparado comienzan a llamar:

¡Baal, respóndenos!

No sucede nada. No hay ninguna respuesta.

Vuelven a invocar:

–¡Baal, respóndenos!

Silencio absoluto. Así permanecen durante horas invocando a Baal; se hieren con cuchillos de manera que las gotas de sangre caen a tierra. Esperan que Baal tendrá misericordia de ellos. Elías, que está mirando todas sus ceremonias, se burla de ellos y dice:

–Gritad más alto. Quizás Baal está durmiendo o está muy ocupado y no puede oírlos. A lo mejor está de viaje.

Los sacerdotes siguen sus consejos y gritan más fuerte, saltan alrededor del altar gritando:

–¡Baal, Baal, respóndenos, respóndenos!

Pero Baal no responde, es natural, Baal no es un dios; no es más que una estatua muerta de piedra, y no puede responder.

Son las tres de la tarde.

–Esto ha durado ya demasiado –dice Elías adelantándose –ahora me toca a mí hacer el sacrificio.

No usa el altar que han usado los sacerdotes de Baal, sino que construye otro altar para lo cual toma doce piedras, una por cada tribu de Israel. Pese a que el pueblo está dividido en dos, es un solo pueblo, una sola nación, son hijos de la misma casa.

Con esas doce piedras edifica el altar. Después mata a la víctima, prepara el holocausto y hace cavar una zanja alrededor del altar. Luego ordena:

–Llenad cuatro cántaros de agua.

Elías toma el agua y la derrama sobre el altar. Por tres veces da la misma orden y derrama agua sobre el altar, doce cántaros de agua son derramados sobre el altar y el holocausto. Todo está bien mojado, hasta la zanja que ordenó construir alrededor del altar se llena de agua.

Elías lo hace para que no puedan acusarle de engaño. Cuando todo está preparado extiende sus manos hacia el cielo. Se ha hecho un silencio profundo, todo el pueblo angustiado está expectante. ¿Cómo terminará aquello...?

–Señor mío –suplica– respóndeme para que este pueblo vea que Tú eres el Señor, Dios de Israel.

Elías no se hiere con cuchillos, no grita, no llama, no salta. No es necesario, pues el Dios de Elías es un Dios vivo.

De pronto desciende fuego del cielo, es como un brillante relámpago que en un momento lo quema todo. La leña, el sacrificio, hasta el agua de la zanja se seca totalmente. Todos están impresionados.

Poco después el pueblo exclama:

–¡El Señor es Dios!

El rostro de Elías brilla de alegría, no por él, sino porque Dios es honrado.

–Si el Señor es Dios, apresad a los profetas de Baal –ordena– que no escape ni uno.

El pueblo obedece y Elías los hace matar a todos ya que los sacerdotes de los ídolos no pueden vivir en Israel; Dios lo ha prohibido.

1 Reyes 18:41-46

En una de las cumbres del Carmelo hay un hombre sentado, tiene su cabeza sobre las rodillas. Es Elías, el profeta, y está orando.

Después de la gloriosa victoria del Dios de Israel que respondió con fuego, ha dicho a Acab que coma algo y vuelva rápidamente a Jezreel, pues pronto llovería.

Elías se ha subido al monte para orar y suplica al Señor que dé la lluvia.

–Ve al mar –dice al criado que está a su lado– y mira.

El criado vuelve al rato y le dice que no ve nada. Elías vuelve a orar y da la misma orden al criado.

Lo mismo ocurre por siete veces. A la séptima vez el criado vuelve gritando:

–Veo una nube, como la palma de la mano de un hombre.

Rápidamente Elías se levanta y corre hacia Acab y le dice:

–Rey y señor, apresúrate, pues habrá lluvias torrenciales.

Acab marcha en su carro y Elías le precede, lo hace para honrar al rey. Elías no es un rebelde pues honra al rey ante los ojos del pueblo. Es verdad que denuncia los pecados de Acab, pero al mismo tiempo le reconoce como su príncipe y señor.

El cielo se ha cubierto de negros nubarrones; y por fin, después de tres años y seis meses, llueve torrencialmente, la Biblia dice: «Y hubo una gran lluvia».

Dios es bueno, amigos, pero también es justo. Debe castigar los pecados. Ha castigado a Israel y también castigará a nuestro pueblo, si seguimos viviendo en pecado.

Capítulo 87

HUYENDO DE UNA MUJER

1 Reyes 19:1-8

Todos los israelitas están contentos y también los habitantes de Jezreel. Ha llovido, las hojas de los árboles se han refrescado, la tierra está empapada de agua, los campesinos pueden comenzar a arar y sembrar; de nuevo habrá pan, vendrán las cosechas y se almacenará el trigo y no habrá hambre. Todos están alegres, sus rostros expresan esa alegría. Sin embargo hay una mujer que no está alegre, es Jezabel, la reina. Con cara que denota su cólera camina por el palacio. Sus ojos brillan maliciosamente. Con voz amenazadora murmura:

–Me las pagará, pagará su atrevimiento.

Todos los cortesanos están asustados, le tienen miedo. ¿Por qué está enfadada?

Cuando Acab ha regresado al palacio le ha relatado lo sucedido. Cuando escucha que Elías ha hecho matar a los cuatrocientos sacerdotes de Baal, se enfurece.

–¿Y tú se lo consentiste? –grita encolerizada y roja de ira. Mañana mataré a Elías.

Llama a un criado y le dice con furia:

–Ve inmediatamente a ver a Elías y dile que mañana será matado.

El mensajero se inclina ante ella y desaparece...

Un hombre solitario marcha por el gran y ardiente desierto, situado al sur del país de Canaán; el mismo que antes recorrió Israel desde Egipto para marchar a la tierra prometida.

Sigue adentrándose en el desierto... es Elías. Ha recibido el mensaje de Jezabel; se ha desanimado y ha tenido miedo, pues teme perder su vida.

Elías, en el Carmelo no tenías miedo y ahora ¿te asustas de una mujer?

Elías está desanimado y huye. Apresuradamente sale de Jezreel, pasa al reino de Judá, lo atraviesa y ahora está solo en ese gran desierto. Ha dejado a su criado en Beerseba.



Elías descansa bajo un enebro

Marcha durante horas y horas pero hace mucho calor, está cansado; ve un enebro y se echa a la sombra.

–Señor mío –dice triste y desanimado– déjame morir. Grande era mi esperanza de que mi pueblo te serviría a Ti. He pensado que se pondrían a destruir todos los templos y estatuas de Baal, pero no lo han hecho. Jezabel no lo consentirá. Todo lo que he hecho no ha servido para nada. Déjame morir, Señor.

El cansancio le rinde y se queda dormido. De repente se despierta. Un ángel le despierta. Elías cree que está solo, pero se equivoca, el Señor sabe muy bien lo que hay en el corazón de su siervo y Él le animará para que siga viviendo y envía un ángel.

–Levántate y come –le dice el mensajero celestial.

Junto a él hay pan y agua, que el Señor ha provisto para él.

Elías come y bebe, y otra vez se queda dormido. Por segunda vez el ángel le despierta.

–Levántate, come, porque un gran camino te espera.

Elías obedece; de nuevo come y bebe, después se levanta y sigue andando. ¿Adónde irá?

1 Reyes 19:8-18

¿Recordáis que en el monte de Sinaí Dios dio sus leyes a Israel? Fue cuando los israelitas salieron de Egipto camino de la tierra de Canaán. El monte Sinaí se llama también Horeb.

Ahora Elías está cerca del monte Horeb, ha recorrido una larga distancia. Sin comer ni beber ha realizado aquel largo camino, marchando a través de ardientes desiertos.

Dios bendijo de tal forma los alimentos que recibió del ángel que no ha tenido necesidad de volver a comer desde entonces. Durante cuarenta días no ha tomado ni un solo bocado.

Cuando llega al monte Horeb entra en una cueva y se queda dormido. Es seguramente esa misma noche cuando el Señor le habla:

–¿Qué haces aquí Elías?

Es como si el Señor quisiera decirle: «Elías, ¿qué haces en un lugar desierto y solitario?» El Señor no castiga a Elías, le pregunta por qué razón ha ido al monte Horeb.

¿Qué puede responder Elías? El Señor no le ha enviado a este lugar, aquí no tiene nada que hacer. Ha llegado hasta aquí huyendo en su desánimo.

Elías habla al Señor con sinceridad:

–He trabajado cuanto he podido, Señor –dice– he sentido un gran celo por Dios, pero los hijos de Israel no han querido escucharme. No quieren servirte. Estoy solo y ahora quieren matarme. Buscan mi vida.

Manifiesta toda su angustia al Señor.

–Sal fuera –le dice el Señor– y Elías obedece.

Se levanta un fuerte viento, que silba y brama alrededor de las cumbres. Grandes bloques de piedra se desprenden y caen rodando. Es peligroso. El viento comienza a amainar. Después la tierra comienza a temblar, las rocas se abren con gran estruendo y un terremoto sacude todo el monte. El Señor no viene en el fuerte viento, ni en el terremoto. En ellos Elías no escucha la voz de Dios.

Luego viene un gran estruendo, a éste siguen otros y relámpago tras relámpago. Parece un mar de fuego, pero tampoco viene el Señor. Cuando deja de tronar se hace un profundo silencio. Sopla un viento suave y en este silencio se presenta el Señor y nuevamente pregunta a Elías qué hace aquí.

De nuevo Elías expone al Señor sus dificultades y sus tristezas. Por segunda vez le dice que los hijos de Israel no quieren servirle, que han matado a los profetas del Señor y que sólo ha quedado él y quieren matarle. La misma angustia sigue invadiendo el corazón de Elías.

El Señor no se enoja, sino que fortalece a Elías.

–Vuelve a tu país, Elías, porque tienes mucho que hacer allí. Debes ir a ungir un nuevo rey para Siria y un nuevo rey para Israel. Además debes ungir también al profeta Eliseo. Eliseo te sucederá y continuará tu obra. Elías había pensado que el castigo de la sequía sería suficiente para hacer volver a Israel hacia el Señor, pero se equivocó.

Tendrían que venir más castigos. Enemigos destruirían y asolarían la tierra de los israelitas. Sólo entonces sería de nuevo conocido el Señor por los israelitas.

No será cuando Elías quiera, sino a la hora prevista por Dios, cuando Israel se tornará al Señor.

Dios ha querido dar una lección a Elías con el fuerte viento, la tormenta y el terremoto. En estos grandes fenómenos no pudo ver al Señor, el Señor se ha servido del suave silbido del viento para mostrarse a él.

De igual forma Israel no se volvería al Señor por los grandes castigos, el Señor no se manifiesta en ellos. Pero Dios se compadecerá de Israel. Elías pensaba que sólo había quedado él, pensaba que él era el único que no servía a Baal.

No –le dice el Señor– Elías no estás solo. Hay siete mil israelitas que no han doblado sus rodillas ante Baal.

Es una sorpresa para Elías que no había pensado en ello; Elías solamente miraba al exterior, pero el Señor conocía los corazones. El Señor sabe lo que hay en el corazón de cada uno.

Elías desciende del monte Horeb, ha recobrado el calor y las fuerzas para seguir viviendo. Ya no tiene miedo a Jezabel. Dios le guardará, seguirá trabajando. Sabe que su trabajo no será en vano. Otra persona continuará su obra y a la hora de Dios dará fruto. Con estos pensamientos regresa a su país.

1 Reyes 19:19-21

En los campos de Canaán se desarrollan múltiples actividades, por todas partes se ve a los labradores arando, la tierra está blanda. Las praderas comienzan a reverdecer. Es una bendición después de tan larga sequía. Muchas veces los campesinos y sus criados han recordado lo ocurrido en el monte Carmelo; en todos los pueblos y ciudades se habla de Elías, pero nadie se atreve a demoler los templos y estatuas de Baal por miedo a la venganza de Jezabel. Pero la mayoría no se atreven a burlarse de Elías ni del Señor.

En uno de los campos está trabajando un joven campesino. Está arando con doce yuntas.

Por el camino que bordea el campo se acerca un hombre vestido con un manto de pelo de camello. Es Elías que regresa del monte Horeb. Elías entra en el campo donde está trabajando ese joven campesino. Se quita el manto y lo coloca sobre los hombros de aquel joven israelita.

¿Qué pasa? Aquel joven es Eliseo y Elías quiere decir con esta acción que le sucederá como profeta. Aquí Eliseo es llamado al oficio de profeta.

Eliseo se da cuenta de lo que Elías quiere decirle con este acto.

–Está bien –afirma– te seguiré. ¿Me permites que vaya a despedirme de mis padres?

Elías accede a su ruego.

Eliseo va a su casa, mata doce bueyes, prepara un banquete de despedida para sus amigos y conocidos, se despide de sus padres y sigue a Elías

En el futuro acompañará a Elías donde quiera que vaya.

Capítulo 88

UN FANFARRÓN AVERGONZADO == Y UN INOCENTE LAPIDADO ==

1 Reyes 20:1-12

Las puertas de Samaria están cerradas; sobre sus muros soldados montan guardia y con rostros de preocupación dirigen sus miradas hacia las afueras de la ciudad. Cuando miran a lo lejos sus corazones se angustian.

En los alrededores de la ciudad hay soldados, son extranjeros. El enemigo ha invadido el país, no son los filisteos, tampoco los de Moab, ni los de Amón.

Al noreste de la tierra de Canaán está situada Siria que poco a poco ha llegado a ser un país fuerte y poderoso. Su rey se llama Ben-adad. Treinta y dos reyes han sido vencidos por los sirios y sometidos a ellos. Ahora le toca el turno a Israel. Ben-adad ha reunido a todo su ejército y también a los ejércitos de los reyes por él vencidos; con tan numeroso ejército ha invadido el país de Acab y ahora está ante las puertas de Samaria, la capital del reino de Acab sitiándola. No es extraño que los soldados que vigilan desde las murallas estén asustados, es difícil luchar contra un ejército tan numeroso y sin duda les tocará la peor parte.

Unos soldados sirios se acercan a las murallas, son unos mensajeros enviados por Ben-adad, el rey.

—Hemos de hablar con Acab, rey de Israel—dicen con acritud.

Poco después están en presencia del rey.

–Nuestro rey exige que le entregues todos tus tesoros, así como también tus mujeres e hijos para que sean sus esclavos.

Acab está angustiado, pero no es capaz de doblar sus rodillas y pedir al Señor que le ayude, no lo hace.

Dice a los mensajeros:

–Id y decid a Ben-adad que le entregaré todo lo que pide.

Los soldados sirios salen de la ciudad y transmiten a Ben-adad la respuesta de Acab. Ben-adad, con una sonrisa maliciosa, piensa: «Esto va a ser fácil. Pediré algo más».

Nuevamente envía mensajeros a Acab que le dicen:

–No quiero sólo tus tesoros, también mis soldados deben tener una parte, por tanto, mañana, mis soldados saquearán la ciudad de Samaria y tomarán para sí todo el oro y plata y cuanto de valor haya en las casas de los israelitas.

Acab piensa que esto ya es demasiado. ¿Qué puede hacer? Entonces consulta a los jefes del pueblo.

–¿Qué debo hacer? ¿He de permitirlo?

Cuando los ancianos de Israel lo oyen se enfurecen.

–No debes consentirlo. Tienes que oponerte a ello –aconsejan.

Acab despide a los soldados sirios diciéndoles que no los dejará saquear Samaria.

Ben-adad se enfurece cuando le comunican la decisión.

–¿Qué se ha creído Acab? –dice furiosamente. Dispongo de suficiente número de soldados para arrasar por completo la ciudad.

Por tercera vez envía mensajeros a Acab y éste le da una respuesta muy juiciosa:

–Decidle que no se alabe tanto el que se ciñe las armas, como el que las descigne.

Con ello quiere decir: «No estés tan seguro, porque aún no has ganado la batalla. Todavía no has entrado en Samaria.»

Ben-adad comprende lo que quiere decirle y se enfurece.

–Atacad la ciudad –ordena a su soldados.

Mientras tanto él celebra una fiesta con los treinta y dos reyes; bebe tanto que muy pronto está completamente borracho. Celebra la victoria por adelantado. Acab no puede hacer nada contra su poderoso ejército. Pero olvida algo: olvida que Israel tiene un Dios.

1 Reyes 20:13-21

También en Samaria se preparan para la lucha. Dudan, porque el ejército de Ben-adad es muy fuerte. Acab teme, pero tampoco ora a Dios, al menos la Biblia no nos dice que lo haga.

De pronto un profeta se dirige a Acab. No se trata de Elías, posiblemente es alguno de la escuela de los profetas.

–¿Has visto qué ejército tan potente? –dice el profeta. Pero no temas. Ganarás la batalla. No es Baal quien te dará la victoria, sino el Señor. Así conocerás que Israel tiene un Dios.

El Señor es increíblemente bueno y paciente con Acab. No ha orado al Señor suplicándole la victoria y sin embargo el Señor le ayudará.

¿Acaso no hace el Señor lo mismo con vosotros? ¿No os bendice el Señor muchas veces sin que vosotros se lo pidáis?

No se nos dice en la Biblia que Acab se haya avergonzado o arrepentido de su impía vida por las bendiciones del Señor.

Sólo pregunta:

–¿Quién debe comenzar?

Y el profeta responde:

–Tú.

Lo que Dios promete lo cumple. El ejército de Ben-adad es derrotado por completo y miles, docenas de miles de sirios caen y el resto huye precipitadamente. También Ben-adad huye y cargado de deshonra vuelve a Siria. Este rey fanfarrón es avergonzado.

1 Reyes 20:22-43

Un año más tarde hay otra guerra con Siria. Ben-adad, su rey, ha invadido nuevamente el país con un ejército mucho más poderoso.

Los sirios han dicho a su rey:

–El Dios de Israel es un Dios de los montes, pero si peleamos con ellos en la llanura no los podrá ayudar.

Es un extraño pensamiento. Dios está en todas partes, es omnipresente.

El Señor ha prevenido a Acab por medio de un profeta, por tanto conoce que Ben-adad vendrá y se prepara para ello.

Sale por las puertas de Samaria al encuentro del ejército de Ben-adad. No dispone de un ejército tan numeroso, pero Dios le ha prometido que ganará la batalla. El Señor mostrará a Ben-adad que no sólo es un Dios de monte, sino que es también el Dios omnipotente.

Durante siete días los dos ejércitos permanecen acampados el uno frente al otro y después se inicia la batalla. Los sirios, a pesar de su numeroso ejército, son derrotados y cientos de miles caen.

Con el resto de su ejército Ben-adad huye a la ciudad de Afec, cuando de repente los muros de la ciudad se desploman y veintisiete mil soldados perecen bajo los escombros.

Ben-adad se esconde de habitación en habitación, ha caído en su propia trampa; no puede huir, está en manos de Acab.

Acab en lugar de matar a Ben-adad hace un pacto con este rey pagano, lo cual no le está permitido por el Señor. Dios no le ha dado la victoria para que haga eso. El Señor castiga este nuevo pecado de Acab. Pero Acab no se arrepiente y sigue negándose a servir al Señor.

¿Qué hacemos nosotros?

1 Reyes 21:1-7

Acab está paseando por el jardín de su palacio en Jezreel. Al otro lado del seto del jardín hay una viña, propiedad de Nabot, un israelita que vive en Jezreel.

De repente el rey piensa: «Si esa viña fuera mía podría ampliar mi jardín y quedaría más hermoso.»

Envía a buscar a Nabot.

–Deseo comprar tu viña –le dice– te pagaré por ella un buen precio o si lo prefieres te la cambiaré por otra viña.

Nabot dice:

–No vendo mi viña.

Nabot no podía vender la viña, porque en las leyes del Señor estaba prohibido vender las herencias de los padres.

Tal vez os preguntéis ¿y si una persona empobrecía y tenía necesidad de hacerlo?

En tal caso podía hacerlo, pero volvería a su poder esa propiedad en el «año de jubileo». Si no lo recordáis volved a leer el capítulo 50.

Sin embargo, la intención de Acab no es devolver la viña; quiere la viña de Nabot para siempre y Nabot no está de acuerdo con ello. Él es un israelita que teme a Dios y no quiere quebrantar los mandamientos de Dios, no siquiera aunque sea el rey quien se lo pida.

Acab se enoja, se encierra en su palacio, se echa en la cama y no quiere comer ni beber, parece un niño mimado.

¿Hacéis vosotros lo mismo cuando no os podéis salir con la vuestra?

Jezabel, su esposa, entra en la habitación y pregunta:

–¿Qué te sucede?

–Que deseo la viña de Nabot, pero no quiere vendérmela –dice.

Jezabel se ríe burlescamente y pregunta con falsa sonrisa:

–¿Eso es todo? Levántate, ¿no eres tú el rey? Pues haré lo necesario para que la viña sea tuya. Déjalo de mi cuenta.

1 Reyes 21:8-16

Es un espectáculo terrible, un hombre gritando se desmaya. A su alrededor hay una muchedumbre que le arroja piedras contra la cabeza y las piernas. Las piedras le llegan a todo el cuerpo, no dejan de tirarle piedras hasta que se dan cuenta de que está muerto. Le han apedreado. Es algo horrible. ¿Quién es ese hombre...? Es Nabot... ¿Ha hecho algo malo...?

No, no ha hecho nada, ha sido Jezabel que ha escrito cartas a

los ancianos de Jezreel y a los jefes del pueblo, ordenándoles que deben matar a Nabot. Debían condenarle por haber blasfemado de Dios y del rey. Un blasfemo en Israel tenía que ser matado y por eso apedrean a Nabot.

Pero, ¿había blasfemado Nabot...?

No, era una falsa acusación, una calumnia de la impía Jezabel que quería ver muerto a Nabot.

Los ancianos de Jezreel deberían haberse negado, pero no se atrevieron porque tenían miedo a Jezabel.

Llaman a Nabot, que es acusado por unos falsos testigos y condenado a muerte. Luego le toman, le arrastran y le lapidan, pero no sólo Nabot fue matado, también lo fueron sus hijos (2 Reyes 9:26).

Rápidamente envían un mensaje a Jezabel diciéndole que su orden había sido cumplida y Nabot está muerto. Jezabel se dirige a Acab y le dice:

–Todo está solucionado. Nabot no se opondrá más, su viña es tuya.

Al oírlo Acab se levanta con alegría y va a ver la viña.

2 Reyes 21:16-29

El rey recorre la viña robada, hace proyectos, agrandará su jardín y quedará muy hermoso. Está más alegre que un niño pequeño con algo nuevo. De pronto oye unos pasos detrás de él, vuelve con rapidez la cabeza y se queda pálido... Es Elías, el profeta, que viene a ver al rey impío.

–¿Me has hallado, oh enemigo mío? –dice a Elías.

Elías trae un mensaje terrible. Por haber permitido la muerte de Nabot y de sus hijos, él y su familia correrán la misma suerte que Jeroboam. El mismo castigo será para Acab y su descendencia. Toda su familia será exterminada y ninguno de ellos será sepultado. Las fieras y las aves rapaces devorarán sus cuerpos y los perros beberán la sangre de Jezabel. Jezabel, la mujer impía, será devorada por los perros junto a la muralla de Jezreel. Acab

se asusta cuando lo oye, pero no se arrepiente de sus pecados, sólo teme el castigo.

Rasga sus vestidos y se pone un saco sobre el cuerpo. Es una señal de luto. Pero no es sincero, no tiene un nuevo corazón. Las palabras de Elías sólo le han asustado, pero sigue siendo el rey malvado e impío.

Sin embargo, el Señor lo ve todo y ve que Acab se humilla y por segunda vez envía a Elías para que le diga que aquel horrible castigo no sucederá en su vida, solamente ocurrirá a todos los suyos cuando él haya muerto. Él no verá esa gran ruina.

Capítulo 89

==== MUERTE DE ACAB ====

1 Reyes 22:1-29

2 Crónicas 18:1-28

Acab tiene visita, es una visita muy importante. El rey de Judá ha venido para pasar unos días con Acab y Jezabel.

Durante los reinados de Jeroboam y Baasa en Israel, siempre hubo guerras entre Judá e Israel, era una guerra civil, guerra entre hermanos, ya que ambos reinos pertenecían a una misma casa, a un mismo pueblo.

Por fortuna esas guerras ya habían terminado; Omri, padre de Acab, había firmado la paz con el rey de Judá. El rey de Judá es un rey que teme a Dios; sin embargo, de entre los reyes de Israel, los que han reinado sobre las diez tribus no ha habido ni uno que haya servido al Señor con sinceridad, en cambio en Judá han gobernado algunos reyes temerosos de Dios. Cuando más adelante se hable de los reyes de Judá lo veremos.

Josafat es uno de esos reyes temerosos de Dios y en estos momentos es un buen amigo de Acab, hasta el extremo de que ha permitido que su hijo mayor se case con una hija de Acab y Jezabel.

Es un error de Josafat ya que él es temeroso de Dios y no debería tener relaciones con la impía familia de Acab y Jezabel. Los servidores de Dios y los servidores del diablo no pueden ser amigos.

Josafat visita a Acab y se queda en su palacio, juntos hablan de muchas cosas.

Se cumplen tres años desde que Acab venció a Ben-adad, rey de Siria e hizo pacto con él; Ben-adad se comprometió a devolverle todas las pertenencias de Israel, pero cuando Ben-adad volvió a su país rompió el pacto y se olvidó de cumplir lo prometido. Acab está, pues, descontento.

Al otro lado del Jordán, en la tierra en la que vivían las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, está la ciudad de Ramot, en Galaad, esta ciudad había sido tomada



Josafat visita a Acab

por los sirios y Ben-adad tenía la obligación de devolverla, según lo acordado; sin embargo, han transcurrido tres años y no lo ha hecho.

Acab y Josafat discuten sobre estos temas. El rey de Israel dice:

–Si Ben-adad no me devuelve la ciudad de Ramot, en Galaad, tendré que tomarla por la fuerza y esto dará origen a una guerra y... –pregunta a Josafat– ¿querrías ayudarme?

Rápidamente el rey de Judá le responde:

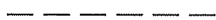
–Sí, puedes contar conmigo. Reuniré mi ejército y juntos intentaremos expulsar a los sirios de Ramot. Esto le parece bien a Acab y no duda de que tendrá éxito, máxime si Josafat, el rey de Judá, le presta su ayuda.

Hay gran diferencia entre Acab y Josafat; Acab confía en sus fuerzas, sin embargo Josafat sabe que sin el Señor no puede hacer nada, que sin la bendición del Señor todo será un fracaso.

Entonces Josafat dice a Acab que primero deben pedir la aprobación del Señor:

–Yo te ruego –dice– que consultes hoy la palabra del Señor.

Acab aprueba el consejo, puede hacerlo, llamará a los profetas y los consultará.



Acab y Josafat están sentados en una gran plaza, posiblemente cerca de la puerta de Samaria. Alrededor de ellos hay cientos de hombres. Son los profetas de Acab, que tiene cuatrocientos profetas.

Pero no son profetas verdaderos, profetas del Señor. Son falsos profetas. Acab les pregunta:

–¿Podré ir a Ramot en Galaad y ganar la batalla?

La respuesta unánime de todos los profetas es:

–Sí, rey y señor, sube tranquilamente a Ramot en Galaad, porque el Señor te dará la victoria. Vencerás a los sirios.

Acab mira a Josafat con expresión de triunfo, como queriéndole decir:

–¿Lo has visto? ¿Estás tranquilo ahora?

La respuesta de los profetas no tranquiliza del todo a

Josafat, no confía en sus palabras porque sabe que estos profetas no han sido llamados por Dios, sino que son los profetas de los becerros de Dan y Bet-el, que hizo construir Jeroboam, el primer rey de Israel. Entonces pregunta:

–¿No hay aquí ningún profeta del Señor?

Acab le mira con decepción y ve que Josafat no se fía.

–Sí, –dice dudando– hay solamente uno, pero no me es simpático, le odio, pues siempre me dice cosas malas, nunca me da buenas noticias.

–No debes decir eso –responde Josafat. Quisiera conocer lo que piensa él de este asunto.

No le parece bien a Acab, pero no se atreve a negarlo pues quiere seguir siendo buen amigo de Josafat.

–Ve a buscarle –ordena.

Uno de los consejeros sale.

¿Quién es ese profeta? Sin duda ya lo habéis dicho... Elías. No, esta vez os habéis equivocado. No se trata de Elías, sino de Miqueas. No se trata del Miqueas que escribió un libro que tenemos en la Biblia después del libro de Jonás, no es él. Hubo dos profetas con el mismo nombre.

El asesor va de prisa en busca de Miqueas y se dirige a la prisión...

Sí, Acab ha encerrado a Miqueas porque le anunció el castigo por sus pecados. Cuando el consejero vuelve con Miqueas le dice:

–Todos los profetas predican que Acab ganará la guerra, sé prudente y di lo mismo.

–No –contesta Miqueas con firmeza– diré únicamente lo que Dios me ordene que diga.

Impacientes Acab y Josafat esperan la llegada de Miqueas; ya se acerca, el profeta está ante los dos reyes.

Acab le mira con una expresión de odio, pero Josafat le mira con respeto. Le parece una osadía que Acab se atreva a encerrar en prisión a un profeta, siervo del Dios de Israel.

–Miqueas –pregunta Acab– ¿Subiremos a Ramot en Galaad para luchar o es mejor que no lo hagamos?

Sin demora Miqueas responde:

–Sube y el Señor te dará la victoria sobre los sirios.

Pero lo dice en tono tan burlón que el mismo Acab duda de las palabras de Miqueas y piensa que se burla de él.

–Miqueas –le dice con severidad– tienes que decir la verdad. ¿Es el Señor quien te lo ha dicho?

Miqueas le mira abiertamente y le dice:

–Yo vi a todo Israel esparcido por los montes. Vi a Israel como ovejas que no tienen pastor.

¿Qué quiere decir Miqueas?

El «pastor» se refiere al rey de Israel, es decir, a Acab y Miqueas dice que vio a los soldados de Israel sin pastor, por tanto, sin rey. Acab caerá en la lucha.

Acab comprende lo que le dice Miqueas y dice a Josafat:

–Ya ves lo que me ha dicho. De nuevo me predice males. Nunca me dice ni una sola palabra buena.

Uno de los falsos profetas da una bofetada a Miqueas y Acab que lo ve no dice nada. Permite que Miqueas sea abofeteado. De nuevo ordena que sea llevado a la prisión.

–Acuérdate –grita a su servidor– que no se le puede dar más que un poco de pan y de agua.

No era el trato que merecía Miqueas pues ha prevenido al rey. Pero Acab no escucha sus advertencias. Josafat se desanima, pero como ha hecho una promesa le acompaña; no quiere romper su promesa.

1 Reyes 22:30-40

2 Crónicas 18:29-34

Ha comenzado la lucha, las flechas cortan el aire, los soldados heridos caen al suelo y muchos mueren. Es una violenta batalla la que se desarrolla entre los sirios de Ben-adad y los israelitas al mando de Acab y Josafat.

Todas las guerras son terribles, jóvenes. Cuando Dios creó el mundo no había lugar para las guerras, todo era bueno, muy bueno. Es por causa del pecado que ahora los hombres se matan unos a otros.

Pese a la advertencia del Señor, Acab y Josafat han acudido a Ramot.

Antes de iniciarse la lucha Acab ha dicho a su aliado Josafat que no se pondría sus vestiduras reales, sino que se disfrazaría como un soldado más y de esta forma los sirios no le reconocerían. Así espera salvar su vida y volver sano de la lucha.

Josafat se pone sus vestiduras reales, pues no quiere que los jefes sirios le confundan con Acab; posiblemente éste ha intentado que Josafat se ponga sus vestiduras para que le confundan.

Ben-adad ha dado órdenes a sus soldados para que se esfuerzen en matar o tomar prisionero a Acab, el rey de Israel.

—Luchad contra Acab, dirigid todos vuestros ataques exclusivamente contra él.

Los guerreros sirios avanzan por el campo llevando treinta y dos carros de combate, se dirigen hacia Josafat y se acercan a él. No tardará mucho en que Josafat será hecho prisionero.

Josafat no tenía nada que hacer allí y no debía haber ido. Su sitio estaba en Jerusalén. Sin embargo, ese rey temeroso de Dios, no lo hizo y ahora estaba en peligro de muerte. Cuando Josafat se da cuenta del peligro en que está sumido invoca al Señor para que le libre y Dios atiende su ruego.

Tan pronto como los sirios se dan cuenta de que el rey que persiguen no es Acab hacen volver sus carros y Josafat se ve libre. El Señor le ayudó y le salvó. Los sirios buscan a Acab por todo el campo de batalla y no logran encontrarle. ¿Donde está Acab? Está en el campo de batalla, pero no le reconocen porque va disfrazado como un soldado más.

El ojo del enemigo no puede descubrirle, pero Dios sí le ve.

Allá va un soldado sirio, es posible que sólo le quede una flecha, la mete en su arco y tira la flecha sin apuntar a ninguna parte; si hubiera sabido quién fue herido por esa flecha se hubiera alegrado. Esa flecha alcanzó a Acab que iba en su carro y fue herido mortalmente, sin embargo, continúa en su carro por el campo de batalla, pero al fin se desmaya y cae; ha perdido tanta sangre que muere.

Se ha hecho de noche. Los israelitas son como un rebaño que no tiene pastor, su rey ha muerto.

Se cumple la palabra que el Señor había dicho por medio de Miqueas. Sus amigos recogen el cadáver y lo llevan a Samaria y allí es sepultado. El carro de Acab está cubierto de sangre y lo llevan a un estanque que hay en las afueras de Samaria para lavarlo. Unos perros se acercan y lamen la sangre.

El profeta Elías había dicho a Acab en la viña de Nabot:

—Los perros lamerán tu sangre. También esta palabra del Señor se cumple.

Jóvenes, el Señor es justo. El Señor es vengador del pecado, tenedlo presente.



Acab herido mortalmente

Capítulo 90

ÚLTIMOS DÍAS DE ELÍAS Y SU ASCENSIÓN

2 Reyes 1

A la muerte de Acab le sucedió un nuevo rey, llamado Ocozías, hijo de Acab. Había sido educado en la impía corte de su padre. Jezabel, su madre, aún vivía. No es de extrañar, pues, que Ocozías sirva a los ídolos, ya que lo ha venido realizando desde su niñez. Además, su madre pagana le incitaba a seguir sirviendo a Baal.

Un día el rey, estando en la sala de su palacio, se cayó por una ventana. Sus criados acuden corriendo, recogen al rey con sumo cuidado y lo meten en la cama donde permanece echado, incapaz de realizar su trabajo, cuando precisamente tiene muchas ocupaciones, ya que estaba haciendo los preparativos para la guerra.

¿Contra quién preparaba la guerra?

El rey de Moab había sido sometido por los israelitas y cada año tenía que pagar como impuesto a Acab cien mil corderos y cien mil carneros sin esquila, lo cual incluía la lana.

Cuando Acab muere, el rey de Moab trata de aprovechar la ocasión para rebelarse contra Israel y liberarse del pago de los impuestos. Piensa que ya ha pagado en exceso.

Cuando Ocozías se entera quiere vengarse y hace proyectos para invadir Moab con su ejército. Castigará al rey desobe-

diente y seguirá exigiéndole los tributos. Obligará al rey de Moab a que cumpla sus deberes. Pero sufre una gran decepción por causa de su accidente.

Echado en su cama está impaciente, quiere saber cuánto durará su enfermedad y para ello envía unos mensajeros para que pregunten cuánto tardará en restablecerse:

–Id –ordena– y preguntad si he de sanar de mi enfermedad.

¿A quién deben consultar? ¿A Elías el profeta? ¿Al Dios de Israel?

No, los envía a Ecrón, una de las cinco ciudades de los filisteos, como recordaréis. Allí adoran al ídolo Baal-zebub, es decir, el «dios de las moscas». Es algo terrible.

Ocozías sabe que no puede burlarse del Dios de Israel, lo recuerda por la suerte que corrió su padre Acab. Sin embargo, envía a sus mensajeros a ese ídolo, ese «dios de las moscas». Lo hace para provocar al Dios de Israel. Los mensajeros salen y Ocozías queda impaciente esperando la respuesta.

¿Creería sinceramente que aquella estatua de piedra iba a ayudarle?

Tal vez sí, ya que se queda esperando el resultado con angustia.

Llaman a la puerta de la habitación donde yace enfermo. La puerta se abre y entran... los mensajeros que acaban de salir para Ecrón.

Ocozías, el rey, los mira con sorpresa. Es imposible que estén de vuelta de la ciudad de Ecrón, acababan de salir...

–¿Por qué volvéis? ¿por qué no hacéis lo que os he ordenado? –pregunta indignado.

–Rey y señor –contestan– acabábamos de pasar por la puerta de Samaria, camino de Ecrón, cuando un hombre vino a nuestro encuentro. Se detuvo ante nosotros y nos dijo que volviéramos y te dijéramos que no sanarás, sino que morirás a consecuencia de tu caída. Aquel hombre nos dijo que era un castigo, por no habernos enviado al Dios de Israel, sino a Baal-zebub para consultar acerca de tu restablecimiento.

Callan, han transmitido el mensaje tal como se lo habían dado y quedan esperando la respuesta del rey. ¿Les enviará nuevamente a Baal-zebub? Se hace silencio.

Luego Ocozías les pregunta:

–¿Cómo vestía el varón que encontrasteis y que os dio el mensaje?

Le responden:

–Era un varón con vestido de pelo de camello y que ceñía sus lomos con un cinturón de cuero.

Una sonrisa burlona aparece en el rostro de Ocozías, aunque posiblemente esta noticia no le ha hecho ninguna gracia.

–Ya me parecía a mí –dice. Es Elías tisbita.

Conoce a Elías. ¿Por qué, entonces, no le ha consultado?

No quería hacerlo, pues odia a Elías. Es verdad que Elías nunca le ha molestado, pero teme a aquel enviado de Dios.

De inmediato ordena a un capitán con cincuenta soldados que apresen a aquel enviado de Dios, al profeta valiente.

En las afueras de Samaria Elías está sentado en un montículo. Pronto el capitán y sus soldados ascienden al montículo y, como no tiene muchos deseos de prender a Elías, sube gritando:

–Varón de Dios, desciende. El rey lo ordena, desciende.

Dice: «Varón de Dios», pero no habla en serio, no cree que Elías sea en realidad un siervo de Dios. Se burla de él, desafía a Elías.

Sin embargo, no puede burlarse del Señor y Dios no permite que se burlen de sus siervos. El que se atreva a hacerlo será castigado.

Elías con toda seriedad le responde:

–Sí, yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo y cósumate con tus cincuenta.

De repente, desciende fuego del cielo y aquellos burladores caen fulminados al suelo, el fuego del cielo los ha matado.

Ocozías está esperando, pero sus servidores no vuelven. Su capitán y aquellos cincuenta soldados están muertos en el suelo, no pueden volver.

Ocozías envía un segundo capitán con otros cincuenta soldados para que cojan a Elías. Este capitán también se burla de Elías y nuevamente desciende fuego del cielo y todos mueren.

Ocozías no se da por vencido, desoye todas estas serias advertencias y por tercera vez envía otro capitán con otros cincuenta soldados al monte.

Temblando y con temor, aquel capitán se aproxima al monte donde está Elías sentado.

Ve los cadáveres de sus compañeros y tembloroso cae de rodillas ante Elías.

–Varón de Dios –dice– te ruego que me salves a mí y a mis hombres. El fuego ha consumido a estos capitanes y sus hombres, pero ahora sea mi vida y la de mis soldados de valor ante tus ojos. El rey me ha enviado para apresarte y he de obedecer.

Este capitán no se burla.

Elías se levanta y sin ningún temor le acompaña al palacio real, porque el ángel del Señor ha dicho a Elías que debe acompañarle.

Poco después está junto al lecho, donde está el rey herido.

–Así dice el Señor, Dios de Israel –dice Elías sin temor– morirás, pues no has querido consultar al Señor, sino a Baalzebub sobre tu restablecimiento.

Después de dar este mensaje tan terrible Elías se marcha tranquilamente.

Ocozías le deja ir, no se atreve a encarcelar a Elías.

Pocos días después unos hombres portan el cadáver de Ocozías, rey de Israel, hacia el sepulcro.

La palabra del Señor, dicha por el profeta Elías, se ha cumplido. Ocozías no se ha restablecido, ha muerto.

Ocozías no reinó mucho tiempo, su reinado no duró dos años. De esta forma, el rey impío de Israel fue castigado por el Señor. No tenía hijos y por este motivo le sucedió su hermano Joram, que también era hijo de Acab y Jezabel.

2 Reyes 2:1-12

Dos hombres caminan desde Gilgal hacia Bet-el. Gilgal es el pueblecito donde acamparon los israelitas cuando pasaron el



Una escuela de profetas

Jordán bajo el mando de Josué. Bet-el es el lugar donde está uno de los becerros de oro.

Aquellos dos hombres son Elías y su sucesor Eliseo.

¿Recordáis que Elías puso su manto sobre los hombros de Eliseo, cuando volvió del monte Horeb?

Desde entonces Eliseo ha acompañado siempre a Elías. Sin embargo, en esta ocasión Elías dice a Eliseo que no debe acompañarle hasta Bet-el. Pero Eliseo no ha querido abandonar a su querido señor y ha contestado:

-Sí, voy contigo, no te dejaré.

En Bet-el hay una escuela de Profetas y Elías va a visitarla para despedirse de aquellos profetas.

Los profetas jóvenes dicen a Eliseo:

-¿Sabes que el Señor te quitará hoy a Elías?

Eliseo responde:

-Sí, lo sé.

Seguramente el Señor se lo había revelado.

Después de hablar por última vez a los profetas de Bet-el, se despide de ellos. Luego abandona Bet-el y marcha camino de Jericó, donde también hay una escuela de profetas.

-Quédate en Bet-el -dice a Eliseo.

Pero Eliseo no consiente en ello y va con él, no quiere abandonar a su señor.

Los profetas de Jericó dicen también a Eliseo que su señor le será quitado. Desde Jericó Elías se dirige al río Jordán. De nuevo quiere dejar a Eliseo, pero éste se niega otra vez. No quiere dejar solo a Elías, le acompañará. Pronto los dos hombres están a la orilla del Jordán. Quieren pasar el río. Pero... ¿Cómo...?

Mirad, Elías dobla su manto y lo pone sobre el agua y... se abre un sendero por el Jordán.

Elías y Eliseo pasan por este camino en el río al otro lado. Es un nuevo milagro del Dios omnipotente.

Cuando los dos hombres llegan a la orilla el agua continúa corriendo normalmente.

Hablando siguen su camino, van serios pues ambos saben que va a suceder algo, pero desconocen qué será. Sin embargo, Elías será quitado, pero... ¿Cómo...?

De pronto Elías dice a Eliseo:

-Pide lo que quieras que haga por ti, antes de que sea quitado de ti.

Eliseo pide algo a Elías, pues Elías le dice que lo que quiera le dará.

Eliseo responde:

-El Señor te ha ayudado de forma maravillosa en toda tu obra. Ahora que serás separado de mí, quiero que el Señor me ayude también en este duro trabajo. Que el Señor me dé también a mí fuerza y sabiduría.



Elías y Eliseo junto al Jordán

—Eso no puedo dártelo —continúa Elías— sólo Dios puede hacerlo. Pero si me vieres cuando fuere quitado de ti, entonces es señal de que el Señor te ha dado lo que has pedido.

Elías no dice más. Continúan su camino y de pronto se inicia una tormenta, caen rayos y suenan truenos. De repente Eliseo ve un carro de fuego con caballos de fuego conducido por ángeles. En aquel carro es llevado Elías subiendo hacia el cielo. Eliseo se queda parado mirando cómo su querido señor asciende. Un santo temor llena su corazón y exclama:

–Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo.
¿Qué quiere decir con esto...?

Amigos, para los israelitas Elías tenía más valor que un gran ejército con muchos carros y miles de jinetes, pues Elías oró por su pueblo, Elías amó a su pueblo y desde ahora los israelitas quedaban privados de su mejor amigo y protector; es por eso que Eliseo dice estas palabras.

Junto a Eliseo cae algo, es el manto de Elías, Eliseo lo ve pero no lo recoge, sino que sigue mirando a Elías hasta perderle de vista cuando aquel desaparece en los negros nubarrones de la tormenta.

A causa del pecado ha venido la muerte al mundo. Todos debemos morir, unos jóvenes, otros niños, otros ancianos, pero todos morimos. ¿Todos...? No, Elías no muere, Elías es transportado al cielo en cuerpo y alma.

Ya vimos otro personaje que fue llevado también al cielo, ¿lo recordáis? Fue Enoc, que vivió en el tiempo anterior al diluvio.

En el Antiguo testamento ha sucedido con dos personas: Enoc y Elías.

Es una alegría para Elías; desde este mundo en el que abundan las penas y miserias es llevado a la gloria eterna donde no hay penas, ni miserias. Así el Señor llevó al cielo a su fiel siervo en un carro de fuego.

Capítulo 91

EL PROFETA ELISEO

2 Reyes 2:13-22

Lentamente el profeta Eliseo se vuelve hacia el Jordán, su amado Señor ha sido llevado al cielo en un carro de fuego. Sin embargo Eliseo no se acostumbra a la soledad pues necesita el apoyo de Elías; su corazón está lleno de añoranzas, pero sólo piensa en Elías y de esta forma no siente aflicción, su señor ha sido liberado de todas las miserias humanas.

Cuando Elías se pierde de vista, Eliseo recoge su manto y se vuelve. De ahora en adelante no puede contar con la ayuda de Elías, ahora tiene que continuar la ardua tarea de Elías.

¿Tendrá que hacerlo solo...? No, le es imposible, ese trabajo sobrepasa sus fuerzas. Es verdad que Elías ya no estará más con él, pero el Dios de Elías sí estará presente, porque Él permanece para siempre.

Una calma serena llena el alma de Eliseo, ensimismado llega al Jordán y sin darse cuenta está en la orilla. ¿Qué hacer ahora...?

Poco antes había atravesado el río con Elías por un camino que Dios les abrió, pero ese camino ya no está allí. ¿Cómo podrá llegar a la otra orilla?

Eliseo toma el manto de su señor y lo pone sobre las aguas, lo mismo que hizo Elías. Al otro lado del río los jóvenes de la escuela de profetas le están esperando. No vayáis a pensar que

Eliseo pone el manto de Elías sobre las aguas para demostrar a los jóvenes profetas que él es capaz de hacer un truco, no, escuchad lo que dice:

—¿Dónde está el Señor Dios de Elías?

Es como si quisiera decir:

—Señor, separaste el agua del río para que pasara mi señor. Tú eres el mismo, ayúdame para que también yo pueda volver.

A su ruego el Señor abre de nuevo un camino y por él llega a la otra orilla del Jordán.

Cuando los jóvenes profetas lo ven dicen:

—Mirad, el espíritu de Elías reposa sobre Eliseo.

Acuden a su encuentro y se postran ante él en tierra.

Amigos, el Señor ha hecho que Eliseo tuviera la misma estima que tuvo Elías y era conveniente que fuera así ya que ahora Eliseo habría de dirigir las escuelas de profetas.

Los jóvenes profetas dicen a Eliseo:

—Permítenos que busquemos el cadáver de Elías para que podamos darle una digna sepultura.

Eliseo les responde:

—No es necesario porque Elías ha sido tomado por Dios y llevado a Su gloria en cuerpo y alma.

—Sí, —responden— pero si ha sido así y el cuerpo de Elías no es sepultado lo devorarán las fieras.

Tanto insisten que Eliseo termina por decirles:

—Bien, id a buscarlo y tratad de encontrarlo.

Durante tres días buscan insistentemente por toda la región, pero todo es inútil, no encuentran nada, ya que el cuerpo de Elías no está en la tierra, sino en el cielo. Vuelven desanimados y Eliseo les dice:

—Ya os lo había advertido.

Eliseo permanece durante unos días en la ciudad de Jericó y los habitantes aprovechan para pedirle una cosa:

—Señor —dicen— nos gusta vivir en Jericó y estamos contentos aquí, pero el agua es muy mala.

Es una queja y están convencidos de que Eliseo les podrá ayudar.

—Traedme una botija nueva y poned en ella sal —dice Eliseo.

Muy pronto tiene ante sí la botija, el profeta la toma, va a la fuente y echa en ella la sal. ¿Qué hace Eliseo? Ahora no podrán beber aquel agua pues estará muy salada.

No ocurre tal cosa, sino que el agua se convierte en un agua muy fresca y potable y desde aquel momento el agua ya no tiene mal sabor. El Señor ha sanado aquel pozo por medio de su siervo Eliseo; no lo pueden hacer los hombres, sólo el Dios omnipotente.

2 Reyes 2:23-25

Se oyen gritos confusos... allá marcha un hombre seguido por una banda de jovencuelos que le gritan e injurian.

¿Hacéis vosotros eso? ¿Insultáis o injuriáis a los ancianos por la calle...? No lo hagáis nunca, sería una vergüenza.

Aquellos jovencuelos van gritando tras el hombre:

–Calvo, sube; calvo, sube.

¿Quién es aquel hombre...? Es Eliseo que camina desde Jericó a Bet-el. ¿Por qué se atreven a reírse y a injuriar a un profeta del Señor?

En Bet-el estaba el becerro de oro hecho por Jeroboam y los habitantes de Bet-el estaban orgullosos de ello porque así todos los israelitas venían a visitar el pueblo y ello reportaba ganancias ya que tenían que comer y dormir allí. Además les parecía que era un gran honor para el pueblo y deseaban que esto siguiera así. No les preocupaba que el Señor estuviera ofendido por ello.

Elías siempre había advertido al pueblo contra esos becerros de oro y por esta razón odiaban a Elías. Ahora se han enterado de que Elías ha sido transportado al cielo y que Eliseo es el nuevo profeta y le odian, se refieren a él con burlas y menosprecios; lo hacen en presencia de sus hijos y éstos, cuando ven a Eliseo, marchan detrás de él burlándose.

–Calvo, sube –le gritan en tono de burla. Con ello quieren decirle: «Desaparece como Elías».

Eliseo oye los gritos y también cómo se burlan de la ascensión de Elías. No puede soportarlo, ni admitirlo. Se vuelve y les maldice en el nombre del Señor.

De repente se escucha un rugido al borde del camino y aparecen dos grandes osos, los muchachos dan gritos de terror y tratan de huir, pero es demasiado tarde, cuarenta y dos niños son matados y despedazados por aquellos osos.

Es un suceso terrible. Es el castigo del Señor a causa de su impía burla. Los padres de esos muchachos están llenos de tristeza. Ahora lloran, pero la culpa ha sido de ellos, que han dado un mal ejemplo a sus hijos y he aquí las consecuencias.

Es una historia espantosa, pero está en la Biblia para advertirnos también a nosotros. Jóvenes, no os burléis jamás del pueblo de Dios, ni de sus siervos, pues si lo hacéis tened la seguridad de que el Señor os castigará.



Los niños de Bet-el castigados por burlarse

2 Reyes 3

Por el desierto, situado al sur de Canaán, marcha un ejército numeroso. No es un solo ejército, en realidad son tres ejércitos, mandados por tres reyes, marchan camino de Moab. Como ya sabéis, cada año el rey Moab tenía que suministrar cien mil corderos y cien mil carneros al rey de Israel. Después de la muerte de Acab se negó a seguir suministrando esos animales. Ocozías, que sucedió a su padre, hizo los preparativos para hacer la guerra al país insurrecto, pero a causa de su caída por la ventana no pudo llevarlo a cabo.

Ahora su hermano Joram gobierna Israel y después de haber reunido al ejército se pone en camino de Moab para castigar al pueblo rebelde. Le acompaña Josafat, rey de Judá, y el rey de Idumea.

El pueblo de Idumea había sido sometido por David y ahora seguía sirviendo al rey de Judá.

Los tres reyes harán volver a los moabitas a la obediencia. Caminan al margen del Mar Muerto, van dando un gran rodeo y además han de atravesar un ardiente y seco desierto. Ya llevan marchando siete días y aún no ha terminado el viaje.

El agua que llevan para el viaje se les agota, miran por los alrededores y no encuentran ni una sola fuente. Como sigan así, todo aquel numeroso ejército morirá de sed.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta Joram a Josafat con gran preocupación. El Señor quiere entregarnos en manos de los moabitas.

Echan la culpa al Señor.

Sin embargo, Josafat pregunta:

—¿No hay aquí ningún profeta del Señor?

Josafat, hombre temeroso de Dios, siempre recurre al Señor, no puede hacer nada sin consultar al Señor.

Uno de los siervos de Joram que oye la pregunta responde a Josafat:

—Sí, el profeta Eliseo está con nosotros.

—Es un profeta del Señor —dice Josafat con alegría— no nos engañará, nos comunicará la palabra del Señor.

Van a ver a Eliseo, pero éste no se muestra amable con Joram.
Dice:

–Ve a los profetas de tu padre y de tu madre, que ellos te saquen de apuros.

Ante la insistencia de Joram, Eliseo se decide a pedir consejo al Señor.

–Pero –dice Eliseo– lo hago sólo por causa del rey Josafat; a ti no te hubiera escuchado.

El Señor atiende el ruego de Eliseo y obra una salvación maravillosa. Tienen que abrir zanjas en las resacas arenas del desierto. Sin tardar los soldados son convocados e inician el trabajo, les va en ello la vida. A la mañana siguiente, cuando los soldados se despiertan ven con asombro que viene agua del desierto y todas aquellas zanjas se llenan hasta rebosar.

El Señor realiza un gran milagro para salvar a esos miles de soldados de la muerte.

Además el Señor, Dios de Israel, da a Josafat la prueba de que Él es más fuerte que todos los ídolos.

Con gran alegría aquellos miles de soldados corren hacia las zanjas y beben con avidez el agua. No morirán de sed.

Es Dios quien les ha salvado de esta angustiada situación y ese mismo día se obra otro gran milagro.

Los moabitas con su ejército guardan los límites de su país. Cuando sale el sol y sus rayos se reflejan sobre el agua de las zanjas parece un mar de sangre. Los moabitas creen que se ha desencadenado una lucha entre los ejércitos de los tres reyes y que se han matado los unos a los otros. Apresuradamente se precipitan a robar cuanto pueden y de repente son atacados por el ejército de los tres reyes y sufren una gran derrota, su país es destruido.

Una vez más se mostró la ayuda del Señor.

Capítulo 92

EL PROFETA ELISEO

(Continuación)

2 Reyes 4:1-7

En una ocasión una mujer se dirige a Eliseo, se trata de una viuda pobre.

–Señor –le dice con voz quejosa– ayúdame.

–¿Qué quieres? –pregunta el profeta Eliseo.

–Ha muerto mi marido –dice la mujer– y tú sabes que servía al Señor. En vida de mi marido tomamos un préstamo, pero ha muerto antes de que pudiéramos devolverlo y ahora el acreedor me exige que le devuelva el dinero. Pero no tengo nada, no puedo devolvérselo y quiere tomar a mis dos hijos como criados y, si es así, me quedaré sin nada.

Eliseo se compadece de aquella pobre mujer. Ha conocido a su marido, que también era profeta y le ha visto muchas veces en una de las escuelas de los profetas.

–¿Qué te queda en casa? –pregunta Eliseo.

–Sólo tengo una botija de aceite, eso es todo lo que tengo –responde la mujer en voz baja.

–Ve –dice Eliseo a la mujer– y pide a tus vecinos los recipientes vacíos que tengan. Procura conseguir el mayor número posible de ellos. Después entra con tus hijos en tu casa y cierra bien la puerta y echa el aceite en todos los recipientes que has conseguido.

La mujer sigue su consejo. Sus hijos recogen todos los recipientes vacíos que están disponibles. Entran en casa y la mujer comienza a llenar todas aquellas vasijas con el aceite de su botija.

¿Cómo es posible...? Sí, jóvenes, es imposible, pero así sucede. El aceite no se termina. Para el Señor no hay nada imposible, es un milagro.

Cuando todos los recipientes están llenos ya no sale más aceite de la botija. Tienen una gran cantidad de aceite. Por consejo de Eliseo lo vende y con el dinero que obtiene paga la deuda y aún le sobra dinero para vivir ella y sus hijos.



Se llenan muchas vasijas

El Señor ha librado a aquella viuda pobre de sus sufrimientos y dificultades, el Señor se ha cuidado de ella. Él sigue haciendo lo mismo actualmente. Sale en defensa y se cuida de las viudas; en la Biblia se nos dice que Él es el Esposo de las viudas.

2 Reyes 4:8-17

Eliseo va recorriendo todo el país. Tiene un criado que le ayuda en sus necesidades. Es Giezi.

Muchos milagros fueron realizados por medio del profeta Eliseo quien también ha predicado y amonestado al pueblo para que se aparten de los ídolos. Durante sus viajes acostumbra a pasar regularmente por el pueblo de Sunem, situado cerca de Jezreel. Un día, cuando llega a Sunem, una mujer sale de su casa y dirigiéndose a él, le dice:

–Señor, entra en mi casa para que descanses y comas algo.

Probablemente Eliseo se queda sorprendido, ya que no solía ocurrir esto, sino más bien que se burlaran de él.

–Con mucho gusto –responde–, y sigue a la mujer hacia su casa. Ésta le prepara comida y Eliseo come y bebe. Cuando ha finalizado y se levanta para marcharse, la mujer le dice:

–Cuando vuelvas por Sunem, mi casa siempre estará abierta para ti. Puedes venir siempre que lo desees, siempre serás bienvenido.

Eliseo agradece amablemente la hospitalidad de esta mujer y sigue su camino. Esta acción hospitalaria le ha animado.

Desde entonces Eliseo frecuenta con asiduidad la casa de aquella mujer sunamita. Ni una sola vez pasa de largo ante esta casa. El marido de esta mujer también es amable con el profeta del Señor.

No todos los israelitas han doblado sus rodillas ante Baal. Los hay que temen sinceramente al Señor, aunque sean un número reducido. Esta familia es una de aquellos pocos israelitas.

No es de extrañar que Eliseo llegue a amar a estas personas.

Les visita con mucho agrado porque en su casa se siente cómodo; también él puede darse cuenta de que le aman.

Eliseo les visita una vez más. Cuando se ha marchado, la mujer dice a su marido:

—Es una lástima que Eliseo sólo permanezca aquí un ratito. Sería conveniente preparar una habitación para él y así, si lo desea, puede quedarse a dormir.

El marido está de acuerdo y además pueden hacerlo, pues son ricos.

Construyen una habitación y cuando está terminada la mujer pone en ella una cama, una mesa y una lámpara; esta habitación está a disposición de Eliseo. La mujer lo limpia todo y lo reserva para el profeta.

Una vez más Eliseo llega a la casa y allí le muestran la habitación que le han preparado. Eliseo está conmovido, es demasiada cordialidad para él. Desde ahora cuando haga calor o desee pasar allí la noche, podrá hacerlo porque además sabe que siempre es bienvenido.

—Si pudiera él hacer algo en favor de ellos —piensa.

Bueno, les preguntará si tienen necesidad de algo.

—Giezi, ven aquí —llama a su criado.

Éste se acerca.

—Ve a la mujer sunamita y dile si quiere venir a verme —dice.

Pronto ella está en su habitación.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunta Eliseo— ¿Puedo pedir algo al rey para ti?

—No, señor —responde— vivo en medio de mi pueblo y estoy orgullosa de ello. No necesito nada.

La mujer se marcha:

—Señor —dice Giezi cuando la mujer se ha marchado— sé algo que la haría estar muy contenta.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta el profeta.

—No tiene hijos y su marido es viejo —responde el criado.

—Dile que vuelva —ordena el profeta.

Nuevamente la sunamita está ante Eliseo.

—Mujer, no tienes hijos, ¿verdad? El año próximo, por este tiempo tendrás un hijo.

Al oír estas palabras la mujer se ruborizó. No contaba con esto.

–Señor –dice con voz temblorosa– no te burles de tu sierva.

Quiere decirle: «No permitas que me haga ilusiones con algo que no puede suceder».

No puede creerlo, sin embargo así sucedió. No porque Eliseo pudiera hacerlo, sino porque él oró al Señor y el Señor atendió su ruego.

Cuando después de algún tiempo Eliseo vuelve a verla, efectivamente tiene un hijo. Su rostro brilla de felicidad. Da gracias a Eliseo, pero sobre todo da gracias al Señor.

2 Reyes 4:18-37

Han pasado los años, han sido años de prosperidad y felicidad para aquella familia. El hijo ha crecido y corretea alrededor de la casa.

Un día el hijo pide permiso a su madre para ir al campo, donde está su padre con los criados segando el trigo.

–Bien, pero ten cuidado –le dice con preocupación al niño.

Éste se dirige hacia el campo.

Pronto llega al campo donde está su padre, hace mucho calor, el cielo está completamente despejado y hay un sol ardiente.

El chico mira con interés como todos trabajan, le parece un trabajo muy interesante y le gusta.

De repente se lleva las manos a la cabeza y grita:

–Me duele mucho la cabeza, padre, me duele mucho la cabeza.

El padre ordena a uno de los criados que lo lleve rápidamente a casa y éste lo hace sin tardanza, lo entrega a la madre y se vuelve al campo a trabajar. La sunamita toma al niño en su regazo pensando que así se restablecerá enseguida. Pero el niño no mejora, al contrario, se pone peor.

El niño llora angustiosamente por el dolor. La madre se inquieta, no había pensado que podría ser algo tan grave. ¿Qué

hacer? Desde lo más profundo de su alma ruega al Señor que lo sane. Pero parece como si el Señor no escuchara.

Al atardecer su hijo muere. Un dolor indescriptible llena el corazón de aquella madre. Se levanta, va a la habitación del profeta Eliseo y mete al niño en la cama; si Eliseo estuviera con ellos...

De repente toma una decisión:

–Voy a buscar a Eliseo.

Envía un mensaje a su marido pidiéndole que envíe un criado con una asna y cuando el criado llega se pone de inmediato en camino. Seguramente no le ha dicho a su marido que el hijo ha muerto.

Eliseo estaba en el monte Carmelo. Cuando a lo lejos ve que la mujer se acerca se asusta.

–Sin duda ha sucedido algo –piensa– debe tratarse de algo grave.

Dice a Giezi:

–Corre a su encuentro y pregúntale si todo va bien en su casa, si están todos bien.

Ella no quiere decir nada al criado, quiere decírselo a Eliseo en persona.

Cuando llega al monte Carmelo, cae llorando a tierra ante el varón de Dios y se agarra a sus pies.

Giezi la mira irritado y quiere apartarla.

–No, no lo hagas, déjala que llore hasta que se desahogue –le dice Eliseo– ¿no ves que está muy afligida y no sé qué es lo que ha pasado? El Señor me lo ha encubierto. No me lo ha revelado. Por fin la mujer se calma un poco y dice:

–Señor, ¿pedí yo a mi hijo? ¿No te dije que no te burlases de mí?

Eliseo comprende lo que ha ocurrido.

–Pronto –dice a Giezi– toma mi bordón y ve directamente a su casa. No te detengas, ni saludes a nadie. Entra en su casa y pon mi bordón sobre el niño.

Giezi sale corriendo.

Pero la mujer sunamita se queda con Eliseo y le dice:

–Señor, no te dejes, ven tú conmigo.

El profeta se levanta y la acompaña al pueblo de Sunem. Cerca de la casa se encuentra con Giezi.

–He hecho lo que me has dicho–afirma– pero no ha dado ningún resultado. El niño no se ha despertado.

No tardan en llegar a la casa y Eliseo entra. El niño está muerto en su cama. Cierra la puerta, se pone de rodillas y ora. Pide al Señor que se digne resucitar al niño. Sabe y cree que el Señor puede hacerlo, pues es omnipotente.

Cuando ha terminado de orar se levanta y se echa sobre el niño. Siente que la cama del niño comienza a coger calor. Luego se pasea por la casa. De pronto el niño estornuda siete veces y después abre los ojos con sorpresa. El niño vive de nuevo.

Es la segunda vez que un muerto es resucitado. El anterior fue el hijo de la viuda de Sarepta, que fue resucitado por el profeta Elías.

Aquí el Señor nos demuestra que Él es soberano de la vida y de la muerte. Eliseo hace venir a la madre, la mujer está conmovida y con sumo respeto se inclina profundamente ante Eliseo. Después toma en sus brazos al niño y abandona la habitación del profeta del Señor.

2 Reyes 4:38-44

Israel está sufriendo una gran hambre. Es un severo castigo porque los israelitas se han apartado del Señor para servir a los ídolos. Bendición y castigo se alternan.

Durante esta hambre, Eliseo visita la escuela de profetas de Gilgal. Allí enseña a los jóvenes profetas acerca de las leyes e instituciones del Señor. Todos le escuchan con gran atención y tratan de retener bien todo cuanto les enseña. Es la hora de comer. Uno de ellos sale al campo para buscar algo, ya que no tienen pan. Encuentra un arbusto en el que crecía una especie de melón del tamaño de una manzana. Cuando lo ve piensa: «a lo mejor estos frutos se pueden comer».

Corta unos frutos y regresa y prepara una comida. Poco después todos están sentados a la mesa. Cada uno recibe un plato de esos frutos cocidos. Los prueban, pero rápidamente los escupen. Esto no puede comerse, tiene un sabor amargo. No se trataba de un alimento, sino de veneno. Si hubieran comido aquello habrían enfermado y hasta muerto.

–Varón de Dios –gritan– hay muerte en esa olla.

Eliseo, viendo sus rostros decepcionados, pregunta:

–¿Tenéis un poco de harina?

Sí, hay un poco, pero ni siquiera la suficiente para cocer un pan. Eliseo les ordena traer la harina, la esparce sobre el alimento envenenado, lo remueve todo y... el sabor amargo ha desaparecido. Ahora ya pueden comerlo, no es venenoso.

¿La harina ha transformado un alimento venenoso en comestible? Ni mucho menos, ha sido un milagro del Señor que lo ha hecho.

Poco después Eliseo recibe un regalo de un hombre modesto. Tiene veinte panes de cebada y trigo. No penséis, cuando hablamos de panes, que se trata de panes grandes; no, eran panecillos pequeños.

Eliseo no quiere comer ese pan solo, piensa en compartirlo con los demás. Sin embargo, es demasiado poco.

Su criado le dice:

–Señor, ten presente que aquí hay cien hombres, de manera que no habrá pan suficiente para todos.

Eliseo le ordena que lo reparta, el siervo obedece y lo que era imposible sucedió, todos comieron hasta saciarse y ha sobrado pan.

Es el poder del Señor, amigos, que de poco puede hacer mucho. La viuda de Sarepta tenía únicamente un poquito de harina y de aceite y, sin embargo, de ello vivieron durante meses. Para Dios no hay imposibles.

Jóvenes, cuando os encontréis en apuros orad al Señor y pedidle que os ayude. Él sí puede ayudar porque es el Creador del cielo y de la tierra.

2 Reyes 6:1-7

Durante un nuevo viaje, Eliseo visita la escuela de profetas de Jericó. La casa donde habitan se ha quedado pequeña, no hay sitio suficiente para todos los profetas y por ello quieren ampliarla construyendo más habitaciones.

–Señor –le dicen– ¿podemos ir al otro lado del Jordán para coger vigas? Queremos agrandar nuestra escuela.

–Muy bien –responde Eliseo– id al Jordán.

–¿Vienes con nosotros? –le preguntan.

El profeta no tiene inconveniente en acompañarlos. Rápidamente cada uno busca su hacha y no tardan en salir. Un hijo de los profetas no tiene hacha y pide una prestada.

Animados se dirigen al río y poco después suenan los golpes de las hachas sobre la madera de los troncos. Todos se esfuerzan al máximo. El joven profeta que pidió el hacha prestada en Jericó golpea con energía, pero de repente el hierro se desprende del mango y haciendo una gran curva cae en el agua. Asustado, el joven profeta sigue con la vista el hierro. Ha sido mala suerte, se ha quedado sin hacha y probablemente el hombre que se la ha prestado se enfadará con él. No se atreve a decírselo.

–Señor –dice a Eliseo– es un gran problema porque esa hacha no es mía, la he pedido prestada.

Con desconsuelo mira hacia el lugar donde el hierro desapareció en el agua.

Eliseo se compadece de él.

–¿Dónde ha caído el hierro? –pregunta.

–Ahí, señor, ahí –responde señalando el lugar.

Eliseo toma una de las astillas y la arroja al lugar indicado y de pronto el pesado hierro aparece flotando sobre el agua. Nuevamente Dios ha realizado un milagro. El joven profeta coge el hierro y de nuevo tiene su hacha.

Así era el profeta Eliseo, siempre dispuesto a ayudar en cualquier lugar donde se encontraba. Por todas partes era como un ángel salvador.

¿Por qué razón ha obrado el Señor tantos milagros si los israelitas no lo merecían? ¿Por qué lo ha hecho el Señor?

El Señor lo hace para que los israelitas puedan ver que Él es el Dios vivo, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de ellos. Los dioses a los que ellos servían no eran dioses, eran simples ídolos que no podían hacer milagros.

Por medio de los milagros quería decirles el Señor:

–Pueblo de Israel, dobla tu rodilla ante Mí y no ante estatuas mudas. Si necesitas algo, pídemelo a Mí; Yo quiero ayudarte, puedo ayudarte, te ayudaré si me lo pides. Pero si doblas tus rodillas ante esas estatuas mudas no te ayudaré.

Ésta es la razón por la que el Señor obra tantos milagros; el Señor bendice a los israelitas para avergonzarles, para que de nuevo doblen sus rodillas ante el Dios del cielo y de la tierra.

Pero Israel no lo hizo, no querían servir al Señor.

También el Señor os bendice a vosotros, os ayuda muchas veces. ¿Por qué? ¿Acaso lo merecéis? No. Lo hace para que le sirváis y temáis. Para que lo hagáis todo para su honor. Pero si no servís al Señor o lo que es peor, no queréis servirle, es porque tenéis un corazón que odia a Dios. Estamos destruidos por el pecado. Doblad vuestras rodillas y pedid al Señor que os dé un corazón nuevo, un corazón que le ame a Él.

Capítulo 93

NAAMÁN, EL SIRIO

2 Reyes 5

Una tropa de sirios atraviesa el país de Israel saqueando y robando. Destruyen las cosechas de los campos, invaden las casas y saquean todo aquello que les interesa. Cuando los israelitas tratan de defenderse son matados.

Reiteradamente estas tropas de soldados hacen incursiones en el país. Unas veces sólo toman plata y oro, en otras ocasiones se llevan a los jóvenes y a las jóvenes con ellos para hacerles trabajar como esclavos. En una de estas incursiones toman a una joven, ella pide socorro, pero es inútil, la arrastran (hasta es posible que la azoten) y la llevan con ellos a Siria, país lejano y lleno de enemigos de Israel. Allí es llevada como esclava para trabajar en casa de Naamán general del ejército sirio. Es un sirio muy conocido y noble, el pueblo le admira pues es un general muy valiente, habiendo llegado en una ocasión a liberar a Siria de sus enemigos. Esta joven israelita debe trabajar en su casa como esclava. Cuántas veces llorando ha recordado a sus padres, que tal vez no vuelva a ver nunca.

Sin embargo, Naamán y su mujer la tratan bien, no son crueles con ella. Es una suerte, ya que además podría haber sido tratada cruelmente.

Naamán, el sirio, es un hombre noble y honrado. Es rico y vive en una magnífica casa, tiene además muchos criados y

criadas. Pero, Naamán no es feliz... ¿Por qué...? ¿Qué más necesita...?

Tiene todas las riquezas pero no tiene salud, está enfermo, es muy infeliz, pues está leproso. Por fortuna en nuestro país no existen muchos leprosos, pero en los países orientales sí hay mucha lepra. Es una enfermedad bastante mala, el cuerpo se va cubriendo de llagas que producen dolor, las úlceras se van extendiendo y los dedos de las manos y pies van siendo roídos por ellas; los dientes caen, el rostro se deforma, es una enfermedad grave.

Pero lo peor es que la lepra era incurable entonces. Los leprosos no podían albergar ninguna esperanza de ser curados, ya que ni los mejores médicos podían hacer nada por ellos.

Naamán el sirio había sido alcanzado por la lepra. ¿Para qué le sirven todas sus riquezas y su fama, si no pueden devolverle la salud...?

Poco a poco la enfermedad se va extendiendo más, el dolor aumenta. Es probable que al comienzo de la enfermedad haya visitado varios médicos, pero sin ningún éxito. Naamán y su mujer sufrían por esta causa, la alegría había desaparecido de sus vidas.

La joven israelita sigue trabajando en casa de Naamán. A veces, interrumpe su trabajo y se queda pensativa. Siente gran compasión por su amo. Sabe que morirá a causa de esta enfermedad después de pasar años de sufrimiento y dolor.

Piensa que si su amo viviera en Canaán podría ser sanado, ya que allí vive un profeta que ha realizado muchos milagros, No sabe qué hacer si decírselo a su amo o no; quizás se rían de ella, pero al fin se decide:

–Se lo diré y que ellos decidan lo que deben hacer.

Va a su dueña y con vacilación le dice:

–Si mi señor viviera en Samaria podría ser curado, pues allí vive un profeta de nuestro Dios.

La mujer de Naamán no se burla de ella, ni mucho menos. Cuando conoce la noticia se siente feliz y se lo comenta a su marido.

También en el corazón de Naamán se infunde un rayo de esperanza,... ¿Podré ser curado...? Sería una felicidad. Cuanto



Tomando el consejo de una muchacha

más piensa en ello tanto más ansía viajar hasta Samaria. ¿Qué puede perder con ello? Decide hablar con el rey.

El rey está de acuerdo con el proyecto de Naamán, pues teme perder a su mejor general y decide ayudarle; para ello escribe una carta dirigida a Joram, el rey de Israel, en la que dice:

—Por la presente Naamán, mi general, se dirige a ti. Está leproso, te lo envío para que sea curado de su lepra.

Ben-adad, rey de Siria, piensa que Joram, rey de Israel, le pondrá en contacto con aquel profeta milagroso.

Escribe la carta, le pone su sello y se la entrega a Naamán. Éste marcha a su casa y prepara el viaje: lleva oro y plata en gran cantidad, así como vestidos preciosos; es un regalo para entregar al profeta de Israel. Es lo que se acostumbra a hacer en el país de Siria, donde hay muchos magos que suelen recibir muchos regalos por el empleo de su magia. Naamán piensa que Eliseo es también uno de esos magos que exigirán preciosos regalos. Pero para él no es problema ya que posee muchas riquezas.

Cuando todo está preparado, sube a su carro y emprende el viaje. Pero no viaja solo, le acompañan muchos de sus criados para protegerle en caso necesario.

Su mujer le sigue con la mirada hasta perderle de vista.

— — — — —

—He aquí una carta de Ben-adad, mi rey.

Con estas palabras Naamán entrega la carta sellada a Joram, rey de Israel. Después de un viaje feliz ha llegado a Samaria. Joram toma la carta, rompe el sello y lee el contenido. Mientras lee la carta se pone pálido y por fin dobla la carta, suspirando profundamente y mira a su alrededor. Luego rasga sus vestiduras y exclama con angustia:

—¿Soy yo Dios? Yo no puedo disponer de la vida ni de la muerte de nadie. ¿Cómo se atreve el rey de Siria a pedirme que cure a Naamán de su lepra? Yo no puedo hacerlo, sólo Dios puede hacer eso. Y si no ayudo a Naamán, el rey de Siria se enojará y me declarará la guerra.

Tiene miedo de que Ben-adad, rey de Siria, esté buscando un motivo para luchar contra él.

Sin embargo, Joram no piensa en enviar a Naamán al profeta Eliseo; no piensa en esa posibilidad pues Eliseo no es su amigo, él odia a Eliseo. Teme al profeta del Señor y no quiere escuchar las advertencias de aquel profeta fiel.

Pero Eliseo sí piensa en Joram. Cuando se entera de que Joram ha rasgado sus vestiduras, envía un mensaje al rey.

—¿Por qué has rasgado tus vestidos? Envíame a Naamán y entonces conocerás que hay un profeta en Israel.

Joram siente gran alivio y en seguida manda a uno de sus criados que acompañe al general sirio a la casa del profeta.

— — — — —

Ruido de carros retumba por las calles de Samaria y se detienen ante la casa de Eliseo.

Naamán queda esperando, piensa que Eliseo saldrá a recibirle ya que es un gran honor para el profeta que un famoso general de Siria se dirija a él. Piensa que el profeta le reconocerá, pasará su mano por las úlceras, rezará a su Dios y desaparecerá la lepra. Piensa que los magos de Israel actúan igual que los magos de Siria. Pero tiene que comprender que Eliseo no es un mago, sino un siervo del Dios omnipotente.

Se abre la puerta de la casa y un criado sale, es Giezi.

—Así dice mi amo —dice el criado de Eliseo al poderoso general— ve al Jordán y lávate siete veces en el río y serás sanado de tu enfermedad.

Giezi se vuelve a la casa y cierra violentamente la puerta tras de sí.

Naamán, desconcertado, le sigue con la mirada. Luego se enfada por la forma en que ha sido tratado. ¿Por qué no ha salido Eliseo? ¿Acaso un general como él no merece ser tratado con más respeto? Naamán se siente ofendido por Eliseo.

¿Que debe ir al Jordán? ¿Lavarse en ese río de aguas turbias y llenas de lodo? No, no está loco para hacer eso. En Siria hay ríos más grandes y limpios. ¿Qué se ha creído ese profeta...?

Rojo de ira ordena volver a su país.

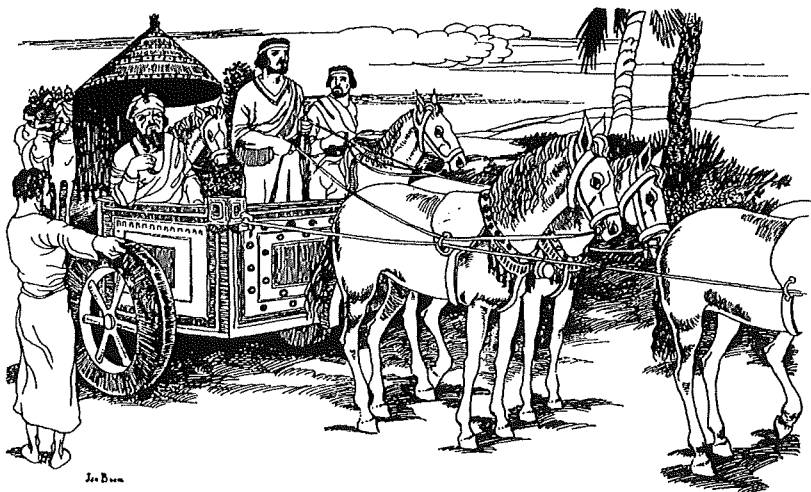
Es demasiado orgulloso para escuchar al profeta Eliseo.

Sus criados dudan, y no se atreven a desobedecer por miedo a que se enfade con ellos, sin embargo durante el camino tratan de hacerle cambiar de idea.

—Señor... —dicen con timidez.

—¿Qué pasa? —pregunta Naamán con impaciencia.

—Si ese profeta te hubiera pedido algo más difícil, sin duda



«Ve, y lávate siete veces en el Jordán»

que lo habrías hecho ¿verdad? Pero te ha pedido algo que no tiene importancia y no quieres hacerlo. ¿Por qué no haces la prueba? –le aconsejan.

–Tenéis razón –responde Naamán después de haber reflexionado. Vamos, haré lo que ha dicho. Volvamos al Jordán.

Sus criados obedecen prestamente, están alegres de que su general haya accedido y les haya escuchado.

Cuando llegan al Jordán, Naamán desciende del carro y se lava siete veces en el Jordán y... la horrible lepra desaparece. Está curado de esa enfermedad incurable. Nunca había soñado con ello.

Avergonzado sube de las aguas del río y da la orden de ir nuevamente a la casa de Eliseo. Quiere darle las gracias personalmente y entregarle una rica recompensa.

Rápidamente vuelven todos a Samaria.

De nuevo están ante la casa de Eliseo. Su corazón está lleno de respeto y gratitud hacia el profeta de Israel y también al Dios de Eliseo.

Se abre la puerta y en esta ocasión es el mismo Eliseo quien sale.

Primero Naamán debía aprender a obedecer, su orgullo y su presunción debían ser rotos.

–Ahora conozco –dice Naamán– que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. He venido para mostrarte mi agradecimiento y darte un regalo.

Sin embargo Eliseo no quiere aceptar ningún regalo, y lo hace a propósito.

El Dios de Israel no vende sus bendiciones, las da gratuitamente. Es necesario que Naamán comprenda la gran diferencia que hay entre los ídolos y el Dios vivo de Israel.

Naamán no puede entenderlo. A pesar de su insistencia, Eliseo rehusa aceptar el regalo.

–Si no quieres recibir nada –dice al fin Naamán– te hago un ruego: Déjame que tome tierra para edificar en mi país un altar en honor del Dios de Israel, porque en el futuro serviré a este Dios. He de advertirte que si debo acompañar a mi rey al templo pagano tendré que doblar las rodillas antes los ídolos, pero no lo haré sinceramente, será un convencionalismo. Te ruego me perdones por ello.

–Vete en paz –le responde Eliseo.

Lleno de gratitud y alegría Naamán vuelve a su país, está curado por completo. Será también una gran alegría para su mujer.

Con cara de descontento Giezi queda al lado de su amo; ha visto y oído todo y le parece absurdo que Eliseo no haya querido recibir nada. Así a él no le tocará nada. Ve como los carros se ponen en marcha y lo siente.

De pronto una idea le viene a la cabeza... correrá tras Naamán. Si Eliseo no quiere aceptar nada, él sí quiere recibir algo. Sigilosamente sale de la casa y corre tras el carro de Naamán; cuando Naamán lo advierte manda parar el carro y baja al encuentro de Giezi.

-¿Ocurre algo? -pregunta al criado de Eliseo.

Éste, jadeando de tanto correr, dice:

-No ocurre nada, pero inesperadamente mi amo ha recibido una visita, dos jóvenes de los hijos de los profetas han venido a verle desde el monte de Efraim. Eliseo quisiera tener para ellos un talento de plata y dos mudas de vestidos. ¿Es posible? Giezi es un embustero, esa historia se la ha inventado. Está engañando a Naamán. Pero Giezi no se preocupa, lo único que le interesa es el dinero y los vestidos.

-Naturalmente -responde Naamán- pero en lugar de un talento de plata te daré dos.

Siente alegría de que al fin pueda dar algo. Ordena a dos criados que lo lleven a casa de Giezi, éste hubiera preferido que no le acompañaran, pero no se atreve a decir nada.

Cuando se aproxima a casa de Eliseo, les dice:

-Yo puedo llevarlo solo, volveos aprisa.

Toma la plata y los vestidos y los mete en otra casa para que Eliseo no se entere.

Aparentando gran normalidad vuelve con el profeta. Éste le escudriña con la mirada.

-¿De dónde vienes, Giezi? -le pregunta- ¿Qué has hecho?

Sin pestañear Giezi responde:

-No me he movido de aquí.

Eliseo le dice con severidad:

-No debes engañarme. Sé lo que ha ocurrido. Secretamente has ido en busca de Naamán y has aceptado su regalo. No ha sido oportuno. Naamán debía darse cuenta de que el Dios de Israel ayuda a cambio de nada. No debías haber hecho esto. Pero por haberlo hecho serás castigado severamente, pues se trata de la gloria de Dios. La lepra de la cual ha sido curado Naamán, se te pegará a ti y a tus hijos.

Avergonzado, Giezi permanece ante su amo y, cuando éste termina de hablar, se marcha. Deja la casa del profeta y su rostro ya está blanco por las úlceras. Está leproso. Ahora él padece esta enfermedad. Es el castigo a su avaricia. ¿De qué le sirve ahora el dinero...?

Esta historia es una advertencia para nosotros, jóvenes.

Nunca tratemos de enriquecernos por medio de la mentira y el engaño, porque la bendición del Señor nunca podrá estar en esto. Es imposible. Si lo hacemos así tendremos maldición.

Si necesitáis algo, pedídselo al Señor. Él no rechazó a Naamán, ni rechazará a ninguno de nosotros si lo que pedimos lo pedimos con humildad y nos es necesario y es para su gloria.

Capítulo 94

===== BENDICIÓN Y CASTIGO =====

2 Reyes 6:8-14

Ben-adad, el rey de Siria, se pasea nerviosamente por su palacio, y a veces se le ve irritado.

—¿Cómo debemos hacerlo? —susurra. Cada vez nos sale peor. Parece como si el rey de Israel supiera lo que decidimos aquí.

Una idea atraviesa su mente. La sangre le sube a la cabeza, y aprieta sus puños. Llama a uno de sus servidores y le ordena que haga venir a sus generales y oficiales. El servidor se aleja.

¿Por qué está enfadado el rey Sirio...?

Prepara la guerra contra Joram, rey de Israel. Antes prepara junto con sus generales y oficiales las medidas a tomar, el lugar al que irán y desde el que comenzarán sus incursiones para tomar la tierra de Israel. Todo se prepara con detalle para la lucha. El ejército sirio invade Canaán, va hacia el lugar convenido y... todo fracasa. El rey Joram ya ha tomado medidas y el ejército sirio es expulsado del país.

Ben-adad y sus siervos hacen nuevos proyectos. Escondrán un ejército en el campo. Si Joram pasa por allí, le sorprenderán y capturarán. El proyecto están tan bien ideado que no parece haber ninguna duda sobre su éxito, pero nuevamente fracasan. Parece como si Joram lo supiera todo. Por tercera vez Ben-adad, con los jefes de su ejército, hacen nuevos proyectos y una vez más acaban en el fracaso.

Ben-adad está furioso. ¿Cómo deberá hacerlo? Pensando en ello se pasea nerviosamente por el palacio. ¿No será alguna traición...? Ésta es la razón por la que ha enviado a buscar a los generales y oficiales

Todos los jefes del ejército están reunidos en la sala del palacio. Con mirada severa Ben-adad escudriña a los allí presentes.

Todos guardan silencio esperando que hable el rey .

—¿Quién de vosotros ayuda a Joram, el rey de Israel? Está claro que entre nosotros hay algún traidor, ya que todos nuestros proyectos van al fracaso; creo que Joram es avisado de nuestros planes, pero ¿quién es el que le avisa?

Guarda silencio, mientras con mirada inquisitiva examina a sus servidores, que también permanecen en silencio . ¿Qué pueden responder al rey...?

¿Un traidor entre ellos...? Es imposible y... sin embargo, parece un misterio.

—Señor —dice de repente uno de los jefes— sé lo que sucede. Entre nosotros no hay ningún traidor, es el profeta Eliseo quien advierte al rey. Éste sabe exactamente todo lo que ocurre. Todo lo que discutimos aquí secretamente, Eliseo se lo hace saber a Joram el rey de Israel.

Ben-adad mira sorprendido a ese jefe y con cólera exclama:

—¿Dónde vive ese profeta? Vayamos y hagámosle prisionero.

Al poco tiempo se entera de que Eliseo está en Dotán, pueblo situado como a dos horas de camino desde Samaria.

Rápidamente Ben-adad da sus órdenes y reúne un ejército que se pone en marcha camino de Dotán para apresar a Eliseo y traerlo a Siria.

2 Reyes 6:15-23

En el este comienza a salir el sol, es muy de mañana, la mayoría de los habitantes de Dotán están aún durmiendo. El

criado de Eliseo ya se ha levantado. Abre la puerta y una expresión de angustia se refleja en su mirada.

Dotán estaba situado sobre un monte y desde él se podía abarcar con la mirada todos los alrededores.

El criado de Eliseo mira a esta hora de la mañana y lo que descubre le hace palidecer. No es extraño ya que el muchacho vea todo el monte rodeado por un poderoso ejército. Son los sirios. En los alrededores ve caballos y carros de combate. No hay forma de escapar de allí; están perdidos, encerrados en una trampa.

Apresuradamente entra en la casa y dice a Eliseo:

–Señor, señor ¿qué hacemos? –dice temblando y mirando a su amo con angustia.

Sin embargo, Eliseo no se asusta por esta noticia, sabe lo que pasa, el Señor se lo ha revelado.

Tranquilamente le responde:



Los sirios en Dotán

–No tengas miedo porque son más los que están con nosotros, que los que están con ellos. No estamos solos, tenemos protectores poderosos.

Su criado sorprendido le mira:

–¿Qué hay más con nosotros que con ellos?

No hay más que soldados sirios... ¿Qué quiere decir Eliseo? No entiende nada.

Eliseo ve la expresión de sorpresa e incredulidad en el rostro de su criado y sonrío.

–Señor mío –ora– abre los ojos de mi criado para que vea lo que veo yo.

Su ruego es atendido y el Señor deja ver al criado lo que dice el profeta. El monte entero está ocupado por caballos y carros de fuego.

Ben-adad ha enviado un gran ejército para prender a Eliseo, pero el Dios de Israel ha enviado un ejército celestial para proteger a su siervo. Aquel ejército de ángeles está entre él y los sirios.

Ésta es la razón por la que Eliseo no tiene miedo y ahora la angustia desaparece también de su criado.

Poco después Eliseo sale de su casa y va al encuentro de los enemigos. Nuevamente ora al Señor:

–Señor, hiere a esta gente con ceguera.

Así sucede. Los soldados sirios ven que se acerca a ellos, pero no le reconocen. Eliseo se acerca a ellos y con sonrisa irónica les dice:

–No estáis en el buen camino. Seguidme que yo os guiaré hasta el hombre que buscáis.

Eliseo se pone al frente de ellos y los conduce hasta Samaria y sorprendentemente los sirios no se dan cuenta de ello. No es que los soldados se hayan quedado ciegos, lo que ocurre es que no saben a dónde les guía Eliseo.

¿Recordáis cuando los habitantes de Sodoma querían hacer mal a Lot y sin embargo, no encontraban la puerta de la casa? También ellos habían sido heridos de ceguera. Lo mismo ocurre ahora. Los enemigos ven los caminos, los árboles, las casas, y sin embargo no reconocen nada. En medio de Samaria, Eliseo se detiene.

–Abre sus ojos, Señor –ora.

De repente los soldados sirios ven que han caído en una trampa. El ejército de los israelitas, bajo el mando de Joram, los ha rodeado.

–¿Les hiero? ¿Les hiero, padre mío? –pregunta Joram.

–No –responde Eliseo con tranquilidad– no debes matarlos. Prepara una comida. Dale pan y agua y déjalos volver a su país. ¿Matarías tú a los soldados que no has hecho cautivos con tu espada?

Joram hace lo que Eliseo le dice.

Los soldados sirios comen y beben y después se pueden marchar.

Sorprendidos y avergonzados los sirios salen de la ciudad enemiga y regresan a su patria, donde cuentan lo que les ha sucedido.

Durante un tiempo las tropas no invaden el país de los israelitas. Grande es la bondad del Señor para con Joram y grande también su paciencia para con él.

Pero Joram no renuncia a sus pecados ni sirve al Señor, sino que sigue sirviendo a los becerros de oro que Jeroboam, el primer rey de las diez tribus había construido en Dan y Bet-el. Es verdad que Joram nunca sirvió a Baal y que, incluso, mandó quitar la estatua de Baal que hizo su padre, pero continuaba sirviendo a los becerros de oro. Sin embargo, el Señor bendice a Joram de forma maravillosa. Dios es misericordioso e indulgente con él para que abandone a los becerros de oro, pero Joram no lo hace.

2 Reyes 6:24-33

2 Reyes 7:1-2

Samaria está en peligro; las puertas están cerradas, sobre los muros los soldados vigilan día y noche porque fuera de la ciudad está acampado el enemigo que quiere conquistar la ciudad y ha puesto cerco a Samaria. ¿De qué enemigo se trata...?

Los sirios, bajo el mando de su rey Ben-adad han sitiado la ciudad.

La gratitud del rey sirio ha durado muy poco. Opina que el reino de Israel debe ser destruido a toda costa. Para ello ha reunido un gran ejército y se ha puesto en marcha contra la capital; si Samaria se rinde se rendirá igualmente el resto del reino.

Fuera de la ciudad hay un enemigo peligroso. Las provisiones se agotan y es imposible traer víveres desde otros lugares. Pronto la ciudad está llena de miseria y hambre. Comen hasta las cosas más repugnantes. La cabeza de un asno se vende a un gran precio, a pesar de que el asno es un animal impuro y comer esa carne está prohibido a los israelitas. Hasta el estiércol de las palomas se vende muy caro, lo utilizan para hacer lumbre. Si la situación continúa así por más tiempo, todos van a morir de hambre.

Un hombre camina por los muros de Samaria, es el rey Joram que quiere ver cómo los soldados cumplen con su deber. De repente oye unos gritos.

—¡Ayúdame, señor!

Alza la mirada y ve una mujer ante él. El rey se encoge de hombros y responde:

—Mujer, si el Señor no puede ayudarte, yo tampoco puedo. ¿Qué quieres... trigo, vino? No lo tengo.

Joram piensa que desea algo para comer. Pero la mujer confiesa algo tan terrible que le cuesta trabajo describirlo. Ella y otra mujer vivían juntas en una casa y ambas tenían un hijo. Atormentadas por el hambre habían llegado a un acuerdo. Matarían a sus hijos para comerlos, un día matarían uno y cuando se terminara matarían a otro. Terrible, ¿verdad?

Parece imposible que dos madres puedan matar a sus hijos para comerlos. Pero muy terrible tenía que ser también el hambre para haber llegado a esa decisión.

El hijo de una de ellas ya había sido comido y ahora la otra exige que se mate al otro, tal como habían convenido. Pero esta madre se negaba. Por ello esta mujer pide ayuda al rey. Quiere que Joram obligue a su compañera a matar a su hijo. Cuando el rey escucha esta terrible historia, se conmueve y rasga sus

vestidos. La gente se da cuenta de que bajo sus vestidos lleva un saco en señal de luto.

De repente el rey exclama:

–Así me haga Dios y así me añada, si la cabeza de Eliseo quedare hoy sobre él.

¿Qué quiere decir? ¿Qué tiene que ver Eliseo con esto...?

Joram está tan enojado contra el Señor, el Dios de Israel, que quiere vengarse. No quiere saber más de Dios y por ello quiere matar a Eliseo. No se da cuenta de que el Señor no es el culpable, la culpa es toda suya; el Señor le castiga a él y a su pueblo porque no quieren servir al Señor, sino a los becerros de oro. Ya ha olvidado todas las cosas que el Señor ha hecho para con él por medio de Eliseo. Joram se rebela contra Dios, no se humilla, sino que se enfrenta al Dios omnipotente.

Envía un emisario a casa de Eliseo para que mate al fiel profeta.

Eliseo está en su casa, pero no está solo, los ancianos de la ciudad de Samaria han venido a verle. Están hablando sobre el hambre que impera en Samaria. No podrán aguantar así mucho tiempo. El mensajero que debe matar a Eliseo se acerca. Pero el Señor interviene y revela a Eliseo el intento de Joram.

Entonces Eliseo dice a los ancianos:

–Pronto llegará alguien enviado por el rey para matarme, no debéis dejarle entrar. Poco después vendrá el rey mismo.

Apenas ha terminado de hablar cuando se abre la puerta con gran violencia y entra el enviado del rey, pero los ancianos de Samaria le cogen y echan a la calle.

Poco después llega Joram que quiere ver cómo Eliseo ha sido matado. No sabe que el Señor vela por Eliseo y que su proyecto ha fracasado.

Cuando entra dice:

–El Señor está permitiendo todo esto, permite toda esta miseria, hasta el extremo de que las madres maten a sus propios hijos para comerlos. No, de nada nos sirve confiar en el Señor, porque Él no nos va ayudar.

Eliseo le responde:

–Sí, señor y rey, el Señor nos ayudará. Habrá salvación. Muy pronto, mañana a esta hora habrá pasado el hambre.

Mañana a las puertas de Samaria se venderá harina y cebada en abundancia.

Una risa burlona resuena, es un jefe del ejército que ha venido con el rey y se burla de las palabras de Eliseo. Se burla de la palabra del Señor.

–Esto es imposible –dice, y continúa burlándose– el Señor tendrá que abrir las ventanas en el cielo para que llueva harina o cebada, de lo contrario no sé cómo podrá hacerse.

–¿Por qué no? –le pregunta Eliseo mirándole fijamente– ¿no puede hacerse? Mañana verás que lo que digo es verdad, pero tú no comerás de ello.

Ése será el castigo de su burla e impiedad.

2 Reyes 7:3-20

Esa misma noche cuatro hombres se cuelan sigilosamente en las tiendas de los sirios. No se atreven a levantar la voz, son cuatro leprosos, cuatro que saben que van a morir de esa terrible enfermedad.

En Israel los leprosos no podían vivir en sus casas ni con sus familias, tenían que retirarse a lugares solitarios y a gran distancia de los demás hombres y allí tenían que vivir en soledad. Eran impuros y además las otras personas huían de ellos, porque la lepra es muy contagiosa.

Estos cuatro hombres tenían que vivir fuera de la ciudad de Samaria. También tenían hambre, no tenían alimentos y se dijeron:

–Vayamos a los sirios, quizás ellos nos den algo de comer. No perderemos nada, pues si nos matan es igual, ya que estamos condenados a morir.

Esperan a que se haga de noche para que no les vean los soldados que están sobre las murallas y piensen que son unos traidores. Cuando anochece se ponen en camino y llegan al campamento sirio.

Una cosa les sorprende: hay un extraño silencio, no se oye ni



Los cuatro leprosos en el campamento sirio

el más leve ruido. Llegan a la primera tienda, con prudencia levantan la lona de la puerta, miran al interior y no ven ni oyen nada; entran, la tienda está vacía. Pronto descubren que todas las tiendas están vacías y que no hay ni un solo soldado sirio.

¿Dónde han ido los sirios? Han huido; sí, amigos, es una historia extraña, han huido.

Los soldados sirios oyeron un gran ruido, como si un ejército se aproximara; al mismo tiempo han oído otro gran ruido, como

si se tratara de innumerables carros de combate y el paso marcial de un gran ejército. Unos a otros se han dicho:

–Joram, el rey de Israel, ha hecho alianza con otros reyes. Quizás con el rey de Egipto y otros príncipes; y ahora éstos vienen con sus ejércitos a liberar a los hijos de Israel. Se han infundido tanto temor los unos a los otros, que han huido a todo correr; en su huida, han abandonado todo, sus tiendas, provisiones, caballos y asnos.

Todo lo han abandonado en su desordenada huida.

¿Realmente se aproximaba a un poderoso ejército? Ni mucho menos. En la Biblia leemos que el Señor les hizo oír un ruido como si se aproximase un ejército.

Ahora los cuatro leprosos encuentran las tiendas abandonadas, ven los víveres y se lanzan sobre ellos como lobos hambrientos, recogen el botín y comen hasta la saciedad. También descubren oro y plata y vestidos preciosos. Toman cuanto pueden y vuelven al lugar donde habitan y lo esconden. Luego vuelven a las tiendas de los sirios y toman cuanto pueden otra vez y vuelven a esconderlo.

Reflexionan y se dicen:

–Hacemos mal. Sólo pensamos en nosotros y no en los hermanos de la ciudad. Vayamos a decirles que los sirios han huido. Se alegrarán mucho. Además si mañana descubren que no les hemos avisado nos castigarán.

Corren hacia la puerta y gritan que los sirios han huido. Aunque es de noche pronto se divulga la noticia por toda la ciudad. Los habitantes de Samaria se despiertan unos a otros. También el rey se entera pero no cree que los sirios hayan huido, sino que se trata de una estratagema.

–Saben –dice– que estamos acosados por el hambre y se han retirado un poco escondiéndose cerca de la ciudad. Cuando vayamos a sus tiendas para recoger provisiones nos atacarán por sorpresa y estaremos perdidos.

No piensa en lo que Eliseo le ha predicho. No tiene confianza.

Uno de sus servidores le dice:

–Puedes averiguarlo. Envía unos hombres para que vayan a verlo.

Joram aprueba el proyecto.

Dos soldados israelitas montados a caballo abandonan la ciudad y se dirigen al Jordán. Los demás quedan esperando con gran tensión, ¿qué pasará...? Al fin vuelven con una expresión de alegría en sus rostros.

—Sí, es verdad —dicen— no hay ningún error. Hemos ido hasta el Jordán y todo el camino está lleno de armas, vestidos y otros utensilios. Los sirios se han desprendido de ellos para huir con más rapidez. Ben-adad ha partido precipitadamente con todo su ejército.

¿Qué habrán pensado toda aquella gente agotada por el hambre? Posiblemente todo esto les parecería mentira.

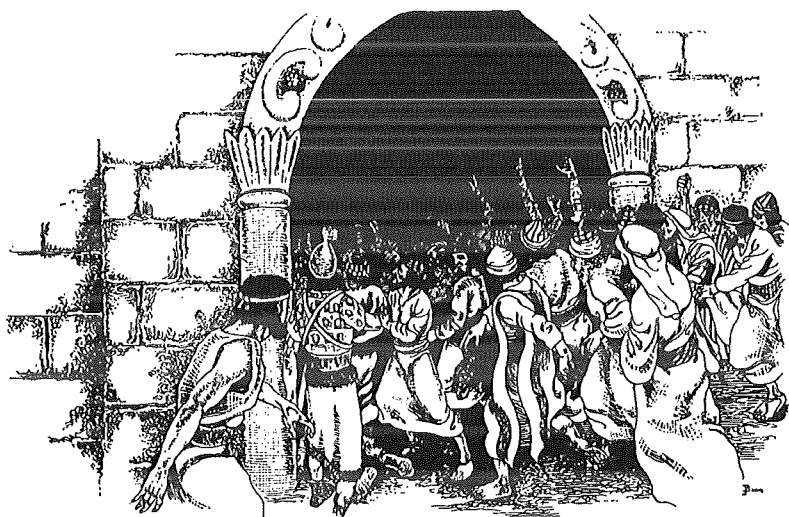
Cuando amanece se abren las puertas de la ciudad, una multitud hambrienta se apresura para dirigirse a las tiendas de los sirios, donde saben les espera comida. Se amontonan para salir lo más rápidamente posible y de pronto se oye un grito de angustia.

Joram ha ordenado a un príncipe que esté en la puerta para evitar accidentes a causa de la multitud. Ha intentado hacerlo, pero no ha podido retener a la multitud; ésta le ha arrastrado hasta el muro, ha caído al suelo y aunque los primeros han intentado detenerse no han podido, empujados por la multitud han tenido que seguir adelante y aquel príncipe ha sido pisoteado.

Cuando el pueblo ha salido, es descubierto bajo la puerta el cadáver del príncipe. ¿Quién es? Es el varón que el día anterior se había burlado de las palabras de Eliseo. Se ha cumplido el castigo predicho por Eliseo. El hombre ha visto la liberación, pero no ha podido servirse de ella. Ha sido una muerte terrible.

Jóvenes, aprended de esta historia que no podemos burlarnos del Señor sin ser castigados.

Tampoco nosotros somos inocentes.



*El capitán incrédulo
es pisoteado a la puerta de Samaria*

Capítulo 95

LA SANGRE DE NABOT VENGADA

2 Reyes 8:7-15

Ben-adad el rey de Siria está enfermo y se halla en su lecho en el palacio de Damasco, la capital de Siria. A él llega la noticia de que Eliseo, el profeta de Israel, de quien ya ha oído hablar en otras ocasiones, está en la ciudad. Cuando se entera hace llamar a Hazael, uno de sus principales servidores y le envía a visitar al profeta.

–Toma un regalo –dice– ve a él y dile que yo te he enviado, pídele que consulte al Señor si he de ser sanado de mi enfermedad.

Hay una gran diferencia entre Ben-adad y Ocozías, rey de Israel. Ocozías cayó por la ventana y envió mensajeros a Baalzebub, dios de las moscas, Ben-adad que es un rey pagano pide consultar al Señor, Dios de Israel.

Sin demora Hazael prepara un regalo, se va en busca de Eliseo y cuando le encuentra le dice:

–¿Sanará el rey de su enfermedad?

Eliseo le contesta:

–Ve y di a tu señor que no se restablecerá de su enfermedad. El Señor me ha revelado que morirá.

Los dos hombres quedan mirándose fijamente, de repente el profeta rompe a llorar.

–¿Por qué lloras? –pregunta Hazael con sorpresa, sin saber el porqué de ese llanto repentino.

–Porque sé que harás daño a mi pueblo –responde Eliseo con tristeza. Quemarás las ciudades de Israel, matarás a miles de soldados, asesinarás cruelmente a los hijos de los israelitas y maltratarás y matarás a sus mujeres.

–¿Yo voy a hacer tal cosa? –pregunta Hazael sorprendido– ¿Cómo podré hacer yo eso si soy un hombre sin importancia?

–Sí, harás todo eso, porque serás rey de Siria, sucederás a Ben-adad –le dice Eliseo.

Hazael se vuelve al palacio real y cuando entra le pregunta el rey con curiosidad:

–¿Qué ha dicho el profeta Eliseo? ¿Seré sanado?

Sin pestañear Hazael responde:

–Ha dicho que seguramente serás sanado.

Hazael miente de forma infame, dice todo lo contrario de lo que le ha dicho Eliseo y lo hace solamente para tranquilizar a Ben-adad y evitar que éste prepare otro rey que le suceda.

A la mañana siguiente Hazael toma un paño, lo moja en agua y con él asfixia a Ben-adad.

La Biblia nos dice que a Ben-adad le sucedió Hazael. Este es, pues, el nuevo rey del poderoso imperio sirio, un rey impío, cruel y asesino.

2 Reyes 9:1-15

Cerca de Ramot, en Galaad, ciudad libre del otro lado del Jordán se mantiene una enconada lucha. Joram, el rey de Israel lucha contra Hazael, el nuevo rey de Siria. El combate es encarnizado, los israelitas se defienden valientemente de forma que Hazael no puede derrotarlos. Sin embargo, Joram cae gravemente herido, teniendo que volver a su palacio en Jezreel. Espera sanar pronto de sus heridas y, mientras, sus soldados permanecen cerca de Ramot, en Galaad, al mando de algunos oficiales.

Un día los oficiales del ejército se reúnen para hacer planes

sobre cómo expulsar a los sirios del país, ya que mientras Hazael no sea expulsado la situación seguirá siendo grave.

De pronto se abre la puerta de la habitación donde están reunidos y entra un joven profeta, es un hijo de profeta y alumno de la escuela de profetas.

Sorprendidos le miran los oficiales reunidos. ¿Qué hace allí aquel hombre? Todos le interrogan con la mirada.

–Príncipe, tengo algo que decirte –informa.

Jehú, uno de los príncipes pregunta:

–¿Para quién de nosotros traes el mensaje?

El profeta responde:

–Es un mensaje para ti.

Jehú se levanta y sale acompañado del profeta a otra habitación, cierran la puerta tras de sí y el profeta saca de entre sus vestidos una aceitera y derrama el aceite sobre la cabeza de Jehú.

–Así dice el Señor, Dios de Israel –dice el profeta–. Te he ungido por rey sobre el pueblo del Señor, sobre Israel. Herirás la casa de Acab, porque se ha negado a servir al Señor y por haber apedreado a Nabot, que era inocente.

Cuando termina de hablar, abre rápidamente la puerta y se marcha corriendo. Jehú, aturdido, le sigue con la mirada, pero antes de que Jehú se dé cuenta de lo que ha sucedido, el profeta desaparece.

Le ha enviado el profeta Eliseo para que unja a Jehú como rey de Israel. Joram, hijo de Acab, lleva reinando doce años, durante los cuales el Señor ha tenido mucha paciencia con él, le ha ayudado y le ha librado de manera maravillosa. Sin embargo, Joram sigue sin querer servir al Señor. Cada día se vuelve más impío, cada día hace más caso de los consejos de su astuta madre Jezabel.

Pero ahora ha llegado la hora en que el Señor hará cumplir su castigo, que había sido predicho por el profeta Elías.

Ésta es la razón por la que Jehú es ungido rey de Israel; él será el instrumento en las manos del Señor para destruir la casa de Acab, Jehú exterminará esa casa impía hasta el último hombre.

Cuando Eliseo envió a este profeta, le dijo que cuando ungiera a Jehú huyera rápidamente tal como lo hizo, dejando solo a Jehú en la habitación. Vuelto de su asombro, Jehú regresa con

los demás oficiales que están curiosos por saber qué es lo que quería el profeta.

—¿Por qué ha venido ese insensato a ti? —le preguntan con una sonrisa burlona.

Llaman al joven profeta «insensato», lo cual nos demuestra que eran unos impíos, que ni siquiera respetaban a los siervos de Dios.

¿Os burláis también vosotros de los siervos del Señor? Espero que vosotros no lo hagáis, ni deseéis hacerlo.

Jehú trata de guardar silencio sobre lo sucedido, pero los otros insisten y Jehú tiene que decirles que ha sido ungió como rey de Israel.

Todos los oficiales se levantan, con sus vestidos hacen una especie de trono y colocan en él a Jehú y le reconocen como su príncipe; le rinden honores de rey y le hacen acto de acatamiento. Después ordenan tocar la trompeta para que lo sepan todos los soldados y gritan:

—Jehú es rey.

Dándose cuenta Jehú que le aceptan como rey, comienza a dar sus órdenes.

—Vigilad que nadie salga de la ciudad para que no se entere Joram hasta que yo llegue a Jezreel.

Sus órdenes son atendidas.

¿Fue por esto por lo que el joven profeta huyó de Ramot, cuando ungió a Jehú...?

2 Reyes 9:16-29

Joram sigue en Jezreel recuperándose de sus heridas y un día tiene una visita. Es su sobrino Ocozías, el rey de Judá, hijo de Atalía, que viene a visitar a su tío.

Las heridas de Joram ya están casi curadas y, por tanto, se alegra con la visita de su sobrino.

Cuando los dos reyes están charlando tranquilamente se escucha el toque de la trompeta desde la torre. Es el aviso del guardia del muro de que ocurre algo importante.

Cuando Joram pregunta el porqué del toque se le dice que el guardia ha visto «unos carros que vienen en la lejanía». Joram piensa que se tratará de algunos mensajeros que son enviados por el ejército que ha quedado en Ramot. Envía un jinete a su encuentro para que les pregunte qué nuevas traen. El vigilante sigue con la mirada al jinete y ve cómo se encuentra con los que se aproximan con los carros. El vigilante queda sorprendido al ver que el jinete no regresa, sino que se queda con la comitiva que se aproxima.

Cuando el rey se entera envía un segundo jinete y ocurre lo mismo.

Entre tanto los carros se han aproximado tanto que el vigilante puede distinguir a los que vienen.

—Es Jehú —dice al rey— le he reconocido y es una sorpresa que Jehú venga con esa comitiva.

Joram empieza a desconfiar, él mismo saldrá al encuentro de Jehú.

—¿Me acompañas? —pregunta a su sobrino el rey de Judá.

—Sí, voy contigo —responde éste.

—¿Hay paz, Jehú? —grita Joram— ¿Me traes buenas o malas noticias?

Jehú le responde:

—¿Qué tienes que ver tú con la paz? Mientras que tu impía madre Jezabel te domine y sean servidos los ídolos, no se puede hablar de paz.

Al instante Joram se da cuenta de lo que Jehú quiere decir. Lógicamente no sabe que Jehú ha sido ungido como rey sobre Israel por un profeta del Señor, pero por la respuesta Joram se da cuenta de que Jehú viene con malas intenciones.

—Es una traición, Ocozías —dice a su sobrino— mejor será que huyamos cuanto antes.

Dan la vuelta a su carro y Jehú lo ve; toma su arco, coloca un dardo y tira, la flecha atraviesa el corazón del rey de Israel. Joram ha fracasado en su intento de huir, ha caído muerto.

Jehú ordena que arrojen su cadáver en un campo al lado del camino, es el campo que antes había sido posesión de Nabot, el que fue apedreado por no querer vender su viña a Acab.

Dios es justo, amigos. Acab había derramado la sangre inocente de Nabot y de sus hijos y ahora la sangre de uno de sus hijos tiñe de rojo la viña de Nabot. No hay sepultura para el cuerpo de Joram. Las fieras y las alimañas se lo comen. Es lo que había predicho el profeta Elías.

Mientras tanto Ocozías, el rey de Judá, ha huido pero no le sirve de mucho, le persiguen y también le matan; sin embargo su cadáver sí fue sepultado. Los criados que le habían acompañado a Jerzreel tomaron su cuerpo, lo llevaron a Jerusalén y allí lo sepultaron.

2 Reyes 9:30-37

El vigía de la torre de Jezreel ha observado todo lo que ha sucedido en el exterior y lo dice. Cuando Jezabel, la madre de Joram lo oye, no se escapa, sino que se queda en el palacio. De todas formas ya era demasiado tarde para huir. Se pone sus mejores vestidos, maquilla su rostro y adorna su cabellera. ¿No sabe que va a ser matada...? Sí, lo comprende. Si Jehú no ha perdonado la vida a su hijo Joram, tampoco la perdonará a ella. ¿Por qué, pues, lo hace...?

Cuando ha terminado de arreglarse se asoma a la ventana para esperar la llegada de Jehú. No tiene que esperar mucho, pues pronto su carro entra por la puerta de Jezreel y se acerca al palacio real. Cuando Jezabel lo ve grita con voz burlona:

—¿Sucedió bien a Zimri que mató a su señor?

Supongo que recordáis lo que sucedió y que ya fue narrado en el capítulo 85. Zimri mató a su rey, pero sólo reinó una semana. Omri, padre de Acab, llegó con un ejército y viendo Zimri que no podía vencer, prendió fuego al palacio real y él se quemó vivo dentro del mismo palacio.

Parece que Jezabel quiere decir a Jehú que a él le sucederá lo mismo, recibirá un castigo. Sin embargo, Jehú no responde a la impía reina. Con ella hay algunos cortesanos a los que Jehú pregunta:

—¿Quién de vosotros quiere ayudarme?

Dos o tres bajan la cabeza, como queriendo decir: «Cuenta con nosotros». Entonces Jehú les ordena:

—Cogedla y tiradla por la ventana.

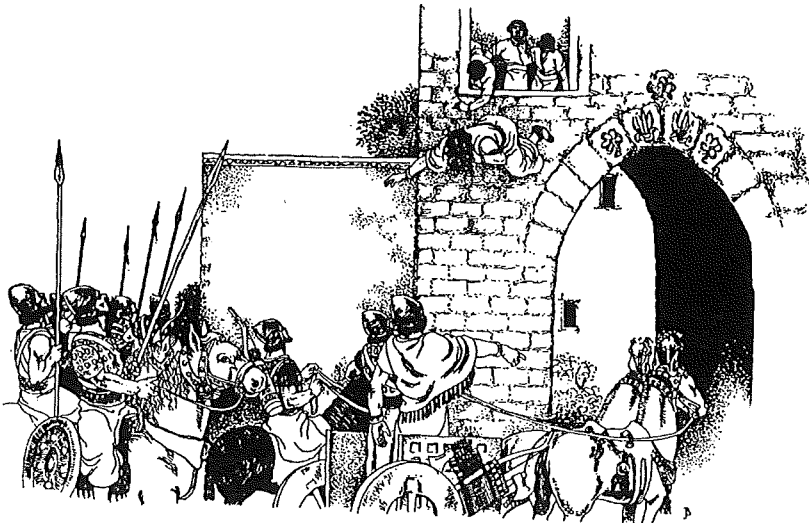
Al instante le obedecen, cogen a la reina y la echan abajo.

Con un sordo ruido la reina choca contra el suelo y su sangre salpica las paredes. Jehú hace pasar su caballo por encima del cadáver de la reina. Es la respuesta a su ofensa.

Luego va a comer, pues tiene hambre. Después de comer se acuerda de Jezabel y dice a sus criados:

—Id ahora a ver a aquella maldita mujer y enterradla, pues es hija de rey.

La llama «maldita», no la estima. Ha hecho muchas cosas malas durante su vida, pero, a pesar de todo, permite que sea sepultada.



Jezabel es arrojada por la ventana

Cuando llegan los criados al lugar no encuentran el cadáver, los perros vagabundos de Jezreel ya han devorado su cuerpo y solamente quedan los huesos.

Jóvenes, se han cumplido literalmente las palabras de Elías; había predicho que los perros comerían a Jezabel cerca del muro exterior de Jezreel y así ha sucedido.

Así termina la impía reina Jezabel. ¿Cómo será nuestro fin...?

Si no escuchamos las llamadas del Señor, nos espera el castigo eterno, pero si por la gracia de Dios vivimos en el temor del Señor, nuestro fin será feliz.

Capítulo 96

EL REINADO DE JEHÚ

2 Reyes 10:1-16

Un día los príncipes de Samaria, capital del reino de las diez tribus, reciben una carta; rápidamente la abren con curiosidad y la leen. Cuando finalizan la lectura se miran unos a otros angustiados y temblorosos, pues aquella carta ha sido remitida por Jehú y en ella les pregunta si le reconocen como rey o no. Los ancianos de Samaria no se atreven a oponerse a Jehú y se dicen los unos a los otros:

—Ya han sido muertos dos reyes por él, tenemos que someternos, no podemos hacer otra cosa.

Le responden por escrito que le obedecerán y se someterán a él.

En Samaria vivían muchos hijos y nietos de Acab, sesenta en total.

Jehú escribe otra carta en la cual ordena matar a todos los descendientes de Acab. Los ancianos de Samaria no se atreven a desobedecer sus órdenes y todas estas personas son muertas. Se cumplía el castigo que había de herir a la familia de Acab tal como había predicho Elías, como también lo había predicho para la casa de Jeroboam el hijo de Nabat, quien introdujo el culto a los becerros de oro en Israel.

Jehú no descansa hasta que el último hombre perteneciente a la casa de Acab está muerto. Hasta los amigos del anterior

rey de Israel son muertos. Después Jehú se dirige a Samaria, le siguen sus amigos y ayudantes. Por el camino se encuentra a un grupo de viajeros y les pregunta:

–¿Quiénes sois?

–Somos los hermanos de Ocozías, rey de Judá –responden.

Jehú ordena que sean apresados y matados, ya que se trata de miembros de la familia real de Acab.

Jehú, después, sigue su camino hacia la capital de Israel. Poco antes de llegar a Samaria, al borde del camino, un hombre modestamente vestido saluda a Jehú; es Jonadab, a quien casi todo el mundo conoce en la región, ya que es un varón que sirve fielmente al Señor.

Cuando Jehú le ve detiene su carro y le pregunta:

–¿Estás conmigo o contra mí?

Jonadab le responde que le reconoce como rey de Israel.

Cuando Jehú escucha la respuesta, aprieta la mano de Jonadab y le hace subir a su carro. Es un gran honor para aquel hombre sencillo.

¿Por qué hace esto Jehú...? El rey sabe muy bien que el pueblo respeta a aquel hombre que teme a Dios y por eso hace amistad con él, para que el pueblo vea que él también honra a Jonadab y así le respeten a él. Los dos, muy amistosamente, entran en el mismo carro por las puertas de Samaria.

2 Reyes 10:17-30

En Samaria se ha reunido mucha gente de todas las regiones y hay gran animación en la ciudad; las calles están llenas de gente que ha venido a Samaria para celebrar una fiesta.

Jehú ha enviado mensajeros por todo el reino. Todos los sacerdotes de Baal deben acudir a Samaria, ninguno puede negarse a hacerlo.

–Acudid todos –es la orden del nuevo rey– pues bajo los reinados de Acab y Joram Baal fue casi olvidado, pero yo deseo servir solamente a Baal.

Para ello quiere que se celebre una gran fiesta en honor de Baal. Venid todos, si alguno se queda en su casa será matado.

Los sacerdotes de Baal, cuando oyen el mensaje acuden. Temían que Jehú llegara a perseguirles y que acabaría con el culto de Baal, pero ahora están alegres, no contaban con esto. Todos acuden, ni uno solo se queda en su casa.

En Samaria hay un gran templo, dedicado a Baal, que había sido construido por orden de Acab. En este templo se reúnen todos, no cabe nadie más, el templo está completamente lleno por los sacerdotes de Baal.

Cuando todos están reunidos llega el rey y echa una mirada perspicaz sobre la muchedumbre.

—¿Aquí están reunidos solamente sacerdotes de Baal? —pregunta. Ni un solo servidor del Señor puede estar aquí. Éstos no pueden estar en la fiesta, ya que esta fiesta es solamente en honor de Baal.

Da órdenes para que se investigue si es así.

Pronto se le informa que allí no hay ningún profeta ni ningún sacerdote del Señor. Entonces Jehú ordena:

—Todos los sacerdotes han de vestirse con las vestimentas propias de su sacerdocio ya que de lo contrario Baal no será honrado dignamente.

Mientras los sacerdotes de Baal están ocupados en cambiarse de vestiduras, Jehú, en voz baja, da una orden a uno de los jefes de su ejército que está a su lado. Los sacerdotes de Baal no saben lo que ha ordenado, si lo hubieran sospechado no se habrían quedado tan tranquilos en el templo.

Fuera del templo pagano, ochenta soldados bien armados se aproximan y cercan el edificio para que nadie pueda salir de él.

¿Qué va a ocurrir...?

Mientras esto ocurre fuera, en el templo se preparan las cosas para ofrecer sacrificios a Baal. Pronto comienza a subir el humo, humo de incienso llena todo el interior del templo. Es una fiesta magnífica.

De pronto Jehú ordena en voz alta:

—Entrad.

Rápidamente los soldados que estaban fuera del templo entran en el mismo.

–Tened cuidado –ordena Jehú con severidad– de que no escape ni un solo hombre. Matad a todos estos idólatras.

Con ojos llenos de terror los sacaerdots de Baal ven lo que ocurre, han caído en una trampa de la que es imposible escapar.

Pronto se escuchan los gritos de angustia, en su desesperación los sacerdotes intentan huir, pero por todas partes se les cierra el paso, poco después el suelo está sembrado de muertos. Los soldados de Jehú han matado hasta el último hombre.

Jóvenes, Jehú ha engañado a los sacerdotes de Baal, ha fingido celebrar una fiesta para que ninguno de los sacerdotes de Baal escapara. Con gran astucia ha conseguido atraer a Samaria a todos los sacerdotes de Baal de todo el país y lo ha conseguido.

Pero no es suficiente que hayan muerto todos los sacerdotes de Baal, también todas las estatuas del templo de Baal son llevadas fuera del templo y quemadas; de todas ellas sólo queda un montón de cenizas.

También el templo es destruido, hasta la última piedra es derribada y en aquel lugar donde un día estuvo el magnífico templo de Baal se echa un montón de estiércol, Jehú lo hace a propósito, para que el pueblo se dé cuenta de su desprecio por el culto de Baal.

Jehú exterminó a la familia de Acab y destruyó en Israel el culto de Baal. Se ha esforzado por cumplir totalmente la orden del Señor y el Señor ha recompensado a Jehú por su obra. Dios le promete que sus hijos, hasta la cuarta generación, ocuparán el trono de Israel.

2 Reyes 10:31-36

Jehú reinó veintiocho años y en su reinado ha sufrido grandes dolores y muchos descalabros.

¿Por qué...? ¿No era Jehú un rey temeroso de Dios...?

Ni mucho menos, jóvenes, Jehú no servía sinceramente al Señor. Es cierto que acabó con el culto de Baal, pero no hizo lo mismo con los becerros de oro que fueron erigidos por Jeroboam

en Dan y Bet-el. Tenía que haber demolido también estos becerros de oro. Debería haber dicho a su pueblo que fuera a las grandes fiestas a Jerusalén, al templo donde estaban los sacerdotes del Señor; él mismo, como rey, tendría que haber ido para dar ejemplo. Pero Jehú no lo hizo. No quería servir a Baal y esto era muy bueno, pero servía a los becerros de oro y eso también era idolatría.

Aunque el Señor prometió a Jehú que sus hijos, hasta la cuarta generación, ocuparían el trono de Israel, sin embargo el Señor castiga a Jehú de una forma muy severa por seguir sirviendo a los becerros de oro.

Declaró la guerra a Hazael, el rey de Siria, que había sucedido a Ben-adad y siempre Jehú fue vencido por el ejército sirio.

Hazael conquistó toda la tierra del otro lado del Jordán, donde vivían las tribus de Rubén y Gad y la media tribu de Manasés. También ahora se cumplía lo que había dicho el profeta Eliseo. Todas las ciudades de los israelitas, situadas en esa región, fueron quemadas por Hazael, quedando sólo restos humeantes. Miles de soldados cayeron, muchos niños fueron matados cruelmente por los soldados sirios y las mujeres fueron maltratadas y matadas. Fue una tragedia.

Jehú no pudo hacer nada contra aquello. Todo ocurrió porque Jehú seguía sirviendo a los becerros de oro; quería servir al Señor y los becerros, y el Señor quiere ser servido sola y exclusivamente.

Al fin Jehú murió, sus servidores le sepultaron en Samaria y su hijo Joacaz ocupó el trono en su lugar.

También esta historia está recogida en la Biblia como advertencia para nosotros. ¿Servimos nosotros al Señor a medias...? Muchos frecuentan la iglesia los domingos, pero luego durante la semana participan en cosas o fiestas profanas, en bailes, en fiestas no muy sanas.

Si así os portáis vosotros, entonces estáis sirviendo al Señor a medias. No sólo el domingo, sino todos los días debemos servir al Señor con nuestra vida, caminando por sus caminos; si no es así, entonces no servimos al Señor de todo corazón y el Señor no nos puede dar sus bendiciones.

Capítulo 97

HASTA LA CUARTA GENERACIÓN

2 Reyes 13:1-9

Vayamos con nuestra imaginación al palacio real en Samaria; allí, en una habitación, está un hombre de rodillas. Es el rey de Israel.

Jehú había muerto y le ha sucedido en el reino su hijo Joacaz.

Está orando, ora al Dios de Israel pidiéndole ayuda, ruega al Señor que le libre de sus enemigos que le angustian.

¿Es Joacaz un rey temeroso de Dios, como antes lo fue David...?

No, es un rey inconverso, no sirve con sinceridad al Señor, sino que sirve a los becerros de oro de Dan y Bet-el. Así lo hizo su padre Jehú y él hace lo mismo. El pueblo también sigue el ejemplo de su rey y todos han recibido el castigo del Señor.

En vida de Jehú vino Hazael el rey de Siria, con un poderoso ejército y se apoderó de toda la tierra del otro lado del Jordán, como hemos visto anteriormente.

Ahora el Señor también castiga a Joacaz. Hazael, con sus soldados, ha pasado el Jordán y trata de conquistar todo el país de Canaán. Joacaz sale a su encuentro con su ejército y trata de detenerle, pero no tiene éxito. El Señor no bendice al rey en el combate.

Los mejores productos de sus campos, las mejores vacas, y ovejas de sus establos tiene que entregarlo a los enemigos. Los años pasan y la situación no cambia.

¿Por qué no expulsa Joacaz a los sirios? ¿Por qué no se levanta contra Hazael...? No dispone de medios pues cuenta con muy pocos soldados; sólo tiene unos diez carros, cincuenta jinetes y unos miles de soldados, los demás han muerto en la lucha.

Los israelitas atraviesan tiempos difíciles. Los sirios nunca se ven satisfechos, siempre exigen más. Hazael oprime a Israel. Ante esta lamentable situación Joacaz, el rey de Israel, cae de rodillas ante el Señor, Dios de Israel. Los becerros de oro no pueden ayudarle y por ello ruega al Dios de Israel que le libere y le salve.

Sin embargo Joacaz no recibe un corazón nuevo; no se convierte sinceramente a Dios, sólo pide ser librado del castigo, salir del apuro. Pese a todo Dios escucha el ruego de este rey inconverso, el Señor ayudará a Israel, y le salvará de esta lamentable situación.

Amigos, aquí vemos cómo el Señor también atiende los ruegos de los inconversos. ¿Cuál es vuestra situación? ¿Vivía aún inconversos...? Doblad las rodillas y rogad al Señor que os cambie el corazón. Es muy posible que el Señor atienda vuestro ruego y os dé un corazón nuevo.

No digáis: «El Señor no me escucha», no lo sabéis, probad. La súplica de Joacaz fue atendida.

Joacaz reinó durante diecisiete años y murió, sucediéndole su hijo Joás.

2 Reyes 13:10-25

Por las calles de Samaria corre un joven, es Joás el joven rey de Israel. Atraviesa las puertas de Samaria y se dirige a una casa situada no muy lejos de la ciudad. En la Biblia se dice que «descendió».

Recordaréis que Omri, padre de Acab, hizo construir Samaria sobre un monte. Joás desciende por el monte y poco después está en esa casa, en una de cuyas habitaciones hay un anciano en un lecho. Es el profeta Eliseo, que tiene casi noventa años.

Joás se ha enterado de que Eliseo está enfermo y sin demora ha ido a verle. Rápidamente el rey se da cuenta de que el profeta está muy grave y las lágrimas le brotan de los ojos, no quiere quedarse sin Eliseo.

¿Temía Joás al Señor...?

No, también servía a los becerros de oro, pero tenía un gran respeto al profeta del Señor.

El rey grita:

–Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo.

¿Qué significa esto...?

Joás quiere decir con ello que Eliseo vale más que un gran ejército con muchos caballos y jinetes.

Eliseo se incorpora un poco y dice al rey:

–Abre esa ventana.

Cuando Joás ha abierto la ventana, el profeta Eliseo le ordena que tire una flecha por la ventana en dirección al oriente. Antes de que Joás levante el arco, Eliseo pone sus temblorosas manos sobre las del rey para que éste comprenda que es el Señor, y sólo el Señor quien le ayuda.

Cuando la flecha es disparada, el profeta dice:

–Ésa es una flecha de salvación del Señor.

¿Por qué ha de ser disparada en dirección al oriente...? En esa dirección está acampado el ejército sirio, ahí está el enemigo, el opresor.

–Hierne la tierra con las flechas –ordena Eliseo.

Joás hierne la tierra, una, dos, tres veces y deja de hacerlo, le parece una tontería; Eliseo le mira con suma indignación y le dice:

–Hubieras debido hacerlo cinco o seis veces, si lo hubieras hecho así habrías exterminado a los sirios. Pero herirás al ejército sirio sólo tres veces.

Poco después muere el profeta Eliseo, su alma sube a la gloria eterna donde no hay guerras, donde los siros no oprimen.



Joás acude al lecho de muerte de Eliseo

Algunos amigos toman su cuerpo para darle sepultura. Su muerte es un duro golpe para los israelitas. Siempre ha buscado el bien del pueblo.

Algún tiempo después van a enterrar a una persona que no sabemos quien es. Cuando los amigos que llevan el muerto van hacia el sepulcro, ven que los moabitas se acercan. Los moabitas cada año invadían el país para robar cuanto podían.

Aquellos hombres se asustan y no se atreven a seguir con el cadáver; están junto al sepulcro de Eliseo y entonces arrojan el cadáver en él y huyen hacia la ciudad.

El hombre muerto, que cae sobre el cadáver de Eliseo, vuelve a la vida. Se levanta, deja el sepulcro y escapa.

Por medio de este milagro el Señor quiso hacer ver a los israelitas, hasta después de la muerte de Eliseo, que éste había sido su siervo fiel.

Lo que dijo Eliseo en su lecho de muerte a Joás, se cumplió. Tres veces consecutivas el ejército sirio fue derrotado. Joás expulsó a los sirios hasta la otra parte del Jordán. Fue una gran bendición.

Después de esta ayuda clara del Señor, ¿comenzó a servir al Señor? No, amigos, Joás continuó sirviendo a los becerros de oro hasta su muerte. Era un ingrato, el Señor le había ayudado y los opresores fueron derrotados tres veces, la tierra de Canaán era libre de nuevo. Incluso cuando Amasías, el rey de Judá, le declaró la guerra, el Señor le dio la victoria contra Judá también. Entró victorioso en Jerusalén y cargado con un gran botín regresó a su país. Más tarde hablaremos de esta lucha.

Pero Joás no sirvió al Señor, seguía manteniendo el culto a los becerros de oro.

Dieciséis años reinó sobre Israel y murió como un rey impío e inconverso.

2 Reyes 14:23-29

LAS PROFECÍAS DE OSEAS Y AMÓS

A Joás le sucedió en el trono su hijo Jeroboam, quien es el segundo rey con el mismo nombre. El primero sucedió a Salomón y construyó los becerros de oro. Este segundo es hijo de Joás, de la familia de Jehú.

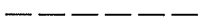
Es un rey valiente, lucha contra los sirios y el Señor le da la victoria. Logra expulsar a los sirios de la tierra del otro lado del Jordán, de forma que también la tribu de Rubén, la de Gad y la media tribu de Manasés quedan libres de la opresión siria.

Israel se hace fuerte y poderoso durante el reinado de Jeroboam II. Todos los enemigos son derrotados. El pueblo disfruta

de paz y prosperidad. Dios ha librado a Israel, le ha dado paz y salvación.

Cuán grande es la bondad del Señor para con Israel. Pero... ¿se vuelven ellos al Señor...? No, tanto Jeroboam como el pueblo, siguen adorando a los becerros de oro. Se practican toda clase de pecados, cada día se apartan más del Señor. Los ricos roban y engañan a los pobres. Se portan como si no existiera Dios.

Sin embargo, el Señor vuelve a amonestar a ese pueblo pecador e ingrato por medio de sus profetas. Durante el reinado de Jeroboam predicaban los profetas Amós, Oseas y Jonás. Cada uno de ellos anuncia al pueblo que deben dejar sus pecados y servir al Señor. Sin embargo, sus predicaciones son inútiles. Los israelitas no escuchan y continúan en sus pecados, pues siguen practicando la impiedad y la injusticia. Pero el Señor no podía permitirlo y envió sus castigos, en esta ocasión no serían los enemigos, serían otros desastres los que herirían al pueblo.



Durante muchos meses la lluvia cesó, todo se seca, las cosechas escasean y la sombra del hambre se cierne sobre los israelitas. El Señor envía además una peste terrible que causa la muerte de muchas personas. Pero todo es inútil, los israelitas continúan pecando contra el Señor. Nada les hace cambiar, ni las bendiciones ni los castigos.

Si el pueblo se obceca en no querer escuchar al Señor, su castigo será aún más grave. Tendrán que salir de su país, vendrán enemigos muy poderosos que no sólo oprimirán a los israelitas, sino que se los llevarán cautivos a un país lejano.

El Señor no permite que se burlen de Él indefinidamente. Su paciencia llega a un límite y esto es igualmente válido para nosotros.

También en nuestro país se blasfema y se peca contra el Señor, también se vive en los pecados más horribles, nuestro pueblo tampoco quiere servir al Señor. El Señor nos bendice y nos castiga, pero también nosotros nos negamos a volvernos al

Señor; y si continuamos así, el Señor nos castigará cada vez más severamente porque también la paciencia del Señor tiene un límite para con nosotros.

Jóvenes, busquemos al Señor antes de que sea demasiado tarde. Ahora es el día de salvación, ahora es el tiempo de la gracia.

Jeroboam II reinó sobre Israel cuarenta y un años, un largo período, pero le llegó la hora de la muerte y ya era demasiado tarde para él.

2 Reyes 15:8-12

Zacarías, hijo de Jeroboam II, sucedió a su padre en el trono de Israel. Desgraciadamente siguió el ejemplo de los reyes que le antecedieron. Al igual que su padre sirvió a los becerros de oro de Dan y Bet-el. Su reinado no duró mucho tiempo pues sólo reinó seis meses, siendo asesinado por Salum.

Zacarías fue el último rey de la familia de Jehú; como recordaréis Jehú exterminó a la familia de Acab y terminó con el culto a Baal en Israel. Por ello Dios le prometió que sus hijos reinarían sobre Israel hasta la cuarta generación y así sucedió.

Primero reinó Joacaz, después Joás, a éste siguió Jeroboam II y por último y en cuarto lugar Zacarías, el cual, por no servir al Señor, cayó asesinado por Salum.

Capítulo 98

JONÁS

Jonás 1, 2, 3 y 4

En la costa mediterránea del país de Canaán está situada la ciudad de Jope, que es una ciudad portuaria.

En el puerto está amarrado un barco preparado para salir. Los marineros lo han cargado, hacen las últimas revisiones y zarpan mar adentro.

La carga va destinada a Tarsis, que es también un gran puerto en Iberia (España).

En los últimos momentos ha llegado un hombre corriendo y ha preguntado si hay lugar disponible a bordo. Los marineros, que posiblemente son de Tiro, no le conocen. Por lo general, los israelitas no son marineros, sin embargo, los habitantes de Tiro y Sidón, en su mayoría, se dedican a la navegación.

El desconocido paga su pasaje y sube al barco; poco después se iza la pasarela y el barco comienza a navegar por las aguas del Mediterráneo.

¿Quién es este desconocido...? Es un israelita, profeta del Dios de Israel. ¿Por qué está tan nervioso y agitado...? Trata de huir. Sí, amigos, intenta huir de Dios...

Es Jonás, un profeta que vivía en tiempos de Jeroboam II.

Como sabéis, los israelitas, a pesar de todas las bendiciones del Señor, a pesar de las advertencias de los siervos de Dios

—los profetas—, no querían servir al Señor y seguían sirviendo a los becerros de oro.

Los profetas han predicho que vendrá un tiempo en que Israel será llevado cautivo por un pueblo grande y poderoso. Ese pueblo es Asiria, que está más lejos que Siria y que ha llegado a ser fuerte y poderoso. Los reyes de Asiria dieron bienestar y florecimiento a su pueblo. Su capital se llamaba Nínive, que era una gran ciudad.

Jonás sabía que su pueblo sería llevado cautivo por Asiria y esto le produce un gran sufrimiento, porque ama mucho a su pueblo. Ha amonestado seriamente a los israelitas y muchas veces ha orado a Dios por Israel.

Un día el Señor dice:

—Jonás, ve a Nínive, la capital de Asiria, y profetiza contra ella. Di que será destruida dentro de cuarenta días, porque sus habitantes son muy impíos y Yo destruiré la ciudad.

Tal vez penséis que Jonás lo haría con mucho gusto, ya que si Nínive fuera destruida Asiria dejaría de ser tan fuerte; entonces no podría llevarse cautivos a los israelitas y así éstos podrían continuar viviendo en su país. Jonás debería estar alegre por haber recibido este encargo, ¿verdad? Pues no, no está alegre no desea ir.

¿Es que Jonás no desea que Nínive sea destruida? Claro que él desea que este enemigo sea exterminado. Sin embargo, ahora que el Señor le ordena que vaya a Nínive para anunciar su destrucción, no quiere obedecer... Jonás teme que si los habitantes de Nínive se convierten, entonces el Señor los perdonará y no destruirá la ciudad; Jonás sabe que el Señor es misericordioso y clemente. Jonás desea que los habitantes de Nínive no se conviertan, para que la ciudad sea destruida. Desea que cada vez sean más impíos para que el Señor no lo soporte y destruya Nínive, como destruyó Sodoma y Gomorra hace siglos.

No debe anunciar el castigo para que éste llegue de repente. No debe prevenir a los de Nínive para que no tengan ocasión de convertirse. Ésta es la causa por la que Jonás se niega a obedecer la orden del Señor y huye. Nínive está situada hacia el oriente y él se irá hacia el occidente.



Jonás huye hacia Tarsis

No quiere prevenir a Nínive y se embarca en el buque que partía de Jope hacia Tarsis. No piensa Jonás que del Señor no puede esconderse, pues el Señor está en todas partes.

El barco sigue surcando las tranquilas aguas del Mediterráneo, los marineros no tienen mucho trabajo ya que el mar está muy tranquilo y en la lejanía aún ven la ciudad de Jope. En cubierta el desconocido que viaja con ellos duerme tranquilamente, los marineros no le molestan y le dejan seguir dur-

miendo. Sin embargo, en el corazón de Jonás no hay paz, sabe que hace mal pero es tozudo y no quiere ir a predicar a Nínive.

Está sombrío, triste, pensativo y por fin se deja vencer por un profundo sueño, pues está cansado de tanto pensar. Luchar contra el Señor no es agradable ni mucho menos. ¿Lucháis vosotros contra el Señor, jóvenes?

De repente comienza a levantarse un violento viento; el cielo claro se cubre de negros nubarrones, arrecia el viento y la mar se enfurece, las olas golpean la nave con violencia.

Los marineros se miran con rostros sombríos. El viento brama y se estrella contra los cables y el mástil de la nave. La mar cada vez está más brava, las grandes olas cada vez golpean el barco con más ímpetu. Se ha formado un gran temporal. Si la situación continúa así el barco se hundirá y todos perecerán ahogados en las aguas del Mediterráneo. Los marineros están asustados, nunca han estado en una situación como ésta. Echan parte de la carga al mar para tratar de aligerar el barco. Sin embargo, la tempestad cada vez arrecia más. En tal situación de angustia los marineros paganos caen de rodillas y cada uno ora a su propio dios. Todo es inútil, la tempestad no amaina. Empapados de agua, los marineros hacen lo imposible por controlar la nave, se trata de su propia vida.

Abajo, en la bodega del buque, Jonás duerme. No se ha enterado de nada, no se entera de la gran tempestad que abate al barco. Está durmiendo sin enterarse que en cualquier momento puede morir ahogado.

De pronto es despertado por el capitán del barco.

—¿Qué haces dormilón? Levántate y clama a tu Dios, quizás tenga compasión de nosotros y nos salve de perecer —dice el capitán al profeta.

No comprende cómo alguien puede dormir con tan gran tempestad.

Jonás se despierta y mira asustado a su alrededor. Se levanta y se dirige rápidamente a cubierta. Los marineros ya no saben qué hacer.

—Este temporal no es normal —se dicen unos a otros— éste es el castigo de algún Dios. Echémoslo a suerte para saber a causa de quién nos ha venido este castigo.

Junto a ellos está Jonás completamente en silencio, su corazón late velozmente, pues sabe que el único culpable es él. Si estos hombres se ahogaran sería por causa de su pecado.

Los marineros echan a suerte y la suerte recae sobre Jonás. Todos dirigen la mirada al desconocido.

—¿Quién eres y de dónde vienes? ¿Cómo se llama tu país y de qué pueblo eres? —preguntan a Jonás.

El profeta desobediente responde:

—Soy hebreo y temo al Señor, Dios del cielo que hizo el mar y la tierra.

Cuando los marineros le oyen se asustan aún más. Jonás les ha dicho que debía ir a Nínive a predicar, pero que no le gusta y ahora huye a Tarsis para ocultarse del Dios Todopoderoso.

Todos le han escuchado en silencio y ansiosamente le preguntan:

—¿Qué debemos hacer? La tempestad va en aumento y la mar está cada vez más borrascosa.

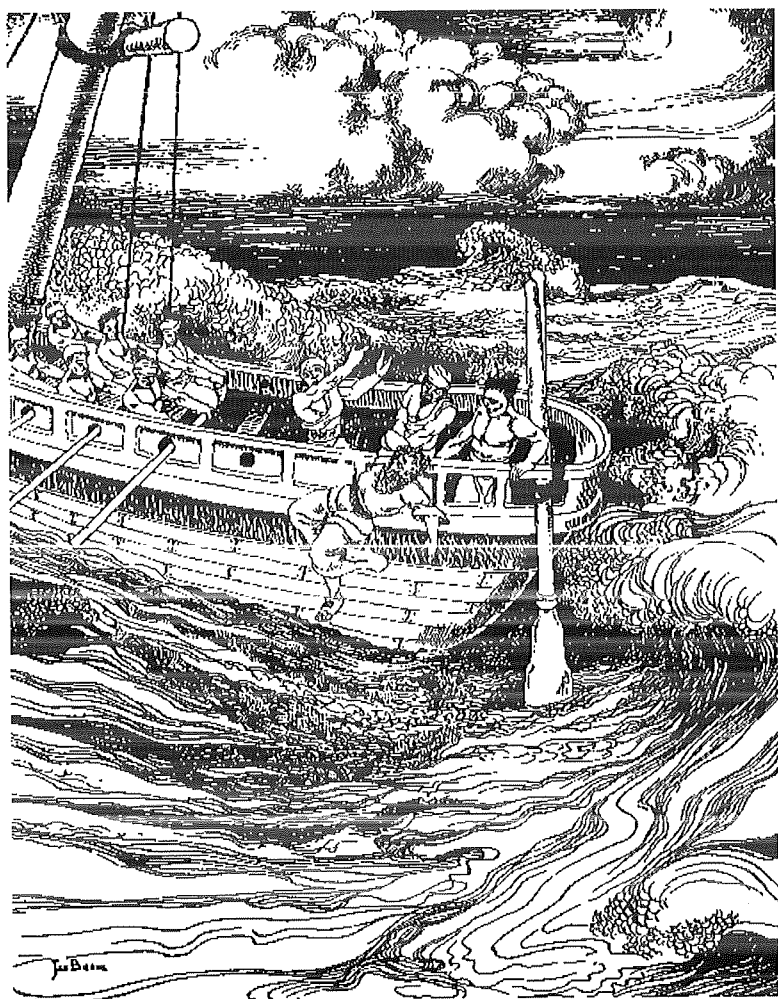
Jonás responde:

—Cogedme y arrojadme al mar, pues sé que por mi causa ha venido esta tempestad sobre vosotros. Si me arrojáis al mar, la tempestad amainará.

¿Cómo? ¿Arrojar al mar a un servidor de aquel Dios Todopoderoso...?

No, ellos no lo harán pues temen la venganza de ese Dios de Israel. Su corazón se llena de respeto y reverencia hacia ese Dios al que no conocen. Reman tratando de llevar el barco a tierra para salvar la vida de Jonás, pero todo es inútil. Las olas inmensas amenazan con destrozar el barco. Viendo que no tienen ninguna salvación cogen a Jonás y le arrojan a la embravecida mar. Al instante el viento se calma y la mar se aquieta. El peligro ha pasado y están a salvo. Todos se miran con asombro. Qué gran poder el de ese Dios; sus dioses no pueden hacer una cosa así. Se dan cuenta de que el Dios de ese extranjero es Señor del viento y del mar. En la Biblia se dice que temieron al Señor. Ofrecen sacrificios a ese Dios poderoso y le reverencian.

¿Qué ha sucedido mientras tanto con Jonás...? ¿Se ha ahogado...? No. Es verdad que no había nadie que pudiera



Jonás es arrojado al mar

salvarle, pero lo que los hombres no pueden hacer, Dios sí. Para el Señor no hay nada imposible.

En el mismo lugar en que cayó Jonás al mar había un gran pez, que tragó al profeta desobediente.

En la Biblia leemos que el Señor «tenía preparado un gran pez» que tragase a Jonás. Poco después está en el vientre de ese pez y, sin embargo, ha salvado la vida. Está encerrado como en una pequeña prisión y, allí, Jonás comienza a reflexionar sobre lo que ha hecho. Confiesa su pecado; su desobediencia al Señor merece la muerte. Desde su afligido corazón sube una oración al Señor y el Señor escucha su ruego.

Una paz celestial desciende sobre su alma, cree que Dios le ayudará, cree que no morirá, sino que volverá a su país. En la Biblia podemos leer que dice: «Más aún veré tu santo templo».

Dios se acuerda de su siervo desobediente, Dios siempre es fiel y muestra su bondad con Jonás. Tres días y tres noches permanece Jonás en el vientre de aquel pez y no muere, Dios le protege, cuida de él, y le guarda de manera maravillosa.

Hay quienes dicen: «Eso no puede hacerse, es absurdo, es un mito». Se ríen de esta cautivadora historia de la Biblia, se burlan de ella.

Amigos, no os dejéis confundir por tales personas incrédulas. No es un cuento, es una realidad. ¿Acaso es imposible algo para el Señor? ¿No es Dios Todopoderoso...?

Jonás es un símbolo del Señor Jesús. Como Jonás ha estado tres días y tres noches en el vientre del gran pez, igual ha estado el Señor Jesús tres días y tres noches en el sepulcro.

Ahora Jonás está en el pez, ¿cómo podrá salir de allí?

Es muy sencillo. Leed lo que nos dice la Palabra de Dios: «El Señor mandó al pez y vomitó a Jonás en la tierra»

No le vomitó en el mar, pues entonces posiblemente no se habría salvado. Jonás fue devuelto a tierra seca en la playa.

Se levanta y se marcha. Cuán maravillosos son los caminos de Dios.



Muy lejos, en el interior del imperio Asirio, está ubicada la gran ciudad de Nínive; en ella habitan cientos de miles de personas, más de medio millón.

Grandes murallas circundan la ciudad, gran número de puertas que durante la noche son cerradas para que ningún enemigo pueda entrar en ella. Numerosas torres se alzan sobre los muros para que los vigías puedan velar durante el día y la noche.

En esta ciudad los reyes asirios han construido magníficos palacios. Han plantado preciosos jardines. Es una magnífica ciudad. Es tan grande, que una persona tardaría tres días en circunvalarla.

A mediodía las puertas de la ciudad están abiertas; hay gran tráfico de personas, animales y carros a través de ellas, saliendo y entrando en la ciudad. Viajeros, comerciantes y paseantes atraviesan cada día sus puertas. Mezclado entre toda esa clase de personas entra un extranjero; sus vestidos son extraños, llama la atención. No se trata de un comerciante cualquiera. Viste una ropa larga y blanca y se ciñe con una correa. Es el profeta Jonás.

Sí, después de su salvación milagrosa, el Señor ha vuelto a hablar a Jonás y le ha dicho:

–Ve a Nínive y predica en ella.

Jonás no se ha atrevido a desobedecer y ha ido.

Recorre las calles de la capital asiria gritando, escuchemos lo que dice:

–De aquí a cuarenta días Nínive será destruida.

No se trata de grandes párrafos, Jonás grita lo mismo por toda la ciudad.

Los asirios que le ven se detienen y escuchan. Cuando oyen lo que dice ese extranjero sus rostros marcan un rasgo de preocupación y discuten unos con otros lo que oyen.

La inquietud y la angustia turba a toda la ciudad. Llega a oídos del rey y éste se asusta porque cree la palabra de aquel profeta extranjero. Nínive es una gran ciudad y en ella hay mucha impiedad. El rey lo sabe muy bien.

El rey se levanta de su fastuoso trono, se despoja de sus vestidos reales y se viste con un saco, en señal de humillación

y de dolor. Además ordena que nadie, ni hombres, ni mujeres, ni niños, ni ancianos, coman o beban, ni siquiera a los animales se dará de comer. Todos deben invocar al Dios de Israel y pedirle perdón, deben abstenerse de pecar.

—Quién sabe —dice el rey de Nínive— quién sabe, si así ese Dios escuchará nuestro ruego y no nos enviará el castigo y de esta forma Nínive se salvará.

No penséis que los habitantes de Nínive se arrepintieron sinceramente de sus pecados, ni que recibieron un corazón nuevo. No, se arrepintieron sólo externamente, por temor al castigo nada más.

Sin embargo, Dios escuchó el clamor de aquellos asirios paganos, Dios vio que se humillaron aunque sólo fuera externamente, y atendió sus ruegos. Porque escucharon la palabra de Jonás, porque se humillaron ante el Dios de Israel, el castigo no se llevó a cabo y Dios libró a Nínive de ser destruida.

También esto es una advertencia para nosotros. ¿Hacéis caso de las predicaciones de los siervos de Dios? Dios nos amonesta por medio de ellos. Creed esas palabras, porque de lo contrario un día seréis avergonzados ante los paganos asirios, que creyeron la palabra de Jonás por medio de la cual Dios les advirtió y ellos se humillaron.



En las afueras de Nínive un hombre está sentado, está triste y enojado. Es Jonás, ha visto que los habitantes de Nínive han creído la palabra de Dios y se han humillado y por esta razón está triste, cuando debería estar alegre y contento ya que han escuchado su predicación. Sin embargo Jonás no está contento, odia a los asirios. Nínive no ha sido destruida y ahora su pueblo y Samaria, la capital del reino, serán asolados y destruidos.

No, no puede ser, Samaria debería salvarse y Nínive debería ser destruida. Eso sería lo normal, entonces él podría alegrarse. Está enfadado, enfadado con el Señor.

—Ya decía yo —dice— que sucedería esto cuando estaba en mi tierra y por eso hui a Tarsis, porque sabía que tú perdonarías



Jonás esperando enfadado

los pecados. Quítame la vida, porque prefiero estar muerto que vivo.

Jonás está irritado y además teme que los asirios se rían de él cuando vean que no ocurre lo que él ha anunciado.

Jonás teme por su propio honor, pero no se preocupa del honor de Dios. Sin embargo, Dios también es misericordioso para con Jonás. El Señor oye las quejas de su siervo y le pregunta:

—¿Haces tú bien en enojarte tanto...? Jonás, ¿por qué estás enojado? ¿Tienes motivo para enojarte...?

Jonás sigue obstinado, sigue esperando que Dios destruya Nínive, desea salirse con la suya.

Cuando llega la noche Jonás se queda dormido. A la mañana siguiente, cuando despierta, su primera mirada se dirige a la ciudad. Sí, está allí como ayer, está intacta. De pronto se percata que detrás de él hay una planta que tiene grandes hojas. Aquel arbusto ha crecido durante la noche, es una calabacera.

Algunas personas dicen que esto es imposible, sin embargo en la Biblia está escrito: «Dios, el Señor, preparó una calabacera». Nuevamente encontramos «preparó». Tenedlo presente.

Jonás se lleva una gran alegría; ahora podrá acogerse a la sombra de la planta y resguardarse de esta forma de los rayos solares. Al llegar la noche Jonás duerme bajo la calabacera y al despertar por la mañana ve que ésta se ha secado, sus hojas se han caído, sólo queda el tronco y unas ramas secas. Durante la noche un gusano se comió las raíces y la planta se secó.

Jonás se lamenta de ello y comienza a quejarse:

—¿Por qué se ha secado la calabacera? Con lo buena que era para resguardarme del sol.

El sol comienza a calentar y hace un calor sofocante, el sol abrasa la cabeza de Jonás. No puede aguantarlo.

—Mejor sería para mí morir —se queja.

Nuevamente el Señor le dice:

—¿Tanto te enojas por la calabacera?

Con enojo Jonás responde:

—Mucho me enojo, hasta la muerte.

El Señor le dice:

—Tuviste lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, no la hiciste crecer; en el espacio de la noche nació y en otra noche pereció. Hubieras deseado salvar la planta. ¿Y no tendré Yo piedad de Nínive, donde viven más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda y muchos animales?

Jonás debería avergonzarse, es cruel, en Nínive hay más de ciento veinte mil niños. Él quiere enmendar la plana al Señor.

¿Acaso no hacemos nosotros muchas veces como Jonás? ¿No estamos muchas veces llenos de odio y envidia? ¿No odiamos muchas veces a los enemigos...?

La historia de Jonás está en la Biblia para prevenirnos también a nosotros.

Niños y mayores se deleitan con las historias, y especialmente la juventud tiene predilección por los libros de historias y aventuras. No hay duda de que la Santa Biblia es el libro más famoso de la Humanidad, pero algunas partes de su texto pueden resultar poco interesantes para el lector que busca una lectura amena.

La idea de seleccionar los relatos y aventuras más prominentes de la Sagrada Escritura tuvo tal aceptación que ha sido necesario en los últimos veinte años repetir las ediciones, pues los jóvenes lo han leído con interés y muchos maestros de Escuela Bíblica Dominical lo han usado de texto básico para sus lecciones.

Recomendamos toda la colección que abarca el Antiguo y Nuevo Testamentos.



ISBN 84-7645-764-2



9 788476 457641